

A romantic scene between a man and a woman in historical Scottish attire. The man, with vibrant red hair and a beard, wears a red and black plaid jacket over a white shirt with a cravat. The woman has long, dark, flowing hair and wears a light-colored, lace-trimmed dress. They are standing close, nearly touching, against a backdrop of a dramatic, cloudy sky and a body of water.

MI HIGHLANDER DEL PASADO IV

El legado del tiempo

Penélope Ember

MI
HIGHLANDER
DEL PASADO
IV

El legado del tiempo

Penélope Ember

Capítulo 1

La melodía de mi lista de reproducción favorita me envuelve como un cálido abrazo mientras repaso las últimas fórmulas para el examen final. Cuarto año de medicina, y la presión se cierne sobre mí como una nube gris. Mis dedos pasan frenéticamente por las páginas llenas de estructuras moleculares y terminología médica, tratando de absorber cada detalle en mi memoria. Suspiro, exhausto pero determinado, repasando mentalmente las intrincadas configuraciones atómicas que dan vida al cuerpo humano.

Un golpe sordo en mi cabeza me arranca de mis pensamientos. Un cojín ha aterrizado de lleno en mi nuca, interrumpiendo mi concentración. Me sobresalto, tropezando con mi gata Pelusa, que dormitaba plácidamente sobre la alfombra de mi habitación.

—¡Harry, cariño! Te he llamado varias veces, pero estabas tan absorto que no me escuchabas —dice mi madre, irrumpiendo en la habitación con su habitual alegría contagiosa. Su sonrisa radiante ilumina el espacio y me hace olvidar por un momento la tensión que me invade.

—Lo siento, mamá —respondo, sacudiendo la cabeza para despejar la bruma—. Ya estoy listo. Solo me faltaba terminar de empacar.

—¡Perfecto! —exclama ella, palmeando mis manos con entusiasmo—. Salimos en media hora.

Me agacho para acariciar a Pelusa en señal de disculpa mientras termino de doblar la última camisa y la meto cuidadosamente en mi maleta. Repaso mentalmente una vez más las notas que he estado estudiando durante semanas, grabándolas a fuego en mi memoria. Cierro la maleta con un chasquido y me pongo la mochila al hombro, sintiendo el peso de los libros de texto que albergan tanto conocimiento.

Al bajar las escaleras, me encuentro con mis padres en un tierno abrazo. Aparto la mirada para darles intimidad, pero no puedo evitar sonreír al verlos. Siempre han sido así, dos almas gemelas que a pesar del paso de los años parecen no cansarse el uno del otro. Ni siquiera después de 23 años juntos. Sin embargo, me veo obligado a carraspear mi garganta para llamar su atención.

—¿Estás listo, hijo? —pregunta mi padre, todavía con los brazos alrededor de mi madre.

Asiento con la cabeza, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción. En pocas horas, estaré en Edimburgo, reunido con el resto de mi familia paterna para celebrar Navidad.

El trayecto desde Glasgow apenas dura una hora, un tiempo que se ha acortado considerablemente desde que nos mudamos aquí para que pudiera perseguir mi sueño de convertirme en médico. Ahora todo está mucho más cerca.

Mientras la carretera se extiende ante nosotros como una cinta interminable, mis ojos se pierden en el paisaje familiar que desfila por la ventanilla del coche. Me llegan recuerdos de mi infancia, de los días despreocupados jugando en las calles con mis amigos, de las tardes soleadas en el parque y de las noches acurrucado junto a mis padres escuchando cuentos.

A medida que nos acercamos, la imponente silueta del Castillo Leod se alza majestuosa en el horizonte, dominando el paisaje con su arquitectura medieval. Es la casa familiar, el lugar donde he pasado tantos veranos y Navidades felices, rodeado de mis primos y tíos, escuchando historias de antepasados y compartiendo risas y juegos.

El aroma a tarta recién horneada y café caliente flota en el aire, mezclándose con la alegría de los reencuentros. La emoción se apodera de mí mientras el coche se detiene frente al portón del castillo.

Mi tío Lachlan, un hombre corpulento con una barba poblada y una sonrisa contagiosa, sale a recibirnos con los brazos abiertos.

—¡Harry! —exclama con vozarrón— Pero mírate, ¡cuánto has crecido! ¿Eso que veo es barba?

No puedo evitar sonreír de lado mientras niego con la cabeza.

—Puedes llamarlo así si quieres, pero no creo que crezca mucho más —digo en tono jocosos, haciendo referencia a la finísima mata pelirroja que adorna mi rostro.

Un fuerte abrazo me envuelve en su calidez, y por un momento me siento como un niño pequeño otra vez. Luego aparece mi tía Kat, una mujer elegante con una sonrisa radiante.

—Estás guapísimo —me dice mientras me abraza con cariño.

—Y tú muy embarazada —respondo notando su barriga creciente contra mi cuerpo.

Ella me guiña un ojo con complicidad y luego se vuelve hacia atrás.

—¡Erin! ¡Liam! —llama con voz alegre—. ¡Venid a saludar a vuestros tíos y a vuestro primo!

En ese instante, dos figuras pequeñas corren hacia nosotros como si sus pies no tocaran el suelo. Erin, una niña de cabello pelirrojo como el fuego y ojos verdes como el bosque, me abraza con fuerza. Su aroma a flores silvestres me recuerda a los prados que rodean el castillo, donde solíamos buscar tréboles de cuatro hojas para la buena suerte.

—Hola, pequeña —le digo, acariciando su cabello—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —responde ella con una sonrisa pícaras—. He estado aprendiendo a hacer trenzas. ¿Quieres que te haga una?

Su entusiasmo es contagioso, y no puedo evitar sonreír.

—No creo que puedas, mi pelo es muy corto para eso, ¿no crees?

Ella me mira con un gesto pensativo, como si estuviera buscando una solución. De repente, se ilumina su rostro.

—¡Ya sé! ¡Puedo hacerte una coleta!

Antes de que pueda responder, ya está sujetando mi cabello con sus pequeñas manos y tejiendo una coleta a la perfección. Sus dedos ágiles se mueven con destreza, creando una obra de arte en mi cabeza.

Liam se acerca lentamente, intrigado por la escena. Su cabello rubio brilla bajo la luz del sol, y sus pecas parecen salpicadas de chocolate en su rostro.

—Hola, Liam —le digo, extendiendo mi mano.

—Hola —responde con voz bajita, estrechándome la mano con timidez.

Su timidez me entenece. Es un niño dulce, con ojos verdes que reflejan una curiosidad inagotable.

—¿Te gusta el castillo? —le pregunto con una sonrisa.

Sus ojos se iluminan con entusiasmo.

—¡Mucho! —exclama—. Hay muchas cosas que explorar.

Me recuerda a mí mismo cuando era pequeño, fascinado por los secretos que guardaban las antiguas murallas del castillo.

—¿Cuántos años tenéis ya? —le pregunto como si no lo supiera.

—¡Yo tengo diez años! —responde Erin con orgullo, levantando su pequeña mano con los dedos bien abiertos.

—¡Y yo siete! —dice Liam, imitándola con un gesto travieso que dibuja una sonrisa en mi rostro.

Sus ojos, llenos de brillo y alegría, contagian su entusiasmo. Me encantan los niños y me hubiera encantado tener hermanos, pero, por lo que sé, mis padres lo estuvieron intentando

durante años sin éxito. Algo ocurrió antes de mi nacimiento que bajó las posibilidades de que pudiera ocurrir. Por lo visto, mi propia concepción fue algo así como un milagro.

Por eso me encanta ver a estos dos renacuajos. Sin embargo, antes de que podamos seguir conversando y descubrir más sobre sus travesuras y aventuras en el castillo, los mayores, que ya han terminado de abrazarse y compartir risas y recuerdos, nos llaman para que les ayudemos con los preparativos navideños.

La Navidad en el Castillo Leod siempre ha sido una ocasión especial, una época para reunirse en familia. Aunque mi familia paterna no es numerosa, la calidez y el cariño que se respira en el ambiente son inmensos.

Mi tío Lachlan, con su vozarrón alegre, nos invita a la cocina, donde el aroma a pavo recién horneado y galletas de jengibre inunda el aire. Mi tía Kat, con su sonrisa radiante y su energía contagiosa, nos guía hacia la sala de estar, donde un árbol de Navidad gigante, decorado con adornos brillantes y luces multicolores, preside la estancia.

Mientras ayudamos a poner la mesa, colocando platos, cubiertos y copas, las historias y anécdotas navideñas comienzan a fluir. Erin, con su imaginación desbordante, nos cuenta sobre el duendecillo travieso que le dejó un regalo debajo de la almohada. Liam, con su timidez característica, nos confiesa que ha estado practicando villancicos con su coro del colegio.

Cuando llega la noche y la nieve cae suavemente sobre los tejados del castillo, nos sentamos a la mesa para disfrutar de una cena deliciosa. El pavo está jugoso, las patatas asadas crujientes y las verduras salteadas llenas de sabor. Pero lo mejor de todo es la compañía.

Después de la cena, cantamos villancicos alrededor del árbol de Navidad, iluminando la sala con la luz de las velas y las guirnaldas. Erin y Liam, con sus voces angelicales, lideran el canto, contagiando su entusiasmo a todos.

El momento de abrir los regalos es el mejor de todos, claro. Y, cuando termina la velada, con los pequeños de la casa domitando en el sillón junto al fuego de la chimenea, la paz que se respira es... inefable, una quietud profunda que llena cada rincón del castillo. La nieve, al caer sobre los tejados, parece amortiguar el sonido del viento y crear un manto de silencio que envuelve a la familia.

La calidez del fuego de la chimenea se refleja en los rostros sonrientes de todos. Las risas y las conversaciones se han silenciado, dando paso a una atmósfera de tranquilidad y serenidad.

Mi tía Kat y mi tío Lachlan se miran con complicidad y ternura mientras acarician su vientre abultado, anticipando con ilusión la llegada del nuevo miembro de la familia. Mis padres, sentados en el sofá junto a ellos, susurran cosas entrelazando sus manos, secretos que sólo ellos deben escuchar.

Me retiro a mi habitación, sintiendo una agradable somnolencia. Mis párpados se vuelven pesados, y la calidez del fuego de la chimenea aún me acompaña en mis pensamientos. En mi habitación, la luz de la luna se cuela por la ventana, creando un ambiente tenue y acogedor. Me acurruco en la cama y miro por la ventana. La nieve cae suavemente sobre los tejados del castillo, creando un manto blanco que refleja la luz de la luna.

Me acurruco en la cama, buscando refugio en las mantas suaves y acogedoras. Mi mirada se dirige hacia la ventana, donde la nieve danza bajo la luz de la luna, creando un espectáculo mágico. El cielo nocturno está plagado de estrellas que brillan con intensidad, como si quisieran iluminar esta noche tan especial.

De pronto, un destello esmeralda irrumpe en la quietud de mi habitación, atravesando la tenue luz lunar. Intrigado, me incorporo en la cama, siguiendo con la mirada la fuente de esa luz etérea que parece emanar de la mesita de noche.

Con pasos cautelosos, me acerco a la mesita, mi corazón latiendo con una mezcla de curiosidad y recelo. Allí, posado sobre la madera oscura como un tesoro olvidado, yace un anillo antiguo de plata. Su diseño celta, intrincado y elegante, se retuerce y se entrelaza como una enredadera, formando un patrón hipnótico que cautiva mi atención.

En el centro del anillo, como un ojo verde que me observa, brilla una gema esmeralda con un fulgor que parece emanar energía propia. Su belleza enigmática me atrae irresistiblemente, como si me llamara a descubrir sus secretos.

Siento una mezcla de emoción y curiosidad mientras tomo el anillo entre mis dedos. Es curioso, lo siento caliente.

Sin darme cuenta, como si una fuerza invisible me controlara, me pongo el anillo en el dedo. Un cosquilleo recorre mi mano mientras la gema verde brilla con más intensidad, como si respondiera a mi contacto.

En ese instante, una sensación extraña me invade, como si un torrente de energía recorriera mi cuerpo. Cierro los ojos, dejándome llevar por la corriente de sensaciones... y pierdo el conocimiento.

Capítulo 2

Un frío glacial me cala hasta los huesos, arrancándome del dulce abrazo del sueño. Mis párpados, pesados como el plomo, se abren lentamente, revelando un cielo gris y nublado que se extiende sobre mí. Parpadeo varias veces, tratando de despejar la confusión que nubla mi mente. Me incorporo con esfuerzo, sintiendo el cosquilleo del frío en mi piel, y miro a mi alrededor, intentando reconocer el lugar donde me encuentro.

La escena que me rodea es completamente extraña. No estoy en mi habitación del Castillo Leod, ni siquiera en algún lugar cercano. Me encuentro en medio de un vasto paisaje salvaje, con colinas ondulantes cubiertas de hierba alta y rocas dispersas. El rugido distante del mar llega a mis oídos, mezclándose con el silbido del viento que acaricia mi rostro. El aire es fresco y salado, cargado con el aroma de la vegetación costera.

Me pongo de pie, tambaleándome ligeramente mientras miro mis manos, esperando ver el anillo antiguo. Pero no hay rastro de él. La extraña sensación que sentí al ponérmelo aún persiste en mi memoria, como un sueño vívido del que no puedo despertar. Tal vez fuera eso, un sueño.

Camino lentamente, explorando mis alrededores, y descubro un sendero estrecho que serpentea entre las colinas. Decido seguirlo, con la esperanza de encontrar alguna señal de civilización. Cada paso que doy me lleva más lejos de la confusión inicial y más cerca de una creciente sensación de inquietud. Algo no está bien, algo es terriblemente diferente.

No sé dónde estoy ni cómo he llegado aquí. Alguna vez he hablado en sueños, pero desconocía que pudiese levantarme dormido. Necesito averiguar dónde me encuentro.

Después de lo que parecen horas de caminar, llego a la cima de una colina y desde allí vislumbro una pequeña aldea junto al mar. Las casitas de piedra y techos de paja se agrupan en torno a un puerto modesto, donde algunos botes de pesca se balancean suavemente con las olas. El humo se eleva de las chimeneas, dibujando espirales en el aire frío.

Decido bajar hacia la aldea, sintiendo un alivio momentáneo al ver signos de vida humana a pesar de seguir sin saber dónde me encuentro. A medida que me acerco, los habitantes comienzan a notar mi presencia. Sus miradas curiosas y a veces desconfiadas me siguen mientras camino entre ellos. Me fijo en sus ropas, parecen sacadas de una película antigua. Aunque supongo que, viviendo en un lugar tan humilde como este, la ropa es lo de menos.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde estamos? —le pregunto a un hombre que vende pan en la calle—. Me he perdido y estoy algo desorientado —explico, sintiendo un leve rubor en mis mejillas. Ni siquiera puedo explicar cómo he llegado aquí.

El hombre me mira de arriba a abajo con el ceño fruncido. No parece gustarle mi aspecto.

—¿Estás tan borracho que no recuerdas el nombre de la isla, hijo? —me reprende el panadero. Pero yo me quedo con la información.

—¿Isla? ¿Ha dicho que estamos en una isla? —pregunto, todavía más confundido.

El hombre gruñe, molesto, y me echa del puesto sin responder a mi pregunta.

Pero tengo que saberlo. Continúo caminando por la aldea, acercándome a varias personas para intentar obtener más información. Me aproximo a una mujer mayor que está barriendo el umbral de su casa.

—Disculpe, señora, ¿puede decirme en qué isla estamos? —le pregunto con la esperanza de obtener una respuesta.

Ella me lanza una mirada de reojo antes de entrar apresuradamente a su casa, cerrando la puerta de golpe.

Frustrado, sigo adelante, abordando a un pescador que repara sus redes junto al puerto.

—Por favor, ¿puede decirme dónde estoy? —insisto, tratando de sonar lo más amable posible.

El pescador levanta la vista y me mira con desconfianza, antes de apartarse bruscamente, como si mi presencia le incomodara.

Desesperado, alzo la voz, llamando la atención de todos.

—¡Solo necesito saber dónde estoy! ¡Estoy perdido!

Mi grito resuena en el aire, pero en lugar de recibir ayuda, las personas comienzan a apartarse aún más, algunos incluso retrocediendo con miedo. Mi apariencia y mi tono desesperado parecen haberles asustado.

Siento que el pánico se apodera de mí. Nadie quiere ayudarme y estoy más confundido que nunca. Mis pensamientos se arremolinan, buscando una salida a esta situación absurda.

De repente, una voz dulce y melodiosa me saca de mi aturdimiento.

—Menudo espectáculo estás dando, highlander —dice alguien detrás de mí.

Me vuelvo rápidamente y veo a una joven de una belleza etérea, con cabello largo y oscuro como la noche y ojos azules que brillan como zafiros bajo la luz tenue del sol poniente. Lleva un vestido de época, como todos los habitantes de este extraño lugar, escondido tras una capa larga de piel que enmarca su figura esbelta. Su expresión es seria, pero no hostil. Se acerca a mí con una gracia natural que la hace destacar entre la multitud.

—Acompáñame, estás llamando demasiado la atención. Aquí no gustan demasiado los forasteros —me susurra eso último con una voz que me cautiva.

La sigo sin pensarlo, es la única persona que se ha detenido a ayudarme, es mi única esperanza para averiguar dónde estoy y cómo volver a casa. No me quiero ni imaginar lo histérica que se pondrá mi madre cuando descubra que no estoy en mi habitación.

Llegamos a un pequeño bar situado al borde de la aldea. El interior es cálido y rústico, con una chimenea encendida que crepita y muebles sencillos pero confortables. El aroma a hierbas, cerveza y sopa caliente llena el aire, invitándome a entrar en calor.

Nos sentamos en una mesa vacía sumida en las sombras y nos quedamos en silencio un momento, mientras ella me mira con unos ojos preciosos y enormes. Me sonrojo levemente ante la intensidad de su mirada, que me hace sentir observado aunque no juzgado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —me pregunta ella rompiendo el silencio, sin rodeos.

Yo trago saliva. No tengo ni la más remota idea.

—Me he perdido —me limito a responder, temiendo que, si digo que aparecía aquí de repente, tampoco querrá ayudarme a volver.

Sus ojos se abren un poco más, como si quisiera averiguar algo que ni yo mismo sé.

—Eso es... muy extraño. Esta isla no es fácil de encontrar, y menos por accidente —me dice con una voz que me tranquiliza.

Yo me remuevo incómodo en la silla, sin saber qué decir sin que se cuestione mi cordura.

—¿Podrías...? ¿Te importaría decirme en qué isla nos encontramos? —termino preguntándole, tratando de sonar lo más normal posible.

Ella sonríe, como si hubiera estado esperando a que le hiciera esa pregunta.

—Estamos en *Eilean Solas* —responde ella con una voz suave que me acaricia los oídos.

Yo proceso las palabras en mi mente. El gaélico escocés no es una lengua demasiado conocida, pero mi padre siempre se ha encargado de que pueda hablarlo y comprenderlo.

—¿La Isla de la Luz? —traduzco yo. Ella sonríe de nuevo y asiente con la cabeza— No la conozco —digo repasando mentalmente el mapa de Escocia, tratando de recordar el nombre de las islas más pequeñas.

—Por supuesto que no. Ya te lo he dicho, Eilean Solas no es un lugar fácil de encontrar —me dice con una mirada enigmática que me intriga aún más.

Me quedo un momento en silencio, esperando a que me dé más información. Pero no lo hace. Sacudo la cabeza para despejar mi mente. Como sea.

—¿Podrías dejarme tu teléfono? He perdido el mío y necesito llamar a mis padres —le pido con urgencia.

Pero ella ladea la cabeza y entrecierra los ojos, confusa.

—¿Teléfono...? —repite ella como si fuera la primera vez que escucha esa palabra.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. La miro desconcertado, sin comprender su reacción. Su confusión me desconcierta. ¿Es posible que no tenga un teléfono? ¿O tal vez tenga otro nombre?

Intento explicárselo con más detalle.

—Es un aparato pequeño, con una pantalla y botones, que sirve para hablar con otras personas a distancia —le digo, haciendo gestos con las manos.

Ella me mira con una expresión de incredulidad.

—No conozco tal cosa —responde ella con voz suave.

Empiezo a sentir una oleada de desesperación.

—De acuerdo, y ¿qué hay del bar? ¿Crees que me dejarán utilizar el suyo? —digo buscando a alguien del personal que pueda ayudarme.

—No creo que nadie sepa de lo que hablas —me advierte ella.

Yo la miro con incredulidad. No puede ser cierto. ¿De verdad he tenido la mala suerte de aparecer en uno de esos lugares en los que no aceptan la tecnología?

Respiro con profundidad. Debo mantener la cabeza fría.

—¿Podrías decirme cómo puedo volver a Edimburgo? —le pregunto, mis esperanzas se van agotando con cada respuesta.

—Claro —sonríe ella—. Está a sólo cinco días de aquí.

Y mis esperanzas se vuelven a achicar. ¿Cinco días? Espero, pero eso es imposible. Ayer estaba en el castillo. No puedo haber estado viajando sonámbulo durante cinco días... ¿O sí?

—¿Qué día es hoy? —le pregunto con urgencia.

—Sí que estás desorientado —dice ella con un tono burlón en su voz—. Veinticinco de diciembre, feliz Navidad, forastero.

Siento que me mareo. Nada de esto tiene ningún sentido. Es imposible.

Una mano se coloca sobre mi hombro y levanto la cabeza para encontrarme con los ojos azules de la misteriosa mujer. Su mirada me transmite una calidez inesperada.

—Respira —dice con una voz suave y melodiosa—, todo va a salir bien.

En ese instante, una ola de paz me invade, apaciguando la ansiedad que me consumía. La desorientación y el miedo aún nublaban mi mente, pero su presencia serena me ofrece un oasis de tranquilidad en medio del caos.

La miro fijamente. ¿Quién es ella? ¿Qué es este lugar? ¿Y cómo puedo volver a casa?

—No sé cómo has llegado aquí, no pasa nada si no me lo quieres decir. Pero puedo ayudarte a volver a Edimburgo si así lo deseas.

Yo asiento sin mediar palabra, absorto en sus ojos. Ella sonríe de nuevo y mi corazón se para por un momento. ¿Es siquiera real? No puede existir una mujer tan bella.

—Bien —sigue hablando ella—. Dentro de unas semanas partirá un barco hacia Inverness. Son unos dos días en barco, desde allí son tres días más a pie, un poco menos si consigues un caballo.

Yo asiento sin mediar palabra, absorto en sus ojos. Su belleza es tan etérea que parece irreal. Su piel blanca como la nieve contrasta con el cabello negro azabache que cae en cascada por su espalda. Sus labios carnosos dibujan una sonrisa enigmática que me atrapa por completo.

—Bien —sigue hablando ella—. Dentro de unas semanas partirá un barco hacia Inverness. Son unos dos días en barco, desde allí son tres días más a pie, un poco menos si consigues un caballo.

Yo asiento con la cabeza, aunque mi mente está totalmente dispersa. ¿Por qué me habla de caballos? En taxi podría llegar en apenas unas horas. No importa, eso es algo que podré solucionar una vez llegue allí.

—Muchas gracias —le digo con sinceridad.

Sin embargo, otro problema me aborda. Ha dicho dentro de unas semanas. Semanas. ¿Qué voy a hacer aquí durante semanas? Ni siquiera llevo dinero conmigo. Que lleve puestos mis zapatos y mi chaqueta, teniendo en cuenta que me encontraba acostado en la cama, ya es todo un milagro.

—Puedo ayudarte a encontrar alojamiento, si quieres —se ofrece ella como si hubiera leído mis pensamientos—. Hay un castillo al norte, es del clan MacGregor, estas tierras son tuyas. Te ofrecerán una cama y comida a cambio de tus servicios. ¿Qué habilidades tienes?

¿Habilidades? ¿Servicios? A mi mente le está costando seguir el ritmo de la conversación. Recuerdo haber visto el castillo, no es una construcción colosal, pero en comparación con las humildes casas de pescadores que he visto por aquí, parece un palacio.

—Bueno... estoy en quinto año de medicina —respondo—. Tal vez pueda ayudarles si lo necesitan. También se me da bien el campo; mi padre y yo tenemos un huerto en casa.

Ella sonríe de nuevo.

—Perfecto —dice—. Estoy segura de que les serás de gran ayuda. Te llevaré al castillo cuando estés listo.

Yo asiento, siento cómo la ansiedad me acecha de nuevo. Trago saliva y entonces caigo en algo.

—No me he presentado, mi nombre es Harry —digo, extendiendo mi mano hacia ella.

Ella la estrecha con dulzura, sus dedos rozando los míos con una calidez inesperada.

—Nessa —responde, con una voz que parece acariciar el aire.

Su nombre flota en el ambiente, envolviéndome en una atmósfera de misterio y fascinación. Hay algo en ella, en su mirada profunda y en su sonrisa enigmática, que me despierta una mezcla de curiosidad y recelo.

Sin embargo, decido dejar de lado mis dudas y concentrarme en la oportunidad que se me presenta. Nessa me ha ofrecido refugio y ayuda en un momento en el que me encuentro completamente perdido y desorientado.

—Estoy listo, muéstrame el camino al castillo.

Capítulo 3

Caminamos por un sendero pedregoso que se adentra en el corazón de la isla. El paisaje a nuestro alrededor es de una belleza invernal, con árboles desnudos que se elevan hacia el cielo gris y el suelo cubierto de una fina capa de nieve a medida que subimos altura.

El aire frío pica en mi rostro, pero la brisa marina acaricia mi piel, despertando en mí una sensación de paz y tranquilidad que contrasta con la confusión y la incertidumbre que me han acompañado desde que llegué a esta isla tan peculiar.

Nessa camina a mi lado en silencio, su presencia llenando el espacio de una aura etérea. No puedo evitar observarla de reojo, fascinado por su belleza natural y por la enigmática profundidad de su mirada. Su pelo se enreda a su alrededor, azotado por el viento, pero no parece molestarla lo más mínimo.

Al llegar a la cima de la colina, se nos revela la imponente vista del castillo. Es una construcción majestuosa, de piedra grisácea, que se alza sobre un acantilado con vistas al mar. A mi parecer, tiene más aspecto de una casa muy grande que de un castillo, pero su presencia domina el paisaje de la isla.

Las torres no son tan altas como las de un castillo tradicional, pero su silueta imponente se recorta contra el cielo grisáceo, creando una imagen memorable. La brisa marina azota las paredes de piedra, susurrando historias de tiempos pasados.

—Vaya, es... impresionante —digo conteniendo el aliento.

La propiedad de mi familia no es mucho más grande que este, pero desde luego las vistas aquí son mucho más impresionantes. La inmensidad del mar se extiende ante nosotros, salpicada de pequeñas islas que parecen flotar en el aire. El cielo grisáceo se refleja en el agua, creando un paisaje de una belleza melancólica que me cautiva.

Nessa me mira con una sonrisa triunfal.

—Bonito, ¿verdad? —dice con orgullo.

—Espectacular —respondo, sin poder apartar la vista del panorama.

—Vamos, te presentaré ante ellos.

Cruzamos un puente levadizo que cruza un foso profundo y entramos en un patio interior. El patio está rodeado de altos muros de piedra y está iluminado por la tenue luz del sol que se filtra entre las nubes. Un grupo de personas nos mira con curiosidad mientras pasamos.

Nessa los saluda con la mano en señal de reconocimiento y ellos le responden con una inclinación de cabeza. Un gesto un poco dramático para mi gusto, la verdad.

Entramos en el castillo por una enorme puerta de madera maciza, custodiada por unos guardias que la saludan del mismo modo que los del patio. El interior del castillo es amplio y acogedor, con muebles de madera oscura y tapices que decoran las paredes. Un fuego crepita en la chimenea, llenando la sala de una cálida luz anaranjada.

—Aguarda aquí, en seguida vuelvo —dice Nessa antes de desaparecer por un pasillo.

Me deja a solas con otros guardias diferentes a los que había en la puerta. Estos me vigilan sin quitarme los ojos de encima, sus manos descansando sobre sus armas. Me siento un poco intimidado por su presencia y por la seriedad de sus rostros.

¿Esto es legal? Me pregunto con inquietud. ¿Y por qué todos visten de esta manera tan extraña? Parece todo tan... medieval.

Minutos más tarde, Nessa aparece de nuevo con una sonrisa en el rostro que augura buenas noticias. Los guardias se hacen a un lado para dejarla pasar.

—El señor del castillo quiere verte —anuncia con un tono solemne y dramático que, por un momento, me obliga a reprimir una risa.

Todo es tan teatral, tal vez sea una manera de intentar captar turistas. Aunque sin tecnología, no creo que consigan atraer a demasiada gente. Por muy bonito que sea todo esto.

Nessa, custodiada por los guardias, me guía por los pasillos hasta unas escaleras. Las subimos en silencio mientras me fijo a mi alrededor. Las paredes están adornadas con tapices antiguos que representan escenas de batallas y leyendas. Armaduras oxidadas y espadas colgadas en las paredes completan la decoración, creando una atmósfera medieval que me fascina a pesar de su teatralidad.

Llegamos al final de las escaleras y Nessa se detiene frente a una puerta de madera maciza.

—¿Listo? —dice ella tocando la puerta.

Los guardias me flanquean de nuevo, su presencia intimidante me hace sentir un poco incómodo.

Unos segundos después, la puerta se abre y Nessa me hace un gesto para que entre. Los guardias se quedan en la puerta, vigilándome de cerca. Respiro hondo y cruzo el umbral, sintiendo el peso de sus miradas sobre mí.

Entro en la sala con el corazón latiendo con fuerza. La habitación es grande y está iluminada por candelabros que cuelgan del techo, creando un ambiente cálido pero a la vez solemne. Un hombre alto y corpulento se sienta en un trono al otro lado de la sala. Lleva una barba negra espesa que le da un aspecto severo y un manto de piel sobre los hombros que denota su posición de poder. A su lado, una mujer de cabello rubio adornado con canas me sonríe con una expresión amable que contrasta con la rigidez del hombre.

—Bienvenido, Harry... —dice el hombre con una voz profunda y resonante que hace vibrar el aire—. ¿Puedo saber tu apellido? —me pide. Su tono es serio y autoritario, como si estuviera acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido.

—Harry MacLeod, señor.

Me acerco a él con cautela, sin saber qué más decir. La atmósfera en la sala es tensa y puedo sentir la mirada penetrante del señor sobre mí.

—Mi nombre es Magnus MacGregor —continúa—. El señor de esta isla. Ella es mi esposa, Isobel.

Hago una reverencia en señal de respeto al ver que el resto de la sala, incluyendo Nessa, también lo hace. Me siento un poco incómodo con esta muestra de formalidad, pero no quiero parecer grosero.

—Es un placer conocerle, señor —digo con voz temblorosa—. Señora —saludo a su esposa.

El señor MacGregor me mira con una expresión indescifrable. Sus ojos azules son fríos y penetrantes, como si estuviera intentando leer en mi mente.

—Mi hija me ha puesto al corriente —dice—. Dice que llegaste a la isla desorientado y que buscas un lugar donde alojarte hasta poder volver a tu hogar, en Edimburgo.

¿Hija? ¿Nessa es la hija del señor del castillo? No lo sabía, y la información me sorprende. No puedo evitar mirar a Nessa en busca de una explicación, pero ella solo me devuelve una mirada divertida.

—Así es, señor —me obligo a decir antes de que mi silencio se haga demasiado largo. La tensión en la sala es palpable y siento la necesidad de romperla.

—También dice que eres aprendiz de medicina, y que sabes trabajar el campo —añade el señor MacGregor, su voz cargada de un tono inquisitivo.

Asiento con la cabeza en respuesta.

Magnus me observa durante unos segundos en silencio, como si estuviera evaluándome. Luego, su expresión se suaviza un poco.

—Veremos qué podemos hacer —dice finalmente—. Por ahora, te alojaremos en el castillo.

Un suspiro de alivio escapa de mis labios.

—Muchas gracias, señor —digo con sinceridad, sintiendo una oleada de gratitud hacia él.

Él me asiente con la cabeza.

—Acompañadlo a sus aposentos —le ordena a alguien, después vuelve a dirigirse hacia mí—. Descansa, mañana te buscaremos algo que hacer.

Me despido del señor y la señora MacGregor, que me ha estado observando con una sonrisa cálida durante toda la conversación. Una mujer, de aspecto amable y ojos llenos de bondad, se me acerca y me dice:

—Sígame, señor. Le enseñaré su habitación.

La sigo por los pasillos del castillo, fascinado por la arquitectura y la decoración. Las paredes están adornadas con tapices y cuadros antiguos, y las alfombras son gruesas y acogedoras. La mujer me conduce a una habitación al final de un pasillo, abre la puerta y me invita a entrar.

La habitación es amplia y luminosa, con una cama grande y cómoda, un escritorio y una silla. Hay un ventanal que ofrece una vista espectacular del mar y el acantilado. Me siento abrumado por la belleza y la comodidad de la habitación.

—Esta será su habitación, señor —dice la mujer con una sonrisa—. Aquí podrá descansar y sentirse como en casa.

Le agradezco su amabilidad y le pregunto su nombre.

—Me llamo Moira —responde—. Soy la encargada del castillo. Si necesita algo, no dude en preguntarme.

Le doy las gracias de nuevo a Moira y me quedo solo en la habitación. Me siento un poco aturdido por todo lo que ha pasado. Me acerco al ventanal y observo el paisaje que se extiende ante mí. El mar brilla bajo la luz del sol, y las olas rompen contra las rocas del acantilado con un sonido relajante. Respiro hondo y cierro los ojos.

Está bien, todo va a salir bien. Van a ser sólo unas semanas. Después volveré a casa.

Mi momento de paz queda interrumpido cuando alguien llama a la puerta. Nessa entra antes de que yo le dé permiso. Cierra la puerta tras de sí y nos miramos en silencio.

—No me habías dicho que eras una MacGregor, que el castillo es de tu familia —digo con recelo.

Su actitud me desconcierta. No entiendo por qué me lo ha ocultado.

Ella se encoge de hombros.

—No has preguntado —dice, como si esa fuera excusa suficiente para su enigmático comportamiento—. Vamos, te enseñaré el resto del castillo.

Suspiro agotado, me rindo. Tampoco tiene demasiada importancia para mí.

Nessa me guía por los pasillos del castillo, enseñándome las diferentes habitaciones y contándome historias sobre su familia y la historia de la isla. La escucho atentamente, tratando de comprender mejor el mundo en el que me he encontrado.

A medida que avanzamos, me doy cuenta de que el castillo es mucho más grande de lo que parecía al principio. Hay pasillos laberínticos, salas escondidas y torres que se elevan hacia el cielo. Me siento como si estuviera en un cuento de hadas.

Finalmente, llegamos a una gran biblioteca. Las estanterías están llenas de libros antiguos y polvorientos, y el aire huele a papel viejo y cuero. Cojo un libro al azar y lo hojeo por encima. Está escrito en un idioma que no reconozco, con letras que parecen garabatos extraños.

Intrigado, cojo otro libro y me ocurre lo mismo. Este parece ser un tomo de medicina, lleno de diagramas anatómicos y textos en latín.

—¡Menuda colección! —exclamo, fascinado por la antigüedad y la variedad de los libros—. Estos libros son antiquísimos, deben de costar una fortuna.

Nessa me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Antiquísimos? Bueno, supongo que sí, mi bisabuelo los escribió —responde ella.

Yo me río ante su elocuencia. Sí, claro. Su bisabuelo escribió estos libros de hace más de doscientos años.

Dejamos la biblioteca atrás y Nessa me sigue enseñando el castillo. Me presenta al médico de la familia, un anciano amable y sabio que me muestra su consultorio lleno de frascos y hierbas medicinales. Luego, vamos al huerto y las granjas, donde me familiarizo con los cultivos y los animales que sustentan a la isla.

A medida que recorro el castillo y sus alrededores, me doy cuenta de que la vida en la Eilean Solas es muy diferente a todo lo que he conocido antes. Aquí no hay tecnología, ni coches, ni calles asfaltadas. La gente vive en armonía con la naturaleza, siguiendo un ritmo de vida pausado y tranquilo.

Los campos de cultivo se extienden hasta donde alcanza la vista, y los animales pastan libremente en las praderas. Las casas son de piedra y madera, y están construidas siguiendo un estilo tradicional que se ha mantenido intacto durante siglos.

Sin embargo, algo no encaja. No puedo evitar pensar en los libros de la biblioteca y en la historia que Nessa me contó sobre su bisabuelo. Si esos libros son tan antiguos, ¿cómo es posible que estén tan bien conservados? El papel no se desmorona, las letras no se han borrado... Es como si el tiempo no hubiera pasado por ellos.

Por no hablar del resto de instalaciones. Puedo comprender que no tengan teléfonos, más o menos, pero incluso las herramientas que utilizan, los utensilios de medicina que he visto en el consultorio del doctor... Es de locos pero... parece de otra época.

Todo esto me llena de preguntas. ¿Cómo es posible que en esta isla se haya conservado un estilo de vida tan antiguo? Me encuentro en un lugar que parece sacado de un libro de historia, rodeado de gente que vive como si el tiempo se hubiera detenido hace siglos.

Esa noche cenamos en el gran comedor del castillo. Un ambiente festivo lo invade todo, adornado por guirnaldas de hiedra y acebo que serpentean por las paredes de piedra. La chimenea crepita con un fuego intenso, lanzando destellos dorados sobre las mesas repletas de comida. Es Navidad, pero no la Navidad que yo conozco.

A mi alrededor, nobles y caballeros vestidos con sus mejores galas disfrutan de un festín medieval. La música en vivo llena el aire con melodías alegres, mientras parejas de bailarines dan vueltas por la sala con una gracia envidiable. El aroma de la carne asada, el pan recién horneado y las especias exóticas me embriaga, despertando en mí un apetito voraz.

Es tal y como mi padre me explicaba. Realmente se están currando la experiencia medieval que tienen montada.

Mis ojos no pueden evitar posarse sobre Nessa. Ella es como una estrella radiante en medio de la multitud, bailando con una energía contagiosa que atrae a todos los pretendientes que la rodean. Su sonrisa es radiante, su risa contagiosa y sus movimientos llenos de gracia.

Paso horas observándola, hipnotizado por su belleza. No puedo evitar sentir una punzada de celos al ver cómo baila con otros hombres, pero al mismo tiempo me llena de alegría verla tan feliz. Sus ojos, cuando se dirigen hacia mí, tienen un brillo especial, una mezcla de timidez y coquetería que me desconcierta.

No sé muy bien cómo interpretar sus miradas. A veces parecen llenas de afecto, otras de desdén. Es un misterio que me intriga y me atormenta a la vez.

Pero esa noche, cuando por fin me retiro a mi habitación, sueño con el mar y unos ojos grandes y azules que me miran con una intensidad que me hace estremecer.

Capítulo 4

El sol se cuela por las rendijas de las contraventanas, dibujando líneas doradas sobre la pared de piedra. Me despierto con el sonido de las olas rompiendo contra la costa, una melodía serena que me invita a salir de la cama. Me levanto con pereza, aún somnoliento, y me acerco al ventanal.

La vista me deja sin aliento. El mar se extiende ante mí como un lienzo infinito, sus aguas turquesas brillando bajo la luz del alba. Los acantilados se alzan majestuosos a lo lejos, sus cimas coronadas por una bruma matutina. Es una escena de una belleza indescriptible, un paisaje que parece sacado de un sueño.

Respiro hondo, llenando mis pulmones con el aire fresco y salado del mar.

Moirá me viene a buscar para desayunar, dejándome sobre la cama un conjunto de ropas que parecen sacadas de un antiguo tapiz, como las que llevan todos aquí. Una camisa de lino blanco holgada, pantalones bombachos de color beige y un chaleco de cuero marrón completan el atuendo, adornado con detalles dorados que brillan con la luz del sol que se cuela por la ventana. Cuando termino de vestirme, la sigo por los pasillos del castillo, aún sin poder creer que estoy aquí. Ahora sí que me siento como un personaje de una novela.

El comedor, cuando no está repleto de gente como anoche, es una sala amplia y luminosa, con una mesa larga de madera maciza en el centro. El señor y la señora MacGregor me saludan con amabilidad, preguntándome cómo he dormido. Me siento un poco incómodo ante tanta atención, pero a la vez agradezco su hospitalidad.

El desayuno es delicioso: pan recién hecho, queso fresco, fruta de temporada y un té humeante. Saboreo cada bocado, disfrutando de la tranquilidad del momento.

Pero, tal y como me prometió el señor MacGregor, enseguida me encuentran trabajo. Esta mañana acompañaré al doctor en sus consultas para ayudarlo en lo que sea preciso. Me siento nervioso, pero también ilusionado por esta nueva oportunidad. Aunque sea con otros métodos, siempre es un placer dedicarme a la medicina.

Encuentro el consultorio sin dificultad y, al entrar, me invade un aroma peculiar que mezcla el olor a hierbas medicinales con el de desinfectante. El doctor Alasdair me recibe con una cálida sonrisa que me tranquiliza de inmediato y me presenta a su asistente, Morag, una joven de cabello castaño y ojos vivaces que me mira con curiosidad.

Me pongo a trabajar de inmediato, ayudándolos en sus tareas diarias. Preparo medicamentos, atiendo a los pacientes y tomo notas sobre las diferentes enfermedades que trata. Apenas hablo o actúo sin que me lo pidan, una parte de mí me dice que debo ser prudente y observar con atención, que mis conocimientos sobre medicina moderna podrían no ser bienvenidos aquí. Así que me dedico a ser un mero espectador, absorbiendo cada detalle de los métodos del doctor y aprendiendo a tratar a los pacientes con los remedios más básicos que tiene a su disposición. Algunos de ellos sin fundamento médico, pero en ningún momento cuestiono sus métodos.

A medida que avanza el día, me doy cuenta de que el trabajo del doctor es mucho más que recetar medicamentos y curar heridas. Es una figura importante en la comunidad, alguien en quien los habitantes de la isla confían para recibir consejo y apoyo. Escucha sus problemas con paciencia y comprensión, y siempre tiene una palabra amable para ellos.

Sin embargo, todo esto no ha hecho más que alimentar las dudas y los interrogantes que me atormentan. Hay algo en este lugar, en la atmósfera que lo envuelve, que me resulta inquietante. Nada de lo que veo me recuerda a la actualidad, ni siquiera un poco. Es como si... No, ni siquiera puedo pensarlo. Sería una completa locura.

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras la brisa marina se intensifica, acariciando mi rostro con una frialdad que me eriza la piel. No puedo evitar mirar hacia el horizonte, donde el cielo se funde con el mar en una línea indefinida, formando un cuadro de belleza impresionante pero inquietante a la vez.

Acabo de regresar al castillo después de cumplir con el encargo del doctor. Caminaba por los senderos de tierra, disfrutando de la tranquilidad del atardecer y del canto de las aves que se despedían del día. Sin embargo, ahora, una sensación de desasosiego se apodera de mí.

Con la caída del sol, parece que ha empezado a formarse una bruma alrededor de toda la isla. Apenas es posible ver a través del horizonte, como si la oscuridad se tragara lentamente la luz. La sensación de aislamiento se intensifica, y no puedo evitar sentir una punzada de miedo en mi estómago.

Mis pies, guiados por una fuerza invisible, me llevan hacia la costa más cercana. Me aproximo al borde del acantilado, fascinado por el espectáculo que la naturaleza ofrece ante mis ojos. El sol, convertido en una bola de fuego anaranjada, se hunde lentamente en el mar, tiñendo el cielo de una paleta de colores que va del rojo intenso al violeta más profundo hasta diluirse en la oscuridad de la noche. Las olas, con su fuerza indomable, rompen contra la arena con un sonido hipnótico que me invita a reflexionar sobre la inmensidad del océano y la pequeñez del ser humano.

El frío del aire nocturno me cala hasta los huesos, pero hay algo en este momento que me mantiene cálido. No es solo la belleza del paisaje, la inmensidad del mar o la quietud del cielo. Es la sensación de estar conectado con algo más grande que yo mismo, con la naturaleza en su estado más puro, con la esencia de la vida misma.

Y entonces lo oigo. Un sonido precioso en la lejanía. Una melodía triste, melancólica, que me conmueve hasta el alma. Me quedo inmóvil, escuchando con atención, escudriñando el horizonte con la esperanza de descifrar el origen de esa música celestial.

Siento que me estoy volviendo loco cuando creo ver algo. Allí, sobre una roca, en medio del mar embravecido por la tormenta que se avecina, puedo distinguir la silueta de una foca. Está inmóvil, observando el horizonte con una mirada melancólica. Y si no fuera porque creo que es imposible, juraría que la melodía proviene de ella.

Me siento totalmente atraído por ese sonido, por esa melodía que parece provenir del alma de la foca. Sintiendo la necesidad de ver mejor al animal, doy un paso al frente. Al hacerlo, pedazos de roca se desprenden del acantilado, cayendo al agua con un sonido fuerte que rompe el silencio de la noche.

La melodía se detiene en ese mismo instante y la foca gira la cabeza hacia mí con una mirada penetrante, sus ojos brillando con una intensidad que me hace estremecer. Solo que no es una foca.

Un grito ahogado escapa de mi garganta mientras la veo sumergirse en las profundidades del mar. Un escalofrío recorre mi cuerpo y la sangre se me hiela en las venas.

Cuando vuelvo al interior del castillo, estoy temblando. No sé qué he visto u oído, pero algo me dice que no debería haberlo hecho.

Esa noche me salto la cena, me acurruco en mi cama y cierro los ojos con fuerza, rezando para despertar mañana en la casa de mi familia.

Pero no ocurre.

Capítulo 5

Solo cuatro días después de mi llegada, siento el cuerpo dolorido y la mente aturdida. He vuelto a oír ese sonido, esa melodía fantasmal que me persigue.

Cada noche, el sonido se acerca más a mi ventana. Me levanto empapado en sudor, el corazón laténdome con fuerza en el pecho. Me asomo a la oscuridad, buscando la fuente de la música, pero solo encuentro la densa bruma que envuelve la isla.

No puedo seguir en este lugar. Tengo que volver a Edimburgo, a la seguridad de mi hogar.

Esa misma mañana, me dirijo al puerto con paso decidido. La esperanza de encontrar un barco que me saque de esta isla maldita es lo único que me mantiene en pie. Sin embargo, a medida que me acerco, una sensación de desolación me invade.

El puerto, antes bullicioso y lleno de actividad, ahora se encuentra desierto. Los barcos, otrora majestuosos y llenos de vida, yacen amarrados en la orilla, sus velas deshilachadas por el viento y sus mástiles inclinados como si se rindieran ante la bruma que lo envuelve todo.

Un pescador solitario repara sus redes en un muelle alejado. Me acerco a él con la esperanza de que me pueda dar alguna información sobre cómo salir de la isla.

La bruma es la razón de mi encierro. Desde aquella noche extraña, la niebla no ha abandonado el mar ni un instante, envolviendo la isla en un abrazo frío y opresivo. Es imposible ver a través de su denso velo, como si la propia isla intentara ocultarse del mundo.

Nadie se atreve a navegar en estas condiciones. Los pescadores más experimentados hablan de la bruma con temor, susurrando historias de barcos que se tragaron las olas y marineros que desaparecieron sin dejar rastro. Dicen que este fenómeno ocurre de vez en cuando, pero que esta vez es especialmente persistente y peligrosa.

He oído historias de barcos que se han adentrado en la bruma y nunca más se han visto. Los marineros hablan de una fuerza misteriosa que habita en la niebla, una fuerza que los atrapa y los arrastra hacia las profundidades del mar.

Me encuentro atrapado en esta isla, sin posibilidad de escapar. La bruma me ha convertido en prisionero, y la única opción que me queda es esperar a que se disipe.

Un día, mientras trabajo en la tierra bajo el sol abrasador, Nessa se acerca a mí con una sonrisa en los labios. Su presencia siempre me tranquiliza, es como un oasis de paz en medio de la incertidumbre que me rodea. Me lanza una uva al vuelo, que cojo con la boca con una destreza que me sorprende a mí mismo.

—Tú sabías que ocurriría —le digo con reproche.

Ella me mira con sus grandes ojos azules, llenos de una tristeza que me conmueve.

—Sí —me dice con voz suave—, había mucha humedad en el ambiente cuando nos encontramos. Era una señal de que la bruma estaba a punto de llegar.

—¿Sabes cuándo se disipará? —le pregunto con frustración, mi voz cargada de desesperación. La idea de estar atrapado en esta isla por más tiempo me aterroriza.

Ella se ríe, una risa tenue que suena como el canto de un pájaro solitario en la bruma.

—¿Cómo voy a saberlo? —me dice lanzándome otra uva— Normalmente suele durar unos días, después desaparece por unos días más. Suficientes para llevarte de vuelta.

Sus palabras me dan un pequeño rayo de esperanza. Tal vez, solo tal vez, pueda escapar de este lugar antes de que la locura se apodere de mí. Porque esa es la única explicación a lo que estoy viviendo.

Nessa me observa con una mezcla de curiosidad y preocupación. Sus ojos azules, siempre tan

tranquilos, ahora reflejan un destello de inquietud.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta con voz suave— Algo te molesta, ¿qué es?

Yo sacudo la cabeza, restándole importancia pero Nessa dice mi nombre y yo no puedo evitar alzar la mirada hacia ella. Nuestros ojos se encuentran y mi corazón se relantiza.

—Creo... que me estoy volviendo loco —digo con una sonrisa que trata de disculpar mi comportamiento—. Cada noche oigo un sonido, una melodía, que proviene del mar. No se parece a nada que haya oído antes. Y el otro día me pareció ver... —Rompo el contacto visual avergonzado por mis propias palabras. No quiero que Nessa piense que soy un lunático, pero la melodía fantasmal y la figura que vi en la bruma me atormentan— Nada, no importa.

Nessa me observa con el rostro fruncido y no dice nada en varios segundos. Su silencio me inquieta, pero también me da un extraño consuelo.

—¿Has oído las historias de los pescadores? —me pregunta de repente, su voz llena de intriga — ¿Te han contado la leyenda de la bruma? ¿La verdadera razón por la que aparece?

Yo la miro con interés. No sabía que la bruma tuviera una leyenda.

—Bueno, me han hablado de una fuerza extraña que atrae a los marineros y los ahoga en la niebla —digo recordando el miedo en sus miradas al contármelo.

Nessa sonrío de nuevo, una sonrisa traviesa que me intriga.

—Sirenas —dice ella—. Hablan de sirenas.

Nessa me cuenta las historias que circulan por la isla. Habla de sirenas que cantan para atraer a los hombres hacia el agua, de sus melodías irresistibles que hipnotizan a los marineros y los conducen a su perdición.

Me habla de los numerosos naufragios que han ocurrido a lo largo de los años, de los barcos que se han hecho añicos contra las rocas, de los marineros que han desaparecido sin dejar rastro. Muchos dicen que las aguas de Eilean Solas están malditas.

—Hemos aprendido a convivir con la bruma y... las sirenas —me dice—. Algunos creen que las sirenas no son maliciosas por naturaleza, otros que protegen un secreto antiguo escondido en las profundidades de la isla.

—¿Un secreto? —repito yo— ¿Y qué piensas tú?

Ella se encoge de hombros.

—Si quieres saber más —me dice—, durante los días de bruma, los bares de la aldea siempre están llenos de gente contando historias y cantando canciones sobre ellas. Los hombres tienen miedo de estar solos por si escucharan su llamado.

Su llamado. ¿Podría ser eso lo que llevo escuchando todas las noches...? No, es imposible. Las sirenas son solo un mito, una creación de la imaginación popular.

—Pero esto no es más que una leyenda, ¿verdad? Las sirenas no existen —digo, como si de esta manera me lo recordara a mí mismo. Necesito creer que todo esto es solo un producto de mi mente.

Nessa, sin dejar de sonreír, me lanza una mirada que no sé descifrar.

—Claro, son leyendas antiguas —me responde antes de lanzarme otra uva que me pilló desprevenido y me da directamente en la nariz.

Ella se ríe y se me olvidan todas las preocupaciones. Su risa contagiosa me libera por un momento de la tensión que me invade.

En ese instante, me doy cuenta de que Nessa no me está tomando en serio. Para ella, las historias de sirenas son solo eso, historias. No cree que haya nada real detrás de ellas.

Y eso me tranquiliza. Al menos por ahora.

Capítulo 6

Sin embargo, tras dos noches más escuchando la preciosa y melancólica melodía, decido internarme en la aldea. La bruma sigue envolviendo la isla como un sudario fantasmal, pero la llamada de la melodía es cada vez más irresistible. Su canto fantasmal me persigue en mis sueños, me atormenta durante el día y me guía como un faro en la oscuridad.

No puedo seguir ignorándola. Necesito saber de dónde proviene, quién la entona y qué significado tiene. Es como una fuerza poderosa que me atrae hacia lo desconocido, hacia un misterio que me inquieta y me fascina al mismo tiempo.

Llego a la aldea y me encuentro con un panorama que me sorprende. Las casas están oscuras y silenciosas, como si sus habitantes se hubieran escondido en el interior por temor a la bruma. Un silencio sepulcral reina en las calles, roto solo por el sonido del viento que gime entre las casas y el canto fantasmal que me guía.

Me acerco a un bar, el único lugar que parece tener alguna luz. Empujo la puerta y entro, empapado de niebla y con el corazón palpitando en mi pecho.

El bar está llena de hombres, fumando y bebiendo entre risas y música. El ambiente es denso, cargado de humo y alcohol. Un grupo de hombres juega a las cartas en una esquina, mientras que otro grupo canta canciones a viva voz.

Me acerco a la barra y pido una cerveza. Un hombre viejo con una barba larga y blanca me mira con curiosidad.

—Tú eres el forastero —me reconoce—. ¿Qué te trae por aquí en una noche como esta? —me pregunta con voz ronca.

—He venido a escuchar las historias de las sirenas —respondo sin dudar.

El hombre se ríe entre dientes.

—Ah, las sirenas —dice—. Créeme, estarás más a salvo de ellas en el castillo —me dice mientras me sirve una jarra generosa de cerveza.

—No estoy tan seguro de ello... —digo en voz baja, pero lo suficiente como para que el hombre me escuche.

Su rostro palidece de repente.

—Las has escuchado —comprende. Sus ojos se llenan de un terror que me contagia.

Yo no asiento, no quiero alimentar las fantasías que se han empezado a crear en mi mente, pero le sostengo la mirada. Sólo sé que he escuchado algo, algo que no puedo explicar.

—Siéntate donde puedas, pronto se pondrán a hablar —dice refiriéndose a los hombres que se encuentran en el centro bebiendo y charlando a voces, claramente ebrios.

Me siento en una mesa cercana, con la cerveza en la mano y el corazón en la garganta. El aroma a cerveza rancia y tabaco se impregna en mi ropa y en mi piel, mientras observo a los parroquianos con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

De repente, un golpe seco sobre la mesa de madera hace que todas las conversaciones se detengan en seco. Un hombre corpulento, con la barba poblada de canas y la piel curtida por el sol y la sal del mar, se pone de pie.

Entonces lo sé, ha llegado el momento de las historias.

—He navegado por estos mares durante más de cuarenta años —comienza el hombre—. He visto cosas que no creeríais, he vivido aventuras que harían temblar al más valiente. Pero nada se compara con lo que escuché aquella noche —dice, bajando la voz—. La noche en que escuché el canto de las sirenas.

La taberna se llena de murmullos. Todos los presentes están expectantes, ansiosos por escuchar la historia del viejo marinero.

—Estaba navegando cerca de la costa —continúa el hombre—. La bruma era espesa, tan espesa que apenas podía ver unos metros por delante. De repente, oí un canto —dice—. Un canto hermoso, melancólico, que me atraía como un imán. No pude resistirme —confiesa—. Seguí el canto hasta que llegué a un pequeño islote. Y en el centro vi a una mujer —dice—. Una mujer de una belleza extraordinaria, con una cola de pez. Era una sirena —susurra el hombre—. Y estaba cantando para mí.

El hombre se queda en silencio, como si reviviera la escena en su mente. Los demás presentes lo escuchan con atención, sin perder ni una sola palabra.

—No sé qué pasó después —dice el hombre finalmente—. Solo recuerdo que me desperté en mi barco, al día siguiente, sin ningún recuerdo de lo que había sucedido. Pero nunca he olvidado el canto de la sirena —confiesa—. Y siempre me he preguntado qué me quiso decir.

La historia del viejo marinero termina en medio de un silencio sepulcral. Los demás presentes parecen estar sumidos en sus propios pensamientos.

Pronto, otros se animan a contar historias similares. Algunos aseguran haberlas visto en la bruma, mientras que otros solo atisbaron siluetas extrañas entre las olas. Cada relato añade un nuevo misterio a la leyenda de las sirenas, alimentando mi fascinación y mi temor a partes iguales.

Y entonces, alguien se pone a cantar. Una voz ronca y melodiosa llena la taberna, narrando en una canción la belleza y el peligro de las sirenas, su canto irresistible y el destino fatal que aguarda a aquellos que se dejan seducir por él.

*En las noches de bruma, en Eilean Solas, Donde el mar se encuentra con la costa agreste,
Cantan las sirenas con voz encantada, En el manto de niebla, su melodía se eleva.*

*Oh, escucha el canto de las sirenas, En las olas rompientes, entre las arenas, La niebla se alza,
el mar susurra, Eilean Solas, morada de la criatura.*

*Las leyendas hablan de susurros en la bruma, De marineros perdidos y barcos en la espuma,
Las sirenas de Eilean Solas, guardianas del mar, Con sus cantos hipnóticos, te hacen naufragar.*

*Oh, escucha el canto de las sirenas, En las olas rompientes, entre las arenas, La niebla se alza,
el mar susurra, Eilean Solas, morada de la criatura.*

Pero ten cuidado, oh navegante audaz, La atracción de las sirenas puede ser mortal, Sus cantos te llaman hacia lo profundo, Donde el abrazo del mar se vuelve tu tumba.

*Oh, escucha el canto de las sirenas, En las olas rompientes, entre las arenas, La niebla se alza,
el mar susurra, Eilean Solas, morada de la criatura.*

En las noches de bruma, en Eilean Solas, Donde el mar susurra sus secretos antiguos, Las sirenas cantan su canción eterna, Eilean Solas, hogar de la leyenda.

La melodía me envuelve por completo, transportándome a un mundo de misterio y fantasía. Siento como si la canción hablara directamente a mí.

Y cuando termina, estoy de los nervios. La intensidad de la canción ha dejado mi cuerpo tembloroso y mi mente en un estado de agitación.

Me levanto de la mesa y me despido de los hombres de la taberna. Sus miradas me siguen mientras salgo, como si intuyeran la batalla interna que se libra en mi interior.

No puede ser que me haya dejado engañar por una leyenda de pueblo. La voz de la razón me grita que todo esto es producto de mi imaginación, una elaborada fantasía creada por mi mente para escapar de la realidad.

Mi mente está jugando conmigo. Me repito una y otra vez, tratando de convencerme de que estoy siendo víctima de una ilusión. El cántico que oigo, seguramente será algún tipo de animal, o el viento, tal vez. Y lo que vi en el mar aquella noche... No sé lo que vi, pero desde luego no era una sirena.

Esto ha sido una pérdida de tiempo y no pienso concederle ni un minuto más.

Capítulo 7

No vuelvo a pensar en ello, no hago más preguntas al respecto y he conseguido ignorar la melodía que oigo por las noches. Es un pájaro, me he estado repitiendo. Un pájaro muy grande y con unas buenas cuerdas vocales.

Por suerte hoy me toca quedarme con el doctor Alasdair. Cuando estoy con él apenas tengo tiempo de pensar, lo cual me va de perlas. Me ha estado enseñando sobre las plantas medicinales de la isla y sus propiedades curativas, y he aprendido mucho de él. Su sabiduría y su pasión por la medicina son inspiradoras.

Sin embargo, lo que no espero es que me deje al cargo de la consulta mientras él atiende un parto en la aldea. Morag va con él para ayudarlo, así que me quedo solo en la pequeña consulta, con una mezcla de nerviosismo y emoción.

Nunca he atendido a un paciente solo, pero sé que puedo hacerlo. El doctor Alasdair me ha dado las instrucciones necesarias y confío en mis habilidades.

Unos minutos después, llega una mujer joven a la consulta. Está pálida y temblorosa, tiene fiebre. Consulto el diario de medicina del doctor del castillo y le ofrezco los remedios que ha anotado para sus síntomas. Cuando se va la mujer, sin embargo, suspiro agotado. Lo bien que les iría tener paracetamol aquí.

Atiendo algún que otro paciente con molestias leves, muchas de las cuales apenas puedo hacer mucho para solucionar con los métodos de los que dispongo. Pero, en general, la consulta hoy está bastante vacía.

Aprovecho para ojear sin discreción las estanterías, los recipientes y para leer el diario de medicina de Alasdair. Es fascinante y frustrante al mismo tiempo. Hay muchísimos remedios pero no veo nada de lo que he estado aprendiendo en los últimos años de medicina. No conozco estos métodos, y no estoy del todo seguro de que funcionen de verdad.

Pero todo cobra sentido cuando veo la fecha de la última entrada. Es de hace más de doscientos años. Lo cierro con desdén y salgo hacia la biblioteca. Tiene que haber algo más actual. Esta gente, por mucho que se empeñe en vivir como en el medievo, deben tener las necesidades básicas. Por lo menos al tratarse de salud.

Desgraciadamente, no encuentro nada. La mayoría de los libros están datados sobre la misma fecha, incluso de más atrás. Así que decido buscar ayuda.

Encuentro a Nessa en el campo de tiro. La observo desde lejos mientras sujeta su arco, su precioso pelo negro largo y suelto ondeando por el viento, cayendo en cascada sobre su espalda.

Es una imagen cautivadora. Su postura es firme y segura, sus movimientos son precisos y elegantes.

Cuando lanza la flecha, da justo en el centro del blanco. Un grito de victoria escapa de sus labios, y una sonrisa triunfal se dibuja en su rostro.

Me acerco a ella, fascinado por su habilidad. No solo ha dado en el blanco, sino que lo ha hecho con una precisión y una naturalidad que me impresionan.

—Vaya, Nessie, no sabía que podías hacer eso —le digo caminando hacia ella.

Ella se vuelve hacia mí al reconocerme, una sonrisa radiante en su rostro. Yo me veo obligado a mantener la compostura. No puedo evitar sentirme atraído por su belleza. Es imposible no hacerlo. Su sonrisa es contagiosa, y sus ojos brillan con una chispa de alegría que me cautiva.

—¿Nessie? ¿Cómo el monstruo del lago Ness? —dice ella incrédula.

Yo me encojo de hombros.

—Creo que te viene como anillo al dedo.

Ella me saca la lengua y después me señala el arco.

—Aquí todos saben hacerlo —responde con arrogancia, lanzando otra flecha a otro de los blancos, dando en el centro de nuevo.

Yo dejo escapar un soplo.

—Eso ha sido innecesario —le digo con una media sonrisa. Aunque lo cierto es que me ha impresionado mucho.

Ella alza una ceja y me mira con una expresión desafiante.

—¿Quieres que te enseñe? —me pregunta de repente.

Yo me remuevo incómodo en el sitio.

—¿Cómo sabes que no sé lanzar? —pregunto con un tono defensivo.

Ella se cruza de brazos sin dejar de mirarme con esa mueca burlona.

—Llamémoslo intuición femenina... —dice riéndose— Ven —añade extendiendo la mano hacia mí.

Ni siquiera tengo opción de negarme. Me toma la mano y me guía hacia el blanco, colocándose detrás de ella. Cojo el arco con torpeza y ella me ayuda a colocarme, guiándome en la postura correcta. Siento su calor corporal cerca de mí, y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo.

Sigo sus instrucciones al pie de la letra, concentrándome en cada detalle. Aunque me resulta un poco difícil concentrarme cuando su mano roza la mía, corrigiendo mi postura y guiando mi movimiento.

Finalmente, tomo aire, apunto al blanco y lanzo la flecha. La flecha vuela por el aire, rozando el borde del blanco. Un gemido de frustración escapa de mis labios.

Nessa se ríe.

—No está mal para ser tu primera vez —dice con una sonrisa alentadora—. Ven, lo volveremos a intentar.

Paso la siguiente hora con Nessa, aprendiendo a tirar con arco y charlando. Ella me cuenta sobre su vida en la isla, sobre su familia y sus amigos. Yo le hablo sobre mi vida en la ciudad, sobre mis estudios de medicina y sobre mis sueños para el futuro.

Cuando llega la tarde, estamos sentados en el suelo, compartiendo algo de pan y queso que le ha traído una de sus criadas. La luz del sol se filtra entre las ramas de los árboles, creando un ambiente mágico y acogedor.

—¿Cómo es vivir así toda tu vida? —le pregunto, intrigado por su cultura y tradiciones.

—¿A qué te refieres? —pregunta ella, con una sonrisa curiosa en los labios.

—Parece que estéis atrapados en el tiempo —le digo con tacto—. ¿No tienes curiosidad por saber qué más hay ahí fuera? Lo Hamish viven así también, pero al menos tienen la oportunidad de descubrir el mundo fuera de sus creencias, para después poder decidir de qué modo vivir.

Nessa frunce el ceño y se mete un trozo de queso en la boca.

—No sé de qué me estás hablando, pero que conste que vivo aquí por voluntad propia. No hay otro lugar en el mundo en el que querría estar —contesta ella.

Acepto su respuesta, aunque en el fondo me entristece un poco.

Sin embargo, en ese momento, mi atención se desvía hacia un pequeño detalle. Un trozo de queso se ha quedado pegado en la comisura de su labio, y no puedo evitar mirarlo fijamente.

La imagen es tan cómica e inesperada que me provoca una sonrisa. Ella, ajena a mi observación, sigue hablando animadamente. Pero, se da cuenta de mi mirada y me sonrío.

—¿Qué pasa?

—Tienes un poco de queso en... —le digo, tratando de contener la risa.

Nessa se lleva la mano a la boca y se sonroja ligeramente.

—Oh —dice ella avergonzada, tratando de limpiarse el lado incorrecto.

Sin pensarlo siquiera, levanto la mano y se lo quito con mi dedo pulgar. La yema de mi dedo roza sus labios de manera suave e inesperada. Su piel es tan suave, tan cálida...

Nessa se queda inmóvil ante mi contacto. Sus ojos se encuentran con los míos y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo. La sonrisa se ha borrado de su rostro, reemplazada por una expresión de sorpresa y una pizca de timidez.

Yo también me quedo en silencio, hipnotizado por su belleza. El tiempo parece detenerse a nuestro alrededor, y solo puedo escuchar el latido de mi corazón.

Finalmente aparto mi mano con lentitud, sintiendo un vacío inexplicable al alejarme de su piel.

—Gracias —dice en apenas un susurro.

Yo asiento en silencio, incapaz de articular palabra. No sé qué decir, ni qué hacer. Solo puedo mirarla a los ojos y perderme en su profunda mirada, tan azul como el mar que rodea la isla.

Es ella quien rompe el contacto visual, carraspeando la garganta y sacudiéndose la falda, rompiendo el extraño momento que nos ha envuelto.

—¿Me buscabas por alguna razón? —me pregunta de repente, su voz recuperando un tono más natural, aunque puedo notar un ligero temblor en ella.

Yo la miro sin comprender, todavía atrapado en el recuerdo de su tacto.

—Antes de que te persuadiera para aprender a tirar con arco —dice sonriente, aunque evitando mirarme a los ojos, como si temiera revelar más de lo que ya ha dejado entrever con su mirada.

Entonces lo recuerdo. Tiene razón, lo había olvidado por completo.

—Sí, es cierto —digo volviendo en mí poco a poco, sintiéndome un poco avergonzado por mi reacción—. Estaba en la biblioteca, buscando libros de medicina actual. Pero sólo encuentro libros antiguos. Me preguntaba si podrías ayudarme a encontrar lo que busco. Aunque ahora que lo pienso, podría haber preguntado a Moira también. Lo siento, no quería molestarte.

—No lo haces —se apresura a decir ella, su voz llena de calidez—. Te ayudaré encantada. Pero tendrá que ser mañana —dice señalando el cielo nocturno, donde las primeras estrellas comienzan a brillar, titilando como luciérnagas en la inmensidad—. Deberíamos prepararnos para la cena, si mi padre me ve el vestido lleno de barro no me dejará acercarme a un arco de nuevo.

Yo asiento y me levanto del suelo, todavía un poco aturdido.

—Adelántate tú, ahora entraré yo —le digo, con la voz ronca por la emoción.

Nos miramos un momento, sus ojos me dejan sin aliento. Son como dos pozos zafiro en los que puedo perderme y encontrarme al mismo tiempo. Finalmente se despide de mí con una sonrisa tímida y vuelve al interior del castillo. Yo la observo mientras se aleja, con una mezcla de deseo y confusión.

Me quedo solo en el campo de tiro, con la puesta de sol bañando el paisaje en una luz dorada. Respiro hondo y trato de calmar mis pensamientos.

¿Qué ha sido eso?, me pregunto. ¿Habría sentido ella lo mismo que yo? ¿Habría visto el deseo que se reflejaba en mis ojos?

Sacudo la cabeza y respiro hondo de nuevo antes de encaminarme al castillo también. La cena me espera, pero mi mente está en otro lugar. En Nessa, en sus ojos, en sus labios, en el roce de su piel contra la mía.

Capítulo 8

Apenas duermo esta noche, aunque esta vez no ha sido a causa del canto que proviene del mar. Mis propios pensamientos me han mantenido en vela, dando vueltas en mi cabeza como una tormenta sin fin.

No me da tiempo a reponer fuerzas. El doctor Alasdair me hace llamar temprano por la mañana. Su rostro severo me hace sentir como un niño travieso que ha sido pillado haciendo una travesura. Me reprende por haber abandonado mi puesto en la consulta médica en su ausencia, y yo solo puedo agachar la cabeza y disculparme.

Pero lo cierto es que no me arrepiento en absoluto. Pasar la tarde con Nessa lanzando flechas y comiendo queso es infinitamente más divertido.

La mañana la dedico a limpiar la despensa, ordenando los frascos de hierbas y reponiendo los ingredientes más escasos. Cada tarea me recuerda la sencillez de la vida en Eilean Solas, tan diferente del ajetreo y el bullicio de la ciudad a la que estoy acostumbrado.

Después de la comida, me reúno con Nessa en la biblioteca. Su sonrisa radiante me ilumina el día, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no mirarle los labios y quedarme embobado. Me esfuerzo en mantener la cabeza fría y enfocar mi atención en los libros que me va mostrando, pero tampoco funciona.

Sobre todo porque no me sirven. Son libros antiguos, llenos de remedios y tratamientos que ya no se utilizan en la actualidad.

—¿No hay nada más actual? —le pregunto deshechando el último que me ha enseñado.

—¿Más actual que esto? —dice ella señalando el mismo tomo con una sonrisa traviesa—. Como no tengas una bola de cristal para ver el futuro...

Yo sacudo la cabeza, divertido por su comentario.

—Recuérdame que te envíe un par de libros cuando vuelva a casa. O una docena de ellos —digo en tono burlón.

—O podrías traerlos tú mismo —dice ella, sus mejillas sonrojándose ligeramente—. Ya sabes, para asegurarte de que lleguen de una pieza. Sería una pena desperdiciar algo tan valioso.

Sus palabras me toman por sorpresa. Me está invitando a volver, a reencontrarme con ella. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y no puedo evitar sonreírle.

—Por supuesto —contesto yo, sin pensar en las consecuencias.

Sin embargo, en el fondo, no estoy muy seguro de poder hacerlo. No pronto, por lo menos. Mis estudios me toman gran parte de mi tiempo, y ya he desperdiciado mucho aquí. Los exámenes ya habrán empezado, y no sé cómo voy a conseguir que mis profesores se crean esta historia. ¿Cómo puedo explicarles que he pasado las últimas semanas en una isla perdida, curando a sus habitantes

Sea como sea, ese es un problema para el futuro. Lo primero que debo hacer es salir de esta isla. La bruma parece haber comenzado a disiparse levemente, como un velo que se levanta para revelar un nuevo camino. Moira y Nessa creen que podré volver en unas dos semanas.

Dos semanas más y volveré a casa.

Dios, mis padres habrán llamado a la policía. Me creerán muerto a esas alturas. Me sabe fatal hacerles pasar por esto, aunque tampoco es mi culpa. Creo. Todavía no estoy muy seguro de cómo he llegado aquí.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el ajetreo del gran comedor. Los sirvientes corren de un lado a otro, atareados con los preparativos para la nueva noche de fiesta. El aroma a

comida deliciosa flota en el aire, mezclándose con el sonido de risas y conversaciones animadas.

—¿Ya os estáis preparando para fin de año? —le pregunto a Nessa, que hojea una novela con aparente tranquilidad.

Ella levanta la cabeza de las páginas y me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Fin de año? Ah, te refieres a Hogmanay —dice con un tono divertido—. Bueno, teniendo en cuenta que empieza hoy y que durará cuatro días, lo veo un poco justo, de hecho. Mi padre anda un poco disperso últimamente.

Claro, por supuesto que celebran Hogmanay aquí. No un fin de año convencional, sino una fiesta que abarca cuatro días de jolgorio y tradición. Este lugar se toma muy en serio la preservación de sus costumbres.

—¿Qué le pasa a tu padre? No lo he visto desde que me diste trabajo —le pregunto, intrigado por la preocupación que he captado en su mirada.

Ella se encoge de hombros, tratando de restarle importancia al asunto, pero no lo consigue del todo.

—Estas fechas son siempre muy estresantes para él —dice con un tono irónico—. Dar órdenes tiene que ser agotador, ¿no crees?

Sonríó ante sus palabras y le arrebató el libro que la tiene tan absorta. La textura desgastada de la cubierta me recuerda a los viejos libros que leía en la biblioteca de mi padre, y el aroma a papel añejo me invade las fosas nasales.

—La rosa de la montaña... —leo el título en voz baja, con una entonación que mezcla curiosidad y picardía.

—¡Eh! —se queja ella, estirando su mano para recuperar su tesoro literario. Sus mejillas se sonrojan ligeramente, dándole un toque adorable a su rostro angelical.

Yo la ignoro y alzo el libro sobre mi cabeza, fuera de su alcance. Con un movimiento rápido, paso las páginas hasta llegar a la sinopsis.

—En las escarpadas montañas de Escocia, una joven llamada Catriona se enamora de un hombre que ha sido acusado de un crimen que no cometió. Juntos, lucharán por demostrar su inocencia y encontrar la felicidad que tanto anhelan —leo en voz alta, dejando que cada palabra resuene en el silencio de la habitación. Una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios—. Desconocía que te gustaban las novelas románticas, Nessie... —digo con un tono burlón.

Ella se cruza de brazos y suspira, tratando de ocultar su rubor.

—Por supuesto que sí —responde con voz firme, aunque sus mejillas la delatan—. Son historias preciosas escritas por mujeres, por lo que los hombres no son unos completos idiotas.

No puedo evitar reírme ante sus palabras y sigo hojeando el libro, sin bajarlo de mi vista. Mis dedos recorren las páginas con suavidad, como si acariciaran la piel de una amante.

—Catriona se arrojó apasionadamente a los brazos de Jamie, su cuerpo temblando de deseo. "Te amo", murmuró ella, su voz cargada de anhelo. "Yo también te amo", respondió él con un susurro ronco. Sus labios se encontraron en un beso ardiente, sellando su amor con una intensidad abrasadora.

Nessa se abalanza sobre mí, intentando arrebatarme el libro.

—¡Basta, Harry! —se queja ella.

—Las manos de Jamie recorrieron el cuerpo de Catriona con urgencia —sigo leyendo—, como si quisiera memorizar cada curva y cada detalle. Ella, rendida ante la intensidad de su amor, dejó que sus dedos se perdieran en el cabello de él y... —hago una pausa para leer el resto para mí mismo— Un momento, ¡esto es erótico! —exclamo, dejando escapar una risita traviesa.

Nessa deja escapar un grito ahogado y se lanza contra mí. Su cuerpo choca contra el mío,

haciéndome perder el equilibrio y ambos caemos al suelo, enredados en un revoltijo de brazos y piernas. Ella aterriza sobre mí, su cuerpo presionando contra el mío de una manera que me hace perder el aliento.

Nuestros rostros están muy cerca, a escasos centímetros de distancia. Puedo sentir su calor, su aroma floral, el ritmo acelerado de su corazón latiendo contra mi pecho.

Pero el grito de Moira rompiendo el silencio de la biblioteca nos devuelve a la realidad. Un grito que nos hace saltar como si hubiéramos sido sorprendidos en un acto prohibido.

Nessa me arrebató el libro de la mano y se incorpora de un salto, sus mejillas encendidas por un rubor que la hace aún más irresistible. Yo me quedo un momento en el suelo, recuperando el aliento y tratando de ordenar mis pensamientos. La adrenalina todavía corre por mis venas, y mi corazón late con fuerza en mi pecho..

—Te veo en el baile —dice ella con una voz ronca y entrecortada antes de salir corriendo de la biblioteca.

Me levanto del suelo y la observo marcharse, sintiendo una mezcla de emociones que no puedo descifrar.

—¿Todavía estás así? —me pregunta Moira entrando en la biblioteca al ver la puerta abierta. Me coge del brazo y tira de mí hacia el exterior— Vamos, vamos. Sube a cambiarte, te he dejado tu traje encima de la cama.

No tengo opción más que dejarme llevar por ella, quien me guía con determinación por la gran escalera, desapareciendo antes de que pueda articular una protesta.

Mi mente zumba ligeramente mientras asciendo hacia mi habitación, pero pronto esa neblina se disipa ante la visión del traje que Moira ha dispuesto para mí. No es el traje negro elegante que esperaba, sino algo completamente diferente que me arranca una sorprendida sonrisa.

Un kilt escocés tradicional yace sobre la cama, tejido con una mezcla de colores verde esmeralda y azul marino que danzan entre sí en un patrón que evoca las ondulaciones de los mares y las colinas. La tela, densa y áspera, ofrece una textura que despierta una suave curiosidad en mis dedos, aunque al mismo tiempo se siente acogedora contra mi piel.

Mis ojos se recrean en los pliegues impecablemente delineados, en el brillo plateado del broche adornado con intrincados grabados celtas. Es un conjunto que respira historia y tradición, algo que me conecta con un pasado que se despliega ante mí de manera palpable.

Un leve destello de duda cruza mi mente mientras lo sostengo. No es habitual para mí vestir esta indumentaria, y por un instante me siento como un extranjero en mi propio cuerpo. Pero luego, como una cálida marea, recuerdo los tiempos en que mi padre me enseñaba los secretos de llevar un kilt con dignidad y orgullo.

Me pongo el kilt y lo ajusto a mi cintura. La falda cae hasta mis rodillas, mostrando mis musculosas piernas. Complemento mi atuendo con una camisa blanca que resalta la virilidad de mi figura y una chaqueta de tweed que añade un toque de sofisticación rústica.

Cuando me calzo las botas altas, mi reflejo en el espejo me devuelve una imagen que me sorprende. Me siento fuerte, poderoso, conectado a la tierra y a mis raíces. Mis padres estarían muy orgullosos de verme así vestido.

El sonido de la música flota hasta mis oídos, anunciando el inicio de la fiesta. Y mientras me sumerjo en el bullicio y la alegría que llenan el ambiente, una sensación de profundo orgullo y satisfacción se expande en mi pecho.

Capítulo 9

Sonrisas, brindis, risas estrepitosas... la alegría es contagiosa, se propaga como un incendio por toda la isla. Observo a mi alrededor, fascinado por la danza de los colores, por los rostros iluminados por la felicidad.

En este momento, por primera vez desde que llegué a este lugar, me siento parte de esta comunidad. Soy uno más entre la multitud, pero a la vez me siento único, parte de algo más grande.

Las miradas me atraviesan. Las mujeres, con sus ojos chispeantes y sonrisas pícaras, me lanzan dardos de coquetería que hacen sonrojar mis mejillas. Siento una oleada de calor recorrer mi cuerpo, una mezcla de timidez y emoción que me hace sentir vivo.

La fiesta está en su apogeo. La música, un ritmo trepidante y contagioso, invita a todos a bailar. Cuerpos que se mueven al unísono, brazos que se elevan hacia el cielo, voces que corean canciones ancestrales. Es un espectáculo hipnótico, una celebración de la vida en estado puro.

Me dejo llevar por la marea de la alegría, pierdo la noción del tiempo y me sumerjo en este mar de felicidad. La música, el baile, las risas... todo se vuelve borroso a mi alrededor, como si me encontrara en un sueño. Y entonces la veo.

Nessa, como un faro en la noche, aparece entre la multitud. Su belleza es irradiante, una luz que la hace destacar por encima de todo y de todos.

Se acerca con paso decidido y se coloca junto a su padre, que descansa en un altar de madera ubicado en un lugar de honor. Nessa ocupa su lado izquierdo, mientras que su esposa se sitúa a la derecha, completando el cuadro familiar. La imagen es perfecta, una estampa de paz y armonía.

Lleva un vestido precioso de color turquesa, que resalta el color del mar y el cielo. Su pelo, largo y negro como la noche, está recogido en un medio recogido que le da un aire elegante y sensual. No puedo apartar la vista de ella. Su belleza me cautiva, su aura me atrae. Es como si una fuerza invisible me empujara hacia ella.

Me paso el resto de la noche observándola desde la lejanía. Algunos se atreven a sacarla a bailar y ella acepta animada por su padre. Sin embargo, a pesar de la fiesta, hay algo en ella que me preocupa. No parece feliz, no como suele serlo. Su sonrisa, aunque hermosa, no llega a sus ojos. Hay una sombra de tristeza en su mirada que me desgarrar el alma.

En algún momento de la noche desaparece. La veo escabullirse entre la gente, oculta de la mirada de su padre. Y yo la sigo.

Camino por los pasillos llenos de gente, atravesando habitaciones. Pero en algún momento, la pierdo de vista.

De repente, un pasadizo oculto se abre ante mí. Una entrada secreta, como un portal a un mundo desconocido. Sin dudar, me adentro en él. Las escaleras bajan hacia las profundidades de la tierra, iluminadas solo por la tenue luz de la luna.

Tiene que haber bajado por aquí.

Las escaleras bajan y bajan, hundiéndonos en la oscuridad. El aire se vuelve cada vez más frío y húmedo, y el único sonido que se escucha es el eco de mis pasos resonando en las paredes de piedra.

De repente, un sonido familiar llega a mis oídos. ¿Es eso el sonido del romper de las olas? La respuesta no tarda en llegar. Alcanzo el final de las escaleras y ante mí se abre una cueva natural. La luz de la luna se filtra por una abertura en el techo, iluminando el paisaje que se extiende ante mis ojos.

El mar, bravío y poderoso, se extiende hasta donde alcanza la vista. Las olas rompen contra las rocas con un rugido ensordecedor, creando una sinfonía natural.

Y allí, de pie frente a la orilla, se encuentra ella, bañada por la luz plateada de la luna, más hermosa que nunca. Su silueta, recortada contra el cielo nocturno, es como una pintura, una obra de arte esculpida por la naturaleza misma.

—¿Nessa? —la llamo en un susurro mientras me acerco con cautela, como si no quisiera espantar a un pájaro— Siento haberte seguido, tal vez no debería haberlo hecho.

Ella se vuelve lo justo para mirarme sobre su hombro.

—Llevas mirándome toda la noche, esperaba que me siguieras —dice ella para después volver la vista al frente.

—¿Estás bien? —pregunto colocándome a su lado.

—Muy bien —responde ella, respirando hondo por la nariz.

—¿Estás segura? Porque antes parecías algo... triste.

Ella se vuelve para mirarme de nuevo. Sus ojos azules, como dos zafiros bañados por la luz de la luna, relucen con una intensidad que me deja sin aliento. Su sonrisa, como un rayo de sol en la noche, detiene mi corazón por un instante. Es la persona más bella que he visto jamás, una visión celestial que me cautiva por completo.

—Estoy bien, sólo necesitaba un poco de aire fresco —me responde ella con voz serena.

Luego se quita los zapatos y se sube la falda del vestido, , dejando al descubierto sus tobillos. Comienza a caminar por la arena, dejando huellas húmedas a su paso, hasta llegar a la orilla.

—¡Nessa! ¡Te vas a congelar! —exclamo en voz alta, avanzando hacia ella por el agua helada. El frío cala hasta los huesos, pero no me importa. Solo quiero protegerla, mantenerla a salvo.

Llego hasta ella y la tomo de la mano. Su piel, sin embargo, no está fría. Tampoco parece molestarle lo más mínimo. Sigue mirando hacia el horizonte, perdida en sus pensamientos.

—¿No tienes frío? —le pregunto con preocupación.

Ella niega con la cabeza, sin apartar la vista del mar.

Me quedo en silencio a su lado, contemplando el mar que se agita a nuestros pies. La brisa marina nos acaricia el rostro y las olas rompen contra la orilla con un sonido hipnótico.

—Pero tú sí que vas a congelarte como no salgas del agua —me advierte ella. Luego respira una vez más, como si disfrutara de la sensación del agua en sus pies, y vuelve a mirarme—. Vamos, antes de que cojas un resfriado.

Su advertencia me saca de mi ensimismamiento. Tiene razón, no puedo quedarme parado en el agua helada. Mi cuerpo empieza a temblar y siento una punzada de frío en la nuca.

Salimos del agua con cuidado y la ayudo a calzarse de nuevo. Nessa me mira con una sonrisa traviesa, sus labios curvados en un gesto que me resulta encantador y terriblemente desarmante.

—Te estás perdiendo la fiesta —me dice con un tono juguetón.

No puedo evitar sonrojarme ante su mirada intensa. Su belleza me cautiva, su sonrisa me entenece y su cercanía me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Estaba preocupado por ti —le digo en voz baja.

Ella se acerca, algo cambia en su mirada. Sus largas pestañas, como delicadas cortinas, enmarcan esa mirada que me hipnotiza. Su mano se posa en mi pecho, y una extraña calidez se extiende por todo mi cuerpo, aliviando mis entumecidos músculos y haciendo desaparecer mis temblores.

Mis dedos, temblorosos e inseguros, se extienden hacia los suyos. El primer roce es ligero, casi accidental, pero el efecto es electrizante. Contengo la respiración, sintiendo un cosquilleo

dulce que se propaga desde mis dedos hasta mi pecho, llenándome de un calor desconocido pero profundamente reconfortante.

Ella no se aparta. Sus dedos permanecen junto a los míos, su toque es delicado y constante, como si también sintiera esta conexión inexplicable. Decido dar un paso más, mi corazón martillea en mi pecho mientras entrelazo mis dedos con los suyos, lentamente, con cuidado. Es un gesto simple, casi imperceptible, pero el impacto es inmenso. Su piel es suave como la seda, sus dedos delicados encajan perfectamente con los míos.

Siento su respiración entrecortada, como si ella también estuviera sintiendo la misma intensidad que yo. Mi propia respiración se vuelve forzada, mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Nuestros rostros están tan cerca ahora que puedo sentir el calor de su aliento contra mi piel, una mezcla de fragancia floral y algo más profundo, algo que es puramente ella. No puedo evitar inclinarme un poco más, atraído por esa cercanía, deseando cerrar la distancia que aún queda entre nosotros.

Sus ojos se abren con sorpresa pero no me detiene. Sus labios se separan ligeramente, y en ese momento, pierdo la cordura.

La atracción es tan poderosa que no puedo resistir. Me acerco más, nuestros alientos se mezclan, creando una corriente cálida que envuelve nuestros sentidos. El mundo exterior desaparece, dejándonos solo a nosotros dos, suspendidos en el tiempo. Cada fibra de mi ser anhela este momento, y siento que el universo entero se alinea para hacernos converger aquí y ahora.

Mis dedos se aprietan suavemente alrededor de los suyos, buscando anclarme a esta realidad mientras acorto los pocos centímetros de distancia entre ambos. Mis ojos se cierran lentamente, anticipando el toque de sus labios.

—Harry... —me detiene ella, sin embargo.

Sus palabras son suaves, pero su efecto es inmediato. Abro los ojos de golpe y la veo con las mejillas sonrosadas, su mirada llena de anhelo y deseo, pero también un conflicto interno que no había notado antes. Me separo de inmediato, mi corazón aún latiendo con fuerza en mi pecho.

—Lo siento, creía que... —empiezo a balbucear, avergonzado— No quería incomodarte, yo...

Las palabras se me atropellan en la boca mientras intento encontrar una explicación, cualquier cosa que pueda reparar este momento roto. ¿Habré malinterpretado las señales? ¿Habría algo que no entendí?

Nessa aprieta los labios y vuelve a acercarse a mí, su cercanía una mezcla de consuelo y desafío.

—No es eso... —murmura sin atreverse a mirarme— Es que... nunca me han besado.

Sus palabras caen entre nosotros como una revelación, llenando el aire con una vulnerabilidad que me toma por sorpresa. Nunca la había visto así, tan abierta y sincera. Mi corazón se ablanda, y el deseo de proteger este momento, de hacerla sentir segura, se vuelve abrumador.

—Nessa... —susurro, tratando de encontrar las palabras correctas— No tienes que hacer nada que no quieras.

Ella me mira entonces, sus ojos llenos de una mezcla de miedo y curiosidad. Siento el impulso de tomar su rostro entre mis manos, de asegurarle que todo está bien, pero me contengo, dándole el espacio que necesita para procesar sus emociones.

—Quiero... —empieza a decir, su voz temblorosa— Quiero intentarlo. Contigo.

La intensidad de sus palabras me envuelve, llenándome de una calidez que se extiende desde

mi pecho hasta cada rincón de mi ser. Me acerco de nuevo, esta vez con una ternura que pretende calmar cualquier duda.

—Solo si estás segura —le digo suavemente, mis ojos buscando los suyos para encontrar esa confirmación.

Nessa asiente lentamente, y veo en su mirada una determinación que brilla junto a su timidez. Con una delicadeza infinita, acerco mis labios a los suyos, dándole todo el tiempo del mundo para retroceder si así lo desea. Pero ella no lo hace. En su lugar, cierra los ojos y entrelaza sus dedos aún más firmemente con los míos.

El primer contacto es suave, casi etéreo, un roce apenas perceptible que se siente como una promesa. Poco a poco, el beso se profundiza, lleno de una dulzura y una emoción que trascienden cualquier cosa que haya sentido antes.

Quiero más, mucho más. El deseo arde dentro de mí, una llama que amenaza con consumir todo a su paso. Pero con esfuerzo me separo de ella, dándole el espacio que necesita. Nuestros labios se apartan, pero nuestras frentes permanecen juntas, compartiendo el mismo aliento, el mismo latido.

Ella me mira, su respiración entrecortada, sus ojos brillando con una mezcla de emociones que reflejan las mías propias.

—Otra vez —me pide, su voz apenas un susurro, cargada de una necesidad que hace eco en mi propio corazón.

Y yo obedezco, con una ternura renovada. Acerco mis labios a los suyos de nuevo, esta vez con una mayor seguridad, pero también con una infinita delicadeza. Después de un momento que se siente eterno y demasiado breve al mismo tiempo, vuelvo a separarme, nuestras respiraciones entrelazadas en el aire frío de la noche.

—Otro —vuelve a pedirme, su voz está ronca.

Mi corazón late con fuerza mientras la miro a los ojos, viendo en ellos el mismo anhelo que arde en mi pecho. Sin decir nada más, me acerco de nuevo, mis manos encontrando su rostro y sosteniéndolo con una ternura infinita. Este beso es más profundo, más lento y siento su cuerpo relajarse contra el mío.

Mis manos se deslizan suavemente por su espalda, sintiendo la calidez de su piel a través de la tela, mientras sus dedos se enredan en mi cabello, trazando líneas de fuego que recorren mi cuero cabelludo.

El beso se vuelve más intenso, más profundo, y siento que el mundo podría desmoronarse a nuestro alrededor y no importaría.

Las emociones se desbordan, la pasión se enciende como un fuego incontrolable. Nuestras manos empiezan a explorar con más libertad, moviéndose con un deseo creciente y casi desesperado. Sus dedos se deslizan por mi cuello, bajan por mis hombros, y siento cada caricia como una chispa que incendia mi piel. La atracción entre nosotros es imparable, un torrente que amenaza con desbordarse.

Mis manos, que antes se movían con delicadeza, ahora recorren su espalda con una urgencia renovada, descendiendo hasta su cintura y atrayéndola aún más cerca. La siento suspirar contra mis labios, y el sonido es un eco de mi propio deseo. La abrazo con fuerza, sintiendo cada curva de su cuerpo presionada contra el mío.

Nuestros besos se vuelven frenéticos, un intercambio de pasión y anhelo que trasciende cualquier control. La necesidad de sentirnos más cerca, de conectar en un nivel más profundo, nos consume. Nessa gime suavemente, y el sonido me llena de una mezcla de satisfacción y una necesidad aún más urgente.

Nos movemos sin pensar, buscando la superficie más cercana para apoyarnos. La empujo suavemente contra el tronco de un árbol cercano, mis labios nunca dejando los suyos.

Sus manos exploran mi espalda, sus dedos presionando con una firmeza que me hace estremecer.

—Nessa... —susurro entre besos, apenas capaz de encontrar mi voz—. Esto es... Deberíamos detenernos... —digo, aunque mi corazón grita por continuar.

Mis palabras salen con dificultad, cada sílaba una lucha contra el deseo ardiente que nos envuelve. Sus labios se detienen brevemente en los míos, y nuestros ojos se encuentran en la penumbra, llenos de emociones intensas.

Entonces, nos separamos apenas lo suficiente para respirar, nuestras frentes aún tocándose, nuestras respiraciones mezclándose en el aire frío de la noche. La sensación de sus labios aún persiste en los míos, y su aliento cálido contra mi piel es un recordatorio de la pasión que acabamos de compartir.

—Lo siento —dice en voz baja—. No quería... Esto ha sido muy...

Yo la interrumpo, mis dedos acariciando su mejilla.

—Intenso —termino por ella, asintiendo con la cabeza mientras intento calmar mi respiración.

Ella asiente, su mirada fija en la mía. La noche alrededor nuestro parece guardar un silencio cómplice, protegiendo nuestra burbuja de intimidad.

—Quizás deberíamos volver... —empiezo a decir, pero sus labios vuelven a encontrarse con los míos, cortando cualquier pensamiento coherente.

El beso es más suave esta vez, pero no menos apasionado. Es un beso que promete paciencia y comprensión, un reconocimiento de la conexión profunda que hemos encontrado, aunque el fuego de la urgencia aún arde bajo la superficie. Mis manos se posan en su cintura, acariciando lentamente, mientras sus dedos se entrelazan en mi cabello, manteniéndome cerca.

Nos quedamos así, sumergidos en la intensidad del momento, hasta que finalmente, con un último beso suave, nos separamos de nuevo, nuestras respiraciones mezclándose en el aire frío de la noche.

—¿Es siempre así...? —pregunta ella en un susurro, sus dedos trazando caricias lentas y sensuales en mi cuello. Su voz es apenas audible, un murmullo que acaricia mis oídos— ¿Tan... intenso?

Sonrío involuntariamente, sintiendo un rubor subir a mis mejillas. Nessa tendrá mi edad, más o menos, pero no tiene ningún tipo de experiencia. Y eso me enternece de una manera que no puedo explicar. Aunque me da un poco de vergüenza pensar que tengo que ser yo quien la guíe en este viaje de sensaciones.

—No es que tenga mucha experiencia en el tema —respondo, mis palabras entrelazadas con un toque de risa nerviosa—, pero no. No siempre es así.

Nessa sonrío, su rostro iluminado por una mezcla de curiosidad y satisfacción. Sus ojos, brillantes bajo la luz de la luna, se clavan en los míos.

—Gracias por... —empieza a decir, pero se interrumpe, como si la vergüenza la invadiera de repente. Aparta la mirada, sus mejillas sonrojadas.

Mi corazón se derrite ante su imagen. Todavía tiene los labios hinchados por nuestros besos. Me acerco a ella con suavidad, tomando su barbilla con mi mano y obligándola a mirarme.

—Gracias a ti, Nessie —le digo con voz ronca, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho—. Y ahora volvamos antes de que tu padre decida decapitarme o algo así —agrego con una sonrisa, tratando de aligerar el ambiente.

Ella se ríe, un sonido melodioso que llena mis oídos.

—Eso en el mejor de los casos —me dice con una sonrisa pícara.

Capítulo 10

Apenas he pegado ojo esta noche. La imagen de Nessa, sus labios rozando los míos bajo la luz de la luna, ha estado presente en cada uno de mis sueños. He revivido los besos una y otra vez, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, el sabor dulce de su boca, la intensidad de su mirada.

Me levanto de la cama con una sonrisa en la cara. Hoy es un nuevo día, y solo puedo pensar en volver a verla. Miro por la ventana y veo cómo la nieve cubre suavemente cada rincón de la isla, creando un paisaje mágico y tranquilo.

Me acicalo, me visto y bajo a desayunar con la familia MacGregor. El gran comedor rebosa de vida, lleno de risas y conversaciones animadas. Nessa está allí, radiante como siempre, rodeada de sus parientes. Cada movimiento suyo parece una danza delicada, cada palabra una melodía suave que encanta a todos los presentes.

—Buenos días —me saluda Nessa con una sonrisa que ilumina la habitación cuando me siento a su lado.

—Buenos días —respondo, tratando de ocultar la emoción que bulle dentro de mí bajo una máscara de calma.

Observo a Magnus MacGregor de reojo, el patriarca de la familia, y siento un escalofrío recorrer mi espalda. Hay algo en él que me infunde miedo y respeto a partes iguales, y temo que descubra lo que tengo con su hija.

—Hoy voy a escaparme a la aldea, ¿quieres venir conmigo? —me propone Nessa, su voz suave y melodiosa como el susurro del viento entre los árboles.

Mi corazón salta de alegría ante la invitación, pero trato de mantener la compostura.

—Por supuesto, my lady —respondo con una reverencia exagerada, dejando que un destello travieso brille en mis ojos mientras nuestras miradas se encuentran.

Después del desayuno, Nessa y yo nos dirigimos hacia la aldea. El camino está bordeado de árboles frondosos cubiertos de nieve, cuyas ramas se doblan bajo el peso blanco y esponjoso. Cada paso que damos deja una huella fresca en el suelo helado, mientras el aire frío nos muerde las mejillas y nos hace exhalar pequeñas nubes de vapor.

El paisaje invernal nos envuelve en un silencio sereno, solo interrumpido por el crujido de la nieve bajo nuestros pies y el suave murmullo del viento entre los árboles. La luz del sol se filtra a través de las ramas, creando destellos plateados que danzan sobre la superficie helada, como pequeños diamantes esparcidos por el suelo.

Cuando llegamos, el bullicio de la vida cotidiana llenando las calles estrechas nos da la bienvenida. El aire frío vibra con la emoción del día, mientras los vendedores callejeros ofrecen sus mercancías entre el alegre jolgorio de la gente. El aroma tentador de las delicias culinarias invernales se mezcla con el perfume fresco de la nieve recién caída, creando una atmósfera acogedora y festiva.

Los niños corretean felices, dejando huellas de pisadas en la nieve fresca, sus risas resonando como campanas alegres en el aire. Sus rostros están iluminados por la emoción de la temporada, y sus ojos brillan con la promesa de diversión y aventura.

Hogmanay ha llegado en todo su esplendor, y la aldea está viva con la anticipación de la celebración. Los lugareños se apresuran de un lado a otro, preparándose para las festividades que están por venir. Se escuchan risas y cánticos en cada esquina, mientras la música tradicional llena el aire con su melodía contagiosa.

Nessa y yo vamos de un puesto a otro, sumergidos en el bullicio festivo. Los aromas tentadores de los alimentos y las bebidas invernales nos rodean, mezclándose con el aire fresco y crujiente. En un momento, empieza a nevar de nuevo, y los copos caen suavemente sobre nosotros, cubriendo el paisaje con un manto blanco y mágico.

Un copo de nieve cae sobre la nariz de Nessa, formando una imagen encantadora que hace que mi corazón dé un vuelco. Sin pensarlo dos veces, levanto la mano para quitarle el copo, disfrutando del suave roce de su piel bajo mis dedos.

Ella se ruboriza ante mi gesto y aparta la mirada, pero no puedo resistir la tentación de acercarme más. Entonces, con un destello travieso en sus ojos azules, me toma del brazo y me arrastra fuera del bullicio, escondiéndonos en un callejón apartado donde la nieve cae en silencio a nuestro alrededor.

—Bésame de nuevo —me pide, su voz suave y cargada de deseo, mientras sus pupilas dilatadas brillan con anticipación.

El aire frío parece desvanecerse ante su solicitud, dejando solo el calor de nuestros cuerpos y el latido rápido de nuestros corazones. Sin una palabra, me acerco a ella lentamente, saboreando cada momento antes de que nuestros labios se encuentren en un beso cargado de pasión y promesa.

Su boca es suave y cálida, y sus labios se mueven con una sincronía perfecta con los míos. Mis manos recorren su cuerpo, acariciando su suave piel bajo la gruesa capa de su abrigo. Ella suspira contra mis labios, un sonido que me llena de anhelo.

Me separo de ella antes de perder el control.

—No puedes besarme así, aquí no —le pido con los ojos cerrados, tratando de apaciguar mi deseo.

—No pediré disculpas por ello —dice con una voz ronca y seductora.

Sonrío, incapaz de resistirme a su encanto. La acerco a mí y la beso de nuevo, un beso breve pero intenso.

Salimos de nuestro refugio improvisado, dejando atrás la magia de ese callejón nevado, y seguimos con nuestro paseo por la aldea. La nieve aún cae con suavidad, creando un manto blanco y brillante sobre las calles de la aldea. El aire fresco llena mis pulmones, refrescando mi cuerpo y mi mente. Me siento vivo, lleno de energía, y con el corazón rebosante de felicidad.

La tarde la paso con el doctor Alasdair y Morag. Pasamos consultas y yo le ayudo en todo lo posible. En algún momento me atrevo a sugerir una técnica para entablillar un dedo roto más efectiva que la que suele utilizar él, y para mi propia sorpresa, la recibe encantado. Me siento orgulloso de poder compartir mis conocimientos con él, de poder ayudarlo a mejorar su práctica.

Las siguientes horas, hasta el momento de la cena, me la paso encerrado con ellos, enseñándoles cosas que podrían serles de ayuda, pero que no sean demasiado diferentes a lo que ya conocen. No quiero abrumarlos con información, sino que prefiero ir poco a poco, dejando que asimilen cada nuevo concepto a su propio ritmo.

Apenas me da tiempo a cambiarme, vistiéndome de nuevo con el kilt, antes de aparecer en la fiesta de la segunda noche de Hogmanay en el castillo.

La sala está llena de gente, y el ambiente es festivo. La música resuena por todas partes, y la gente baila y canta. Me acerco a la barra y me pido una copa de whisky.

No tardo en ver a Nessa al otro lado de la sala, junto a sus padres. Está preciosa, con un vestido rojo que resalta sus curvas. Ya tiene una larga cola de pretendientes listos para pedirle un baile. Supongo que tendré que esperar para acercarme a ella.

Mientras tanto, me dedico a disfrutar del ambiente. Bebo otra copa de whisky y observo a los

bailarines. Es un baile tradicional escocés, lleno de energía y vitalidad. Las parejas se mueven al ritmo de la gaita, dando giros y pasos complejos. Las mujeres llevan vestidos largos y coloridos, y los hombres faldas escocesas y gorras de plumas. Es hipnótico ver sus pies moviéndose con tanta precisión, sus cuerpos girando en perfecta sincronía.

De repente, una voz conocida me saca de mi ensoñación.

—Harry, todavía no te he visto bailar —me dice Morag.

Me giro y la veo, distinta a como la recuerdo. Lleva un vestido elegante de color verde esmeralda, que resalta sus ojos. Su cabello está recogido en un moño elaborado, y luce joyas que brillan con la luz de las velas.

—Oh, no. Yo no bailo —le aseguro, sintiéndome un poco avergonzado.

—Vamos, seguro que no eres tan malo —insiste ella, tomando mi brazo y arrastrándome hacia la pista de baile.

Al principio, me siento torpe. No estoy acostumbrado a bailar en público, y los pasos del baile tradicional escocés me parecen un poco complicados. Pero Morag me guía con paciencia, y poco a poco empiezo a coger el ritmo.

La música se acelera, y los bailarines giran cada vez más rápido. Me dejo llevar por la emoción del momento, y olvido mi timidez. Río y grito mientras giro y salto junto a Morag.

En algún momento de la canción, el ritmo se vuelve aún más frenético. Las mujeres del círculo comienzan a cambiar de parejas, moviéndose con una fluidez y gracia envidiables. Morag me mira con complicidad, un brillo travieso en sus ojos. Me suelta con un gesto juguetón, invitándome a unirme al intercambio.

Un poco nervioso, me acerco a una joven que está bailando cerca de mí. Su cabello castaño cae en ondas sobre sus hombros, y sus ojos azules brillan con alegría. Me mira con una sonrisa radiante, y sin dudar, toma mi mano.

Comenzamos a bailar, siguiendo los pasos del tradicional baile escocés. Al principio, me siento un poco torpe. No estoy acostumbrado a bailar con desconocidas, y la velocidad del ritmo me desconcierta. Pero ella me guía con paciencia, susurrando palabras de aliento en mi oído.

Poco a poco, me voy relajando. Con la cuarta pareja mis pies encuentran el ritmo, y mi cuerpo se mueve con más fluidez. Giramos y saltamos juntos, perdiéndonos en la música y la alegría del momento.

La canción llega a su fin, dejándome exhausto. Me retiro de la pista de baile, buscando la frescura de la barra. Desde allí, mis ojos vuelven a buscar a Nessa. La encuentro al otro lado de la sala, con el ceño ligeramente fruncido. Me hace una señal con la mano, invitándome a seguirla.

Sin dudar, me abro paso entre la multitud. Mis pies se mueven con una mezcla de cansancio y emoción. Atravieso el mismo pasillo que la noche anterior, bajamos las escaleras ocultas en un silencio que solo se rompe por el crujir de nuestros pasos. Al llegar a la orilla del mar, una ráfaga de viento frío me golpea el rostro.

Me acerco a Nessa, esperando encontrar la sonrisa que siempre ilumina su rostro. Pero lo que encuentro es una expresión seria, casi hosca. Sus brazos están cruzados sobre su pecho, y su mirada es distante.

—¿Qué ocurre? —le pregunto con preocupación.

Ella me mira con una intensidad que me hace sentir incómodo. Su voz, cuando finalmente habla, es seca y cortante.

—Te he visto bailar con Morag —dice—. Estaba especialmente guapa hoy.

Mis ojos se abren de par en par. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—¿Estás celosa, Nessie? —le pregunto con suavidad, tratando de calmar la tormenta que se avecina.

Su rostro se enciende en un rubor que la hace aún más hermosa. Se apresura a negarlo.

—¡Por supuesto que no! —exclama con vehemencia—. Solo digo que deberías tener cuidado con quién bailas.

Su tono de voz es condescendiente, como si me hablara a un niño.

—No sé cómo será en tu tierra —continúa—, pero aquí, aceptar bailar con alguien significa algo.

Siento una ola de ira subir por mi pecho. Me cruzo de brazos, defendiendo mi honor.

—Tú has bailado con muchos durante los días que llevo aquí —le digo con resentimiento—. ¿Acaso eso no significa nada?

Ella levanta una ceja con arrogancia.

—Es distinto —responde—. Yo debo concederles un baile si me lo piden, soy la hija del señor del castillo.

Su voz suena orgullosa, como si su posición le diera derecho a tratarme con desprecio.

—Aunque si me lo hubieras pedido tú —añade con una sonrisa burlona—, no habría bailado con nadie más esta noche.

Dejo escapar un suspiro mientras sonrío. Me acerco a ella, tomando su mano con suavidad.

—¿Me haría el honor de concederme un baile, lady MacGregor? —le pregunto con una voz cargada de ironía.

Ella pone los ojos en blanco.

—Ni siquiera hay música —dice con desdén.

—¿Cómo que no? —respondo con un gesto pícaro.

Me acerco a ella y le hago un gesto para que guarde silencio y escuche.

La música de la fiesta retumba por toda la isla. Ahora suena una canción que conozco muy bien, es la preferida de mis padres. Un baile en pareja, uno de esos bailes que no le concederías a cualquiera.

—Entonces, ¿bailarías conmigo? —le pregunto con una sonrisa.

La miro a los ojos, esperando su respuesta. Sé que esta es mi oportunidad, la oportunidad de mostrarle lo que siento.

Nessa no puede ocultar una sonrisa que escapa de sus labios. Su mano se desliza suavemente en la mía, enviando un cosquilleo a través de mi piel al sentir su contacto. Con delicadeza, la guío hacia el centro del espacio abierto en la arena, donde la luz de las estrellas nos baña en su resplandor plateado, creando una atmósfera mágica a nuestro alrededor.

El baile comienza con un gesto delicado, apenas un roce de manos mientras nos colocamos en posición. Nuestros cuerpos se acercan, pero no se tocan. Mantenemos una distancia respetuosa, una danza de miradas y sutiles roces.

Mis manos rozan su cintura con timidez, y ella responde con un ligero movimiento de cadera. Es un lenguaje corporal sin palabras, una conversación silenciosa que solo nosotros entendemos.

Mis ojos se clavan en los suyos, buscando en ellos una respuesta a mis sentimientos. Nessa me mira con intensidad, y en su mirada encuentro la confirmación que buscaba.

El baile continúa, y cada paso que damos nos acerca más. La música se convierte en un susurro, en un murmullo que solo nosotros podemos escuchar. El mundo alrededor se desvanece, solo existimos ella y yo.

De repente, Nessa se acerca a mí, y su rostro se aproxima al mío. Nuestros labios casi se rozan, y puedo sentir su cálido aliento en mi piel.

—¿Puedo besarte aquí? —me pregunta ella con voz ronca, sus palabras cargadas de deseo y vulnerabilidad.

Asiento con un movimiento apenas perceptible, incapaz de mediar palabra ante la intensidad del momento. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y solo puedo pensar en una cosa: en sus labios sobre los míos.

Nessa se pone de puntillas, acortando la distancia entre nosotros. La música sigue sonando, pero ya no nos importa el baile. Solo importa este momento, este beso que estamos a punto de dar.

Nuestros labios se encuentran, y es como si un rayo me atravesara el cuerpo. Su sabor es dulce y salado, como el mar que nos rodea. Sus manos se aferran a mi cuello con una intensidad que coincide con la fuerza de mis propios deseos, mientras yo la rodeo por la cintura, acercándola más a mí en un abrazo ferviente.

El mundo desaparece a nuestro alrededor, dejándonos suspendidos en el tiempo y el espacio. Nos besamos largo y tendido, es como si solo estar cerca el uno del otro fuera suficiente para encender el fuego más potente de todos. Como si fuéramos incapaces de separarnos.

—Solo tengo ojos para ti, Nessie —le susurro contra sus labios—. Sólo para ti, y nadie más.

Horas más tarde, nos encontramos tumbados en la arena, el fresco aire de la noche acariciando nuestros cuerpos. He utilizado mi chaqueta para que pueda tumbarse sin mancharse el vestido.

Miramos las estrellas, abrazados. El cielo está plagado de ellas, pequeñas luces que brillan en la oscuridad.

Nessa se acurruca en mi pecho, buscando el calor de mi cuerpo. Yo la rodeo con mis brazos, protegiéndola del frío de la noche.

—¿En qué piensas? —me pregunta en voz baja, su voz apenas un susurro en la quietud de la noche.

Cierro los ojos, inhalando profundamente el aroma de su cabello. En mi mente, las imágenes de mi hogar, de mi familia, de mi vida anterior, se mezclan con la imagen de Nessa, con su sonrisa, con sus ojos, con su forma de ser.

—En todo —le digo con sinceridad—. En mi hogar, en mi familia, en ti.

Siento cómo su cuerpo se tensa ligeramente, como si una ola de tristeza la invadiera.

—Deben de estar muy preocupados —dice ella, su voz cargada de culpabilidad.

Yo asiento con la cabeza, sin saber qué decir. Sé que mi familia me busca, que se preocupan por mí, que quieren saber que estoy a salvo.

—¿Me convierte en una persona horrible si te confieso que no quiero que te vayas? —pregunta ella, su voz apenas un hilo de voz.

Volteo la cabeza para mirarla. Sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos veo un atisbo de miedo. En ese instante, me doy cuenta de la verdad: yo tampoco quiero irme. Una parte de mí, la parte más profunda de mi corazón, no quiere marcharse de este lugar, no quiere separarse de Nessa.

—No, en absoluto —digo dándole un beso en los labios.

Nos quedamos en silencio, contemplando la belleza del cielo nocturno. Ambos sabemos que lo nuestro es complicado. No tenemos un futuro claro, ni siquiera sabemos si nuestra relación podrá sobrevivir a la distancia. Pero ahora, en este momento, lo único que me importa es estar junto a ella.

Capítulo 11

El día siguiente pasa deprisa, como un torbellino de actividad que me lleva de un lado a otro de la aldea. Hoy también me encuentro al servicio del doctor Alasdair, pero esta vez no estamos en la comodidad del castillo, sino recorriendo las calles polvorientas de la aldea, visitando a los enfermos en sus propios hogares. Es una experiencia diferente, un contacto más directo con la realidad de la gente, con su dolor y sus necesidades.

Morag nos acompaña en esta jornada. Sin embargo, hoy parece estar diferente. Está torpe, nerviosa, como si algo la molestara. Incluso el doctor Alasdair le llama la atención en un par de ocasiones, preocupado por su comportamiento inusual. Yo la observo en silencio, tratando de descifrar qué le sucede. ¿Será que no se encuentra bien?

Continuamos nuestra ronda, visitando a una familia tras otra. En una de las casas, un niño pequeño nos recibe con una sonrisa tímida. Su rostro es angelical, pero su cuerpo está marcado por una enfermedad cruel: espina bífida. El doctor Alasdair lo examina con detenimiento, y luego le da unas indicaciones a la familia sobre su cuidado. Sin embargo, sus palabras me llenan de una profunda tristeza. Sé que los remedios que propone son ineficaces, que solo aliviarán el dolor del niño de manera temporal.

Cuando nos quedamos a solas con la familia, no puedo contenerme. Les enseño unos ejercicios que el niño deberá realizar diariamente, explicándoles que son esenciales para evitar que su condición empeore. También les recomiendo que se planteen la posibilidad de operarlo. En Edimburgo hay muy buenos hospitales, donde podrían recibir la atención que necesitan.

Mis palabras parecen sorprenderles, pero también les dan una esperanza que antes no tenían. Me miran con ojos llenos de agradecimiento, y yo me siento feliz de haber podido ayudarlos.

Sin embargo, mi alegría dura poco. En ese momento, el doctor Alasdair regresa a la habitación. Al escuchar mis últimas palabras, su rostro se ensombrece.

—¿Qué te crees que haces, muchacho? —me interrumpe con tono severo—. El chico no puede moverse en exceso, el dolor sería insuperable. Y no hay cirugía alguna que pueda ayudarlo —dice con total seguridad, mirándome como si me hubiera vuelto loco.

Suspiro profundamente. Tarde o temprano, íbamos a tener esta conversación.

Nos ponemos a un lado, evitando que nos escuchen los demás.

—Doctor, créame cuando le digo que tiene todos mis respetos —le digo con calma—. Pero aquí, os habéis quedado atrasados. La medicina ha ido avanzando con el paso de los años, ahí fuera hay muchísimo por aprender. Si me dejara mostrárselo...

—¡No permitiré que pongas en duda mis conocimientos y habilidades! —exclama el doctor, su voz resonando con una mezcla de ira y frustración. Sus mejillas se ponen rojas como un tomate maduro, y sus ojos brillan con una intensidad que me obliga a retroceder un paso. La atmósfera se carga de hostilidad, y me siento acorralado.

—Pero doctor... —intento defenderme, pero las palabras se me atascan en la garganta. El doctor Alasdair me interrumpe con un tono sarcástico:

—Te he acogido a pesar de ser un forastero, me he ofrecido a enseñarte... Pero no eres más que un joven arrogante que cree saberlo todo. Te queda mucho por aprender.

Aprieto los puños con fuerza, luchando por mantener la calma. La actitud del doctor me está sacando de quicio. Quiero explicarle que no pretendo cuestionar sus conocimientos, solo quiero compartir lo que he aprendido en la universidad, los nuevos avances en medicina que podrían ayudar a este niño.

—No soy arrogante, doctor —insisto con voz temblorosa, tratando de contener el temblor en mis manos—. Solo quiero ayudar. Soy estudiante en la universidad de Glasgow, si me dejara...

—Y yo también quiero ayudar —replica el doctor Alasdair, cortándome de nuevo—. Pero no voy a permitir que experimentes con mis pacientes.

Me siento impotente. No sé cómo llegar al doctor, cómo romper esa barrera de cerrazón que parece rodearlo. Mis argumentos parecen rebotar contra una pared impenetrable.

En ese momento, un rayo de esperanza irrumpe en la tensa escena. Morag, la joven enfermera, se acerca a nosotros con paso decidido. Su voz tímida, pero firme, rompe el silencio:

—Doctor Alasdair, creo que Harry podría tener razón.

El doctor la mira con sorpresa, sus cejas se arquean en una expresión de incredulidad.

—¿Tú también crees en las tonterías de este muchacho? —pregunta con sarcasmo, su tono lleno de desdén.

Morag se ruboriza, sus mejillas se encienden como brasas.

—No creo que sean tonterías... —se defiende con timidez, mientras lanza una mirada furtiva hacia mí, una mirada que parece contener un mensaje oculto.

El doctor suspira de exasperación, llevándose una mano a la frente.

—Morag, no puedes dejarte influenciar así por cada cara bonita que veas —suelta con un tono paternalista, haciendo que el rostro de Morag se torne aún más colorado.

Pero no me rindo. Sé que tengo que encontrar la manera de convencer al doctor, de hacerle comprender que no hay nada de malo en explorar nuevas posibilidades.

—Por favor, hablemos en privado —le pido con tono suplicante—. No era mi intención insultarle. Solo quiero ayudar.

Parece que va a ceder, que finalmente abrirá su mente a las nuevas posibilidades. Me siento esperanzado, creo que lo he logrado convencer. Sin embargo, en el último momento, algo cambia. El doctor Alasdair echa un vistazo a la habitación, observando a los pacientes que esperan su atención. Su rostro se ensombrece de nuevo, la humillación de sentirse desafiado por un joven forastero lo invade.

Sin decir una palabra, recoge sus cosas con brusquedad. Su mirada hacia mí es una mezcla de ira y desdén. En un gesto final de desafío, sale de la casa sin mirar atrás, dejándonos a todos atónitos.

Morag, la familia del niño y yo nos quedamos en silencio. La tensión se palpa en el aire. Nadie sabe qué decir. El doctor Alasdair se ha marchado, dejando atrás una sensación de incertidumbre.

Morag rompe el silencio:

—Hablaré con él, no te preocupes —me dice con una voz llena de determinación—. Entrará en razón.

La miro con gratitud. Si hay alguien que pueda calmar y persuadir al doctor Alasdair, esa es Morag.

La familia del niño se acerca a mí.

—Gracias por lo que has hecho —me dice el padre con voz emocionada—. Has dado a nuestro hijo una esperanza que no teníamos.

Yo les sonrío, pero lo cierto es que sin el doctor Alasdair, yo no puedo ayudarles.

Capítulo 12

El camino de regreso al castillo se me hace eterno. Mis pasos son pesados, mi cabeza gacha y mi corazón, un amasijo de emociones encontradas.

Sinceramente, esperaba una mejor recepción por parte del doctor Alasdair. Aunque, tal vez fui demasiado impulsivo, demasiado confiado en mis conocimientos. Quizás debí haber abordado la conversación con el doctor de otra manera, en privado, explicándole mis ideas con calma y respeto. Sin embargo, ya no hay vuelta atrás.

Al llegar al castillo, Moira me recibe con un regaño por mi tardanza y me manda directamente a mi habitación, ordenándome que me dé un baño y me vista "como Dios manda".

Obedezco en piloto automático, moviéndome con pesadez por los pasillos del castillo. No estoy de humor para fiestas, pero debo admitir que la alegría desbordante que se respira en cada rincón empieza a mejorar mi ánimo. Hace rato que escucho el sonido de la música, las risas y los cánticos que llegan desde el Gran Comedor. Es el tercer día de Hogmanay, pero todos lo celebran con la misma energía y entusiasmo que el primer día.

Cuando bajo al comedor, la fiesta ya ha empezado. El aire está cargado de risas, charlas animadas y el tintineo de copas que chocan en brindis. Me dirijo a una mesa, saludando a aquellos rostros que ya me son familiares. Morag está entre ellos, y se sonroja al verme. Decido actuar como si no me hubiera dado cuenta mientras me sirvo generosamente. Apenas he comido durante el día de hoy y mi estómago ruge en protesta.

La cena transcurre con normalidad, entre conversaciones animadas y brindis por el nuevo año. Los platos rebosantes de comida tradicional humean en la mesa, y el aroma tentador de carnes asadas y especias llenan el aire. El ambiente es cálido y acogedor, y me dejo llevar por la corriente de la festividad. Pero entonces, el señor MacGregor se levanta y hace un anuncio que sorprende a todos: la fiesta se traslada a la aldea.

La alegría aumenta aún más. Todos se levantan de sus mesas, ansiosos por unirse a la celebración en las calles de la aldea. El comedor se vacía rápidamente y, tras dar un último trago a mi cerveza, me uno a la procesión que sale del castillo. La fría brisa nocturna nos envuelve al salir, pero la emoción y el calor de la multitud hacen que apenas la note.

Observando a la gente que canta y baila bajo la luz de las estrellas, me siento parte de algo grande y vibrante. La aldea está adornada con guirnaldas y farolillos que iluminan las calles con un brillo dorado. El ambiente es festivo y acogedor, con aldeanos que se unen a la fiesta de la última noche del año con entusiasmo.

De pronto, diviso a Nessa en la multitud. Está bailando al ritmo de la música con una gracia desgarradora. Sus movimientos son diferentes a los que ha mostrado en la pista de baile del castillo. Su danza es ahora más salvaje, más liberadora, más sensual. Es como si la música fluyera a través de ella, dándole vida y energía en cada giro y salto.

Me acerco a ella sin dejar de mirarla. Su pelo negro está completamente suelto y le cae sobre los hombros, la espalda y el rostro, dependiendo del movimiento de su cabeza. Sus ojos brillan con una intensidad que me atrapa.

Me acerco a ella sin dejar de mirarla, hipnotizado por su presencia. Su pelo negro está completamente suelto, cayendo en cascada sobre sus hombros y espalda, y moviéndose libremente con cada uno de sus movimientos. Sus ojos brillan con una intensidad que me atrapa, reflejando la luz de los farolillos y las estrellas.

Entonces me ve y sonrío. Su sonrisa es traviesa, seductora, una invitación que no puedo

rechazar. Se acerca a mí y me toma de la mano, sus dedos entrelazándose con los míos en un gesto íntimo y electrizante. Sin decir una palabra, me guía hacia una hoguera gigante, donde el resto de la gente baila y ríe al ritmo de la música.

La hoguera arroja una luz cálida y danzante que ilumina nuestros rostros, proyectando sombras juguetonas en el suelo nevado. Las llamas crepitan y rugen, acompañando la música que llena el aire con su vibrante energía. Bailamos juntos, perdidos en el momento, dejándonos llevar por la atmósfera mágica que nos rodea.

Siento el calor de su cuerpo cerca del mío, su aroma dulce y embriagador llenando mis sentidos. El mundo se desvanece, dejando solo la música, el fuego y nosotros dos. Nos movemos en perfecta sincronía, como si la música nos hubiera tejido un hechizo indestructible. Cada giro y cada paso nos acerca más, nuestros cuerpos rozándose, nuestras respiraciones entrelazándose en el aire frío de la noche.

Nessa se mueve con una gracia innata, sus pasos ligeros y fluidos como el agua. Yo me dejo llevar por sus movimientos, siguiendo su ritmo frenético con una facilidad sorprendente. Es como si hubiera estado esperando este momento toda mi vida, como si mi cuerpo supiera exactamente qué hacer para seguir el suyo.

El calor de la hoguera, el ritmo de la música, el toque de sus manos en las mías, todo se combina para crear una sensación de euforia y abandono. Bailamos como si el tiempo no existiera, como si esta noche fuera eterna y el mundo se redujera a este momento de pura conexión y alegría.

A medida que la música continúa, nuestros movimientos se vuelven más audaces, más íntimos. Cada giro, cada paso es una declaración de deseo, una promesa silenciosa de lo que podría ser. El fuego nos rodea, reflejando su luz en nuestros ojos y bañándonos en su cálido resplandor.

Finalmente, el ritmo de la música se ralentiza, pero nuestra conexión no se rompe.

Nessa me coge de la mano de nuevo, sus dedos entrelazándose con los míos. Se acerca a mí oído y susurra algo en gaélico antiguo. Las palabras son suaves y melódicas, pero no logro comprender su significado. Sin embargo, la pasión en su voz y la mirada en sus ojos me dicen todo lo que necesito saber. Antes de que pueda preguntar, ella me arrastra fuera del apogeo de la fiesta, alejándonos del bullicio y de las miradas curiosas.

Nos adentramos en las sombras, donde las luces de la hoguera apenas alcanzan. Nos besamos en los rincones oscuros, ocultos de las miradas ajenas. Sus labios son suaves y urgentes contra los míos, y siento como si el mundo se desvaneciera, dejando solo la sensación de su cuerpo cerca del mío.

El frío de la noche contrasta con el calor que siento en mi interior. Mis manos recorren su espalda, sintiendo la delicadeza de su piel a través de la tela de su vestido. Sus manos se enredan en mi cabello, tirando suavemente.

Nos movemos de un rincón a otro, buscando la privacidad que las sombras nos ofrecen. Nessa se presiona contra mí, y yo la sujeto con fuerza, temiendo que este momento pueda desvanecerse si no lo agarro con ambas manos.

Ella susurra mi nombre entre besos, y yo respondo con caricias que hablan más que cualquier palabra. La sensación de estar con ella, aquí y ahora, es abrumadora, y me doy cuenta de que no quiero que esta noche termine nunca.

Finalmente, nos detenemos, nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros corazones latiendo al unísono.

—Volvamos al castillo —me pide ella con una sonrisa que ilumina la noche, sus ojos

brillando con una mezcla de travesura y deseo.

Hay algo en ella, algo salvaje y sensual esta noche que me hace imposible negarle cualquier cosa. Tal vez sea el pelo revuelto, los mechones sueltos que caen desordenados alrededor de su rostro, dándole un aire de libertad y pasión. O tal vez sea el vestido que lleva, una tela ligera y suave que se mueve con cada uno de sus pasos, acentuando sus curvas de una manera que me deja sin aliento. O quizás sea la manera en la que me mira, con una intensidad que hace que mi corazón se acelere y mi mente se nuble.

Tomados de la mano, nos escabullimos de vuelta al castillo. El camino está salpicado de luces titilantes y el sonido lejano de la música y las risas. La mayoría de la gente está demasiado inmersa en la celebración, demasiado borracha como para prestarnos atención. Esto nos da la libertad de movernos con rapidez y sigilo, nuestros pasos sincronizados como si hubiéramos hecho esto mil veces antes.

Al llegar a los imponentes muros del castillo, nos detenemos un momento para recuperar el aliento y asegurarnos de que no hay nadie vigilando. La sombra de la noche es nuestra aliada, y el castillo se alza ante nosotros, majestuoso y silencioso, como si también fuera cómplice de nuestro secreto. Me tomo un instante para mirarla a los ojos, ver el deseo reflejado en ellos, y no puedo resistir la tentación de inclinarme hacia ella. La beso de nuevo, con una pasión que no puedo contener, anhelando la suavidad de sus labios y la calidez que me envuelve cada vez que estamos juntos.

Después nos deslizamos por una puerta lateral, que cruje ligeramente al abrirse. El interior del castillo está en penumbra, iluminado solo por la luz de las antorchas que parpadean en los pasillos. Las paredes de piedra reflejan el eco de nuestros pasos, creando una atmósfera de intimidad y misterio. El contraste entre el frío exterior y el cálido resplandor de las antorchas añade un toque mágico a nuestro regreso.

Subimos las escaleras con cuidado, el sonido de nuestros pies resonando suavemente contra los escalones de piedra. A medida que avanzamos, siento la tensión en mis músculos, una mezcla de anticipación y deseo que parece intensificarse con cada paso que damos.

Nessa se detiene de vez en cuando, girándose para mirarme con una sonrisa cómplice antes de continuar. Sus ojos brillan con una emoción que refleja la mía, y cada vez que nuestras miradas se encuentran, siento un latido más fuerte en mi pecho.

Finalmente, llegamos a su habitación. Mis pies apenas tocan el suelo mientras la sigo, mi corazón latiendo con una fuerza desmedida. Nos detenemos frente a la puerta, nuestras respiraciones aún aceleradas, entrecortadas por la intensidad del momento. La miro a los ojos, a esos ojos que me han cautivado desde el primer instante, y veo en ellos un reflejo de mi propio deseo, una llama ardiente que solo ella y yo podemos comprender. Sin decir una palabra, ella abre la puerta y me invita a entrar.

Capítulo 13

Observo la habitación con genuina sorpresa. Es un espacio lujoso, decorado con gusto y elegancia. Un sofá de terciopelo invita a la relajación, una cama con dosel promete noches de ensueño, y pequeñas mesas auxiliares sostienen libros y objetos decorativos que parecen susurrar historias de amor y pasión.

—Bonita habitación —digo, observando con genuina sorpresa el lujoso espacio.

Ella sonríe, una sonrisa que promete mucho más de lo que las palabras pueden decir, y se acerca a mí con pasos lentos y sensuales. Su cuerpo moviéndose al ritmo de una melodía invisible que solo ella puede escuchar. Sus ojos me recorren de arriba abajo, como si estuvieran dibujando un mapa sobre mi piel.

—¿Quieres hablar de los muebles o continuar por donde lo hemos dejado? —pregunta, su voz acariciando mis oídos como una suave brisa.

La boca se me seca de repente. No puedo articular palabra, ni siquiera un pensamiento coherente. Solo sé que quiero estar cerca de ella, sentir su calor, su piel contra la mía. Antes de que pueda responder, mis labios atrapan los suyos de nuevo, con una urgencia que no puedo controlar.

Es un beso apasionado, lleno de deseo y anhelo. Nuestros cuerpos se presionan el uno contra el otro, como si buscaran fusionarse en un solo ser. Sus manos comienzan a desabrochar mi camisa, revelando la piel de mi pecho al aire fresco de la habitación. Siento cada caricia, cada roce, como si fueran descargas eléctricas que recorren mi cuerpo.

Nessa se detiene un momento, sus ojos recorriendo mi torso desnudo. Puedo ver el deseo ardiendo en su mirada, una intensidad que me hace perder el aliento. Entonces, sus dedos empiezan a deshacer los nudos de su vestido, pero antes de que pueda continuar, la detengo suavemente, colocando mis manos sobre las suyas.

—No tienes que hacerlo, Nessie —digo, mi voz llena de sinceridad.

Ella me mira, su expresión se suaviza pero no deja de ser intensa. Sus ojos, llenos de emociones complejas, reflejan una vulnerabilidad que me conmueve profundamente.

—Quiero hacerlo, Harry —confiesa, su voz cargada de emoción—. No he pensado en otra cosa desde que nos besamos por primera vez.

La verdad de sus palabras resuena en mí, porque siento lo mismo. Cada pensamiento, cada latido de mi corazón desde ese primer beso ha sido para ella. No puedo negar la atracción que siento por ella, ni el deseo que me consume.

Me acerco a ella de nuevo, y con suma suavidad, la ayudo con su ropa. Primero, desabrocho el corsé, liberando su pecho con una ternura casi reverente. Luego, las faldas caen al suelo con un suave susurro, revelando su piel pálida y tersa bajo la luz de la luna. Finalmente, la tengo completamente desnuda frente a mí, su belleza y vulnerabilidad dejándome sin aliento.

Nessa, ruborizada, trata de taparse con los brazos, su timidez haciendo que baje la mirada. Pero yo la detengo, sosteniendo sus manos con firmeza y ternura.

—Nunca te ocultes de mí —le pido, mi voz suave y sincera—. Eres preciosa.

La miro a los ojos, queriendo que sienta la verdad de mis palabras. Entonces, vuelvo a besarla, con más pasión y deseo que antes. Mis labios encuentran los suyos, y mi lengua explora su boca, encontrando la suya en una danza íntima.

Mis manos comienzan a explorar su cuerpo, acariciando la suavidad de su piel. Siento sus temblores bajo mis dedos, y me esfuerzo por ser lo más delicado posible, queriendo que cada

toque le brinde tanto placer como a mí.

La beso profundamente, nuestra respiración entrelazándose en el aire cálido de la habitación. Su sabor, su textura, todo de ella me embriaga y me hace perder la noción del tiempo. Mis manos trazan líneas de fuego por su espalda, bajando por sus costados, sintiendo cada curva, cada contorno de su cuerpo. Ella responde a cada caricia, sus suspiros y gemidos llenando el espacio entre nosotros, intensificando el deseo que arde en mi interior.

Entonces, con manos temblorosas, Nessa se deshace de mi kilt, la única barrera de ropa que nos separaba hasta este momento. Mi virilidad se yergue orgullosa, totalmente altiva por ella. Puedo ver la sorpresa en sus ojos al verme desnudo, sus mejillas ruborizándose aún más.

La miro con intensidad, queriendo que entienda que no hay prisa, que este momento es solo nuestro.

—Nessa, no tienes que hacer nada que no quieras —le digo suavemente, tomando sus manos entre las mías.

Ella me mira, y en sus ojos veo una mezcla de curiosidad y deseo. Se acerca más, nuestras respiraciones entrelazándose de nuevo, y coloca una mano en mi pecho, sintiendo los latidos acelerados de mi corazón bajo sus dedos.

Sin decir nada, poco a poco, sus manos descienden por mi pecho, trazando líneas invisibles de deseo en mi piel. Mi respiración se vuelve irregular, mis sentidos enfocados únicamente en ella. Y entonces, llega a mi erección, y un gemido escapa de mis labios ante su suave tacto.

Nessa parece entender el poder que tiene sobre mí, el control absoluto que ejerce con cada movimiento de sus manos. Lentamente, con una delicadeza que contrasta con la intensidad del momento, ella me explora, trazando círculos imaginarios alrededor de mi deseo. Entonces levanta la mirada, sus pupilas totalmente dilatadas.

—N-no... —empieza a decir ella— No sé qué debo hacer...

Trago saliva mientras guío su mano hacia mi miembro, envolviéndolo con la mía encima. Lentamente, empiezo a mover nuestras manos arriba y abajo, dejando que ella sienta el ritmo y la presión que me llevan al borde de la locura. Cada movimiento envía oleadas de placer a través de mí, y pronto, es ella quien lleva el compás, deslizando sus dedos con una habilidad que me hace perder la razón. Me rindo completamente a sus caricias, mis gemidos llenando la habitación mientras me dejo llevar por el torbellino de sensaciones que ella despierta en mí.

Coloco una mano en unos de sus pechos, sintiendo su suavidad y firmeza bajo mis dedos, y con la otra la agarro con firmeza por la cadera, apretando su trasero con un deseo sin restricciones.

Nessa sigue moviendo su mano con maestría, y yo deslizo la mano de su trasero hasta el interior de sus muslos. A pesar de los nervios que sé que siente, está totalmente mojada.

El calor y la humedad que encuentro entre sus piernas me envuelven, haciéndome gemir contra su boca. Mis dedos exploran suavemente, trazando caminos de placer a lo largo de su intimidad. La siento estremecerse bajo mi toque, y la urgencia en nuestros movimientos se intensifica.

La toco, la venero con mis dedos, y cuando siento que está lista, introduzco mis dedos en su interior, deleitándome con los gemidos que escapan de sus labios. Sus reacciones me llenan de un placer indescriptible, y su cuerpo responde a cada uno de mis movimientos. En algún momento, deja de masturbarme, sus piernas le fallan y se ve obligada a sujetarse a mí, sus uñas clavándose en mi espalda y brazos en un intento desesperado de mantenerse en pie.

Yo no me detengo, cada uno de sus sonidos es música para mis oídos. Puedo sentir lo cerca que está, sus paredes se contraen alrededor de mis dedos, su cuerpo temblando con cada oleada

de placer que la atraviesa. Y entonces, con un gemido final, llega su orgasmo, su cuerpo entregándose completamente a la liberación del placer.

Nessa se aferra a mí, su respiración rápida y entrecortada. La sostengo con fuerza, mis labios aún sobre los suyos, compartiendo el último vestigio de su éxtasis. Su piel brilla con una fina capa de sudor, su rostro refleja una mezcla de satisfacción y asombro. La beso suavemente, acariciando su cabello, permitiendo que el momento se asiente entre nosotros.

Ella me mira con ojos brillantes, una sonrisa tímida en sus labios.

—Nunca he sentido algo así —dice con la voz ronca—. Pero tú no... Tenía entendido que vosotros sacáis...

—Yo no he llegado al orgasmo, no —me adelanto antes de que continúe hablando—. Pero no tengo que hacerlo, verte retorcerte de placer es todo lo que necesito en esta vida —digo besándola de nuevo mientras mi miembro palpita como protesta.

Nessa sonríe, aunque parece insegura. Su mirada baja hasta mi erección, y puedo ver el deseo volviendo a encenderse en sus ojos.

—Yo también quiero darte placer —murmura, acercándose más y dejando que su cuerpo se roce con el mío, intensificando la necesidad que siento.

Intento mantener el control, pero su proximidad, su calidez, y el fuego en su mirada me están volviendo loco. Su mano se desliza suavemente por mi torso, bajando cada vez más hasta llegar a mi erección.

—Nessa... —susurro, mi voz llena de deseo y un toque de desesperación.

Ella me mira, con una decisión que no había visto antes. Con una habilidad que me deja sin aliento, envuelve su mano alrededor de mi miembro, empezando a moverla con un ritmo lento y torturador. Un gemido escapa de mis labios mientras cierro los ojos, dejándome llevar por las sensaciones.

Y entonces se detiene, su mano quedándose quieta. Abro los ojos, mirándola con confusión y un toque de desesperación. Su expresión ha cambiado, y hay una seriedad en su rostro que no había visto antes.

—Lo quiero todo, Harry —dice de pronto, su voz baja pero firme.

Mi corazón se acelera aún más si es posible. Su declaración es clara, y siento una mezcla de sorpresa y emoción.

—¿Quieres decir que quieres...? —Mi voz se quiebra un poco, la expectativa palpable en el aire.

Ella asiente, sus ojos nunca apartándose de los míos. La determinación y el deseo arden en su mirada, dejando claro lo que quiere.

—Hazme el amor —me pide, su voz cargada de emoción y anhelo.

El peso de sus palabras se asienta en el aire entre nosotros. La miro a los ojos, buscando cualquier signo de duda, pero solo encuentro certeza y deseo. Mi corazón late con fuerza, y la tomo entre mis brazos, llevándola hasta la cama. La acuesto suavemente, admirando su cuerpo desnudo, vulnerable y hermoso ante mí.

—Eres preciosa —murmuro, mientras mis manos recorren su piel, provocándole escalofríos de anticipación.

Me coloco sobre ella, alineando nuestros cuerpos con precisión. Mis labios encuentran los suyos en un beso profundo y hambriento, y la sensación de su piel suave contra la mía es una sinfonía de placer puro. Mis manos recorren su cuerpo, acariciando cada curva con adoración y deseo.

—Supongo que no tendrás un preservativo, ¿verdad? —le pregunto.

Ella ladea la cabeza, confusa.

—¿Un qué...?

Niego con la cabeza, lo suponía.

—No importa —le digo, besándola en el cuello mientras me coloco en su entrada.

En este momento, nada más importa. Mi cuerpo entero tiembla de anticipación. Puede que esté incluso más nervioso que ella, pero ahora mismo...

Con una suavidad que refleja mi reverencia por ella, empiezo a entrar en su cuerpo. Ella exhala un suspiro profundo, sus manos se aferran con fuerza a mis hombros, sus uñas clavándose ligeramente en mi piel mientras avanzo, centímetro a centímetro, sintiendo cómo su calidez me envuelve por completo.

Oh, vaya. La sensación es abrumadora, un placer tan intenso que me tengo que tomar unos segundos para no venirme ahora mismo. Me detengo, respirando profundamente, permitiendo que nuestros cuerpos se adapten el uno al otro. Siento cada latido de su corazón resonando con el mío, y el calor de su interior me envuelve, llevándome al borde de la locura.

—¿Estás bien? —le pregunto, mi voz ronca y llena de preocupación. Sería una tortura, pero si me lo pidiera, me detendría ahora mismo.

Ella asiente con la cabeza, sus ojos brillando con deseo y confianza.

Entonces, empiezo a moverme. Mis movimientos son lentos al principio, buscando un ritmo que nos una aún más. Cada vez que entro y salgo de ella, siento cómo nuestros cuerpos se sincronizan, como si fuéramos dos piezas de un rompecabezas que encajan a la perfección.

Los gemidos suaves de Nessa llenan el aire, y su respiración se acelera con cada embestida. Sus piernas se enredan a mi alrededor, acercándome aún más, y sus uñas se clavan ligeramente en mis hombros, un contraste delicioso de placer y dolor que me impulsa a continuar.

Incremento el ritmo, mis embestidas volviéndose más profundas y urgentes. Cada movimiento envía oleadas de placer a través de mí, y puedo sentir cómo su cuerpo responde, sus paredes interiores contrayéndose a mi alrededor.

—Harry... —gime mi nombre, su voz un susurro cargado de necesidad.

Acelerando aún más, siento cómo la presión se acumula en mi interior, cada embestida llevándome más cerca del borde.

Nessa arquea la espalda, acercándose más a mí, y siento cómo sus músculos se tensan, su cuerpo preparándose para el clímax.

—Ah... Harry, no te detengas... —logra decir entre gemidos, su voz apenas un susurro.

Sus palabras, llenas de deseo y urgencia, son la chispa que enciende la llama final. Pierdo todo control, mis movimientos se vuelven frenéticos, impulsados por una necesidad primitiva de alcanzar el clímax junto a ella. Cada embestida es más intensa que la anterior, llevándonos al límite del placer.

Nessa tiembla debajo de mí, sus uñas clavándose en mi espalda, y puedo sentir cómo su cuerpo se rinde completamente a las sensaciones. Sus paredes interiores se contraen con fuerza alrededor de mí, un abrazo cálido y firme que me lleva al borde de la locura.

De repente, Nessa se estremece, su cuerpo alcanzando el clímax primero. Sus gemidos se vuelven más agudos, sus paredes se contraen rítmicamente alrededor de mí, provocando una oleada de sensaciones que me deja sin aliento. La intensidad de su orgasmo me lleva al borde, y justo cuando siento que no puedo aguantar más, me retiro de su interior, mi miembro aún pulsando con necesidad.

Con un último gemido, culmino fuera de ella, mi semilla salpicando su piel. La liberación es intensa, una explosión de placer que me deja temblando. Mis manos se aferran a las sábanas

mientras mi cuerpo se sacude con las últimas oleadas de nuestro encuentro.

Capítulo 14

Me desplomo sobre ella, cuidando de no aplastarla, y nos quedamos ahí, enredados, mientras la ola de placer retrocede.

Finalmente, me apoyo en mis brazos, levantando la cabeza para mirarla. Nessa me devuelve la mirada, sus ojos llenos de satisfacción y ternura.

—Eso ha sido... increíble —susurra, una sonrisa lenta extendiéndose por su rostro.

—Sí... Sí que lo ha sido —respondo, inclinándome para besarla suavemente, saboreando el momento.

—Entonces lo he hecho... bien...? —me pregunta ruborizándose de nuevo.

Yo me ruborizo con ella.

—Por supuesto, es decir. Supongo que sí, a mí me ha gustado mucho —respondo con torpeza. Luego suspiro—. La verdad es que esta ha sido también mi primera vez —confieso.

Nessa parpadea, sorprendida, y luego una sonrisa cálida se dibuja en su rostro.

—¿De verdad? —pregunta, su voz suave y llena de ternura.

Asiento, mirándola directamente a los ojos. Después ella me rodea con sus brazos, acercándose más a su cuerpo desnudo.

—Entonces, supongo que ambos deberíamos practicar... —me dice con una voz melosa que enciende todos mis sentidos.

Yo carraspeo la voz antes de hablar, tratando de parar mis sucios pensamientos.

—¿Estás segura? ¿No quieres descansar un poco antes? Sé que las primeras veces puede ser algo doloroso... —mis palabras quedan interrumpidas por los labios de Nessa estrellándose contra los míos.

Me lo tomo como su respuesta y la rodeo con los brazos para acercarla más a mí. Enseguida nos convertimos en un revoltijo de manos y suspiros llenos de placer. Nuestros cuerpos se funden nuevamente, buscando y encontrando un ritmo compartido, una cadencia que habla de deseo y de una conexión profunda. La habitación se llena de gemidos y susurros, nuestras respiraciones entrelazadas en un sinfín de besos y caricias.

Las horas han pasado como si de un suspiro se tratara, y ahora nos encontramos tumbados en la cama, enredados en un abrazo que parece querer atrapar el tiempo. Las sábanas de seda, otrora impecables, ahora yacen revueltas yacen por el suelo, mudos testigos de la pasión que se ha desatado entre nosotros.

Mis dedos, cual exploradores incansables, recorren la suave piel de Nessa, dibujando mapas de placer en su espalda. Deleitándome con las reacciones que le saco. Su piel se eriza por allá donde pasa la yema de mis dedos y su cuerpo se arquea ante mi contacto.

De pronto, un estallido de júbilo irrumpe en la quietud de la noche. Vítores, aplausos y música que vibra en el aire con una intensidad renovada. La curiosidad me impulsa a levantarme y dirigirme hacia la ventana. Desde allí, la vista es simplemente espectacular: el mar se extiende ante mí como un lienzo infinito, mientras que las luces de la aldea parpadean en la oscuridad como luciérnagas rebeldes.

Nessa se acerca y se acurruca a mi lado, su cuerpo pegándose al mío en un abrazo por detrás. La sensación de sus pechos contra mi piel es exquisita, despertando una oleada de deseo que me arrolla.

—Ya es un nuevo día —susurra ella en mi oído, dejando un rastro de besos húmedos en mi espalda que me hacen estremecer—. Hemos dejado atrás el año viejo.

Es cierto, fin de año. Me entristece un poco no haber podido celebrarlo con mi familia, pero por otra parte... No creo que haya podido escoger una mejor forma de celebrarlo. Ni siquiera recordaba qué día es.

Me giro hacia ella y la beso con fiereza, con la necesidad de expresar en mis labios todo lo que siento. Nuestras lenguas se encuentran en una danza apasionada, explorando cada rincón de nuestras bocas, saboreándonos con avidez.

Después me separo, juntando mi frente con la de ella.

—Feliz año nuevo 2047 —susurro, dejando que mi voz se pierda en su cabello.

Nessa se ríe, un sonido melodioso que llena la habitación.

—¿2047? —dice ella arrugando la nariz— Querrás decir 1797 —dice entre risas.

—Oh, sí claro. Olvidaba que aquí estáis atrapados en el tiempo —digo con tono burlón.

Pero entonces ella se aparta un poco.

—No dejas de decir eso, pero no comprendo por qué. Harry, estamos en 1797. En todas partes es 1797 —explica, su sonrisa empezando a vacilar.

Me río, pero ella no. Hay algo en su mirada que me inquieta. Y entonces, una semilla de duda y miedo se siembra en mi mente, arraigándose profundamente. Trato de ignorarla, de aferrarme al calor del momento, pero la inquietud es difícil de sacudir.

—Vamos, Nessa, no tiene gracia —digo, intentando mantener mi tono ligero, pero siento la tensión en mi voz.

Nessa me observa con una mezcla de confusión y preocupación.

—No estoy bromeando, Harry —me asegura ella, su voz cargada de incertidumbre—. Estamos en el año 1797.

Me siento, apartándome ligeramente de ella para poder verla mejor.

—Pero eso es imposible... —empiezo a decir yo con una sonrisa nerviosa—. Yo nací en 2025, no puedo estar en 1797. Ni siquiera mis padres estaban vivos. Es imposible, ¿verdad? —digo sintiendo cómo el pánico empieza a apoderarse de mí.

No tiene sentido. Ningún tipo de sentido. Y aún así... Hay algo en todo esto que me hace dudar. 1797... Eso explicaría muchísimas cosas. Pero mi mente, mi parte racional, me dice que es imposible.

Nessa se acerca a mí, sus ojos azules llenos de confusión y preocupación. Se arrodilla frente a mí, tomando mis manos entre las suyas.

—¿Harry? —susurra con voz apenas audible—. ¿Es posible...? ¿Eres un viajero...?

—¿Un qué? —digo sobresaltado.

—Un viajero —repite ella—. Las leyendas hablan de viajeros del tiempo, personas de otros mundos que llegan a nuestra época. Y viceversa.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Las palabras de Nessa resuenan en mi mente, alimentando mis peores miedos.

—¿Y crees que yo soy uno de ellos? —pregunto con voz temblorosa, apenas un susurro.

Nessa no responde de inmediato. Me mira fijamente, como si buscara una respuesta en mis ojos. Finalmente, asiente con la cabeza.

—Es posible —dice en voz baja—. Es la única explicación que tiene sentido.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal mientras las palabras de Nessa se graban a fuego en mi mente. Viajero del tiempo. La idea es tan descabellada, tan absurda, que mi mente se niega a aceptarla.

Pero las imágenes de lo que he vivido en esta isla, las extrañas sensaciones que he experimentado, todo parece encajar ahora.

—No, no... No puede ser, me estás tomando el pelo —digo, levantándome de la cama con una rapidez que me sorprende a mí mismo—. Ahora es cuando me dices que todo era broma y nos reímos de esto.

Pero Nessa no parece divertirse. Su rostro está pálido y sus ojos me miran con una mezcla de preocupación y tristeza.

—Piénsalo, Harry —dice con voz temblorosa—. Apareciste aquí de repente, sin saber cómo llegaste, a una isla remota de difícil acceso...

—Eso no significa nada —digo, buscando desesperadamente una excusa—. Puedo haber perdido la memoria, haber tenido un accidente... Hay miles de explicaciones.

Nessa suspira, como si ya hubiera escuchado esa excusa antes y no la creyera.

—Harry —dice con voz firme—, has dicho cosas extrañas, cosas que no tienen sentido. Has hablado de máquinas voladoras, de aparatos extraños, de ciudades enormes... cosas que no existen. Al menos, no todavía.

No puede ser. No puede ser real.

Me siento mareado, como si el mundo se me viniera encima. Necesito salir de aquí. Necesito aire. Necesito pensar.

Sin decir una palabra más, empiezo a vestirme con torpeza. Mis manos tiemblan y mi mente es un torbellino de confusión y miedo.

Nessa intenta detenerme, me toma de las manos y me mira a los ojos con súplica.

—Harry, por favor, escúchame —dice—. No estás solo en esto. Vamos a encontrar una salida juntos.

Pero no la escucho. Su voz se pierde en el zumbido que llena mi cabeza. Salgo de la habitación a toda prisa, sin mirar atrás. Nessa me llama, pero yo no la escucho. Corro por los pasillos de la casa como un autómata, sin saber a dónde voy, solo buscando una salida.

El aire frío de la noche me golpea en la cara cuando salgo de la fortaleza. Respiro hondo, tratando de calmarme, pero mi corazón sigue latiendo con fuerza en mi pecho.

Miro hacia el cielo, plagado de estrellas que parpadean como luciérnagas en la inmensidad de la noche. Un manto de oscuridad me envuelve, y por un momento, me siento completamente solo, perdido en un universo desconocido. ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí? ¿Qué soy?

—¿Ewan? —dice entonces una voz a mi espalda, sacándome de mis pensamientos abruptamente.

Me giro con la velocidad del rayo, mi cuerpo en estado de alerta máxima. Ante mí, una mujer de cabello rubio como el trigo me mira con los ojos desorbitados, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Ewan MacLeod? —repite ella con voz temblorosa, acercándose a mí con pasos dubitativos.

Yo niego con la cabeza, todavía aturdido por la sorpresa.

—Se equivoca, mi nombre es Harry —digo sin pensar demasiado en este momento—. Ewan es mi padre.

Sus ojos azules me observan con detenimiento, como si estuvieran escudriñando mi alma. Hay algo en su mirada que me inquieta, una mezcla de sorpresa, incredulidad y... ¿tristeza?

—El parecido es asombroso... —murmura ella, su voz apenas un susurro. Se acerca aún más, invadiendo mi espacio personal.

Tardo un poco en procesar la información.

—¿Conoce a mi padre? —digo con el ceño fruncido, tratando de mantener la calma. Por si mi día no era lo suficientemente extraño ya.

Ella asiente con la cabeza, sus ojos brillando con una emoción que no puedo descifrar.

—Oh, sí. Lo conocía muy bien —me explica con voz suave—. Estuvimos comprometidos, íbamos a casarnos —Vaya, esto no es para nada incómodo—. Hasta que tu madre me lo robó —dice entonces, su mirada cambiando de expresión. La ira y el rencor se reflejan en sus ojos, transformando su rostro en una máscara de furia.

De acuerdo, hora de largarse. Algo me dice que no debería quedarme charlando con ella.

—Vaya, lo siento mucho... Pero creo que será mejor que me vaya —empiezo a decir, tratando de escabullirme de esta situación tan incómoda—. Un placer conocerla, señora...

—Iris, Iris MacGregor —se presenta ella, su voz cortante como el filo de una espada—. Y tú no te vas a ninguna parte. ¡Guardias! —exclama de repente, su voz resonando en la noche con una autoridad que me congela la sangre en las venas—. ¡Apresadlo!

Y antes de que pueda hacer nada, tres hombres corpulentos salen de las sombras, sus rostros ocultos por capuchas negras. Me rodean como lobos hambrientos, sus manos ásperas apretando mis brazos con fuerza.

—¿Pero qué demonios...? ¡Soltadme ahora mismo! —trato de zafarme de ellos, pateando y golpeando con desesperación. Pero son demasiado fuertes, demasiado implacables.

Uno de ellos me da un golpe en la cabeza y todo se vuelve negro. El mundo se desvanece a mi alrededor, y lo último que veo son los ojos furiosos de Iris MacGregor, clavados en mí con una mezcla de odio y rencor.

Capítulo 15

Despierto en un lugar oscuro y húmedo. Un olor a tierra mojada y madera podrida invade mis fosas nasales. Mi cabeza zumba con un dolor punzante, y por un momento, no puedo recordar dónde estoy ni cómo he llegado hasta aquí.

Intento moverme, pero algo me detiene. Mis manos están atadas, ásperas cuerdas que me aprietan las muñecas con fuerza. ¿Cadenas? ¿Es esto una celda?

Hago un esfuerzo por concentrarme, por recordar cómo he llegado a este lugar tan lúgubre. Las imágenes regresan a mi mente en fragmentos borrosos: los besos apasionados de Nessa, la felicidad que inundaba mi corazón hasta que descubrí la aterradora verdad: estoy atrapado en el pasado.

Todavía me parece de locos, pero no puedo negarlo. Recuerdo haber salido huyendo de la casa de Nessa, presa del pánico y la confusión. La mente me daba vueltas, incapaz de procesar la información que acababa de descubrir. Y entonces... ella. La mujer rubia, la supuesta ex prometida de mi padre.

Sus palabras resuenan en mi mente: "Estuvimos comprometidos, íbamos a casarnos. Hasta que tu madre me lo robó". Pero eso no tiene ningún sentido. Si es cierto que me encuentro en el pasado, doscientos años atrás... Es imposible que nadie conozca a mi padre. A no ser... Mi mente lucha por procesar esta información contradictoria, y una oleada de náuseas me invade. ¿Es posible que mis padres también fueran viajeros del tiempo?

La idea me aterra, me llena de preguntas que no tienen respuesta.

Trato de liberarme de las ataduras, pero son demasiado fuertes. Mi cuerpo está dolorido, exhausto por la adrenalina y la incertidumbre. Un gruñido escapa de mis labios, un sonido ahogado en la oscuridad de la celda.

¿Cuánto tiempo llevo aquí? He perdido totalmente la noción del tiempo y aquí no hay más que oscuridad, ni una sola ventana. Me levanto a tientas y me acerco a la puerta de metal roída.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunto alzando la voz, aunque apenas tengo esperanzas de que alguien me escuche. No sé por qué me han detenido, pero el padre de Nessa me acogió en su casa como a un hijo propio. Estoy seguro de que no tolerará esta injusticia.

Nessa. La imagen de su rostro dulce y preocupado me invade, y por un momento, me aferro a la esperanza de que ella pueda encontrarme y liberarme de este cautiverio.

—¡Nessa! —la llamo en un último intento, con la esperanza de que se encuentre cerca.

Pero el silencio es mi única respuesta. Un silencio opresivo que me ahoga y me llena de miedo.

De acuerdo, debo tranquilizarme. No puedo permitirme entrar en pánico. Debo hallar la manera de salir de aquí, y sólo lo conseguiré si mantengo mi mente despejada.

Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de controlar el latido acelerado de mi corazón. La oscuridad me rodea, pero no puedo dejar que me consuma.

Palpo la pared con mis manos ásperas. El metal frío me roza la piel, recordándome mi situación. No hay ventanas, ni ninguna señal de salida visible.

Mis dedos recorren la superficie en busca de alguna imperfección, algún punto débil en la estructura. Quizás haya una forma de forzar la puerta, de abrir un hueco por el que pueda escapar.

De repente, un sonido metálico irrumpe en el silencio sepulcral. Unas llaves tintinean, acercándose lentamente a mí. Un rayo de luz se filtra por la rendija de la puerta, revelando la

figura de un hombre alto y corpulento. Su rostro está oculto en la sombra, pero puedo sentir la hostilidad en su mirada como una ola de hielo recorriendo mi cuerpo.

El hombre se aparta, revelando a la mujer que me ha capturado: Iris MacGregor. Su belleza es fría y distante, como la luna en una noche sin estrellas. Sus ojos azules me miran con un desprecio que me hiela la sangre.

—Vaya, ya estás despierto —dice con voz ronca, entornando los ojos como si la luz le molestara—. Creí que dormirías hasta que zarpemos, todo sería mucho más sencillo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—¿Zarpar? —repito con voz temblorosa, sin comprender lo que está diciendo.

Iris sonrío con una malicia que me hace erizar la piel.

—Tus padres deshonraron a mi familia, la insultaron —dice con una voz cargada de odio—. Y puesto que no parecen dispuestos a abandonar su escondite, tú pagarás por sus pecados.

Mis ojos se abren tanto que casi salen de sus órbitas.

—¿Pagar por sus pecados? ¿Culpas a mi madre porque mi padre no te quería? —digo sin creer lo que estoy escuchando— ¡Estás loca! —grito, sin poder contener la rabia que me consume.

Ella se acerca a mí con una rapidez felina, y antes de que pueda reaccionar, me suelta una bofetada que me hace caer al suelo. El dolor explota en mi mejilla, y un sabor metálico llena mi boca. La miro con los ojos llenos de furia, pero ella solo me devuelve una sonrisa cruel.

—La próxima vez será él quien te haga callar —dice con voz sibilante, señalando al guardia que la escolta—. Y deja de dar gritos, nadie va a venir a ayudarte. Mi querido hermano te acogió sin saber quién eras en realidad. Y por si la humillación de tus padres no fuera suficiente, sí que lo es que hayas deshonrado a su propia hija. Esa chiquilla, Morag, os vio entrando en sus aposentos. Lo escuchó todo.

—¿Morag? —susurro con voz apenas audible, sintiendo cómo el mundo se desmorona a mi alrededor.

Iris sonrío con una satisfacción enfermiza.

—Sí, Morag —dice con tono burlón—. La pobrecita está desconsolada. Creía que eras un buen chico, pero ahora sabe que solo eres un mentiroso y un seductor. Y mi sobrina lo sabe también. No quiere volver a verte.

Miente. No es posible que Nessa haya dicho eso. Conocía las intenciones de Morag, me advirtió sobre ella, sobre lo que podría haber significado para Morag bailar con ella. Pero Nessa sabe que mi corazón es suyo. Iris tiene que estar mintiendo. El pánico y la ira luchan por el control dentro de mí, mientras trato de aferrarme a la esperanza.

—¿Dónde está Nessa? —pregunto con voz temblorosa, desesperado por verla y asegurarme de que está bien.

Iris se encoge de hombros con indiferencia.

—No lo sé —dice con desdén—. Tal vez en su habitación, llorando por la humillación a la que la has sometido —dice con melodrama. Yo aprieto los puños—. Y ahora descansa, la bruma es apenas perceptible. Partiremos mañana mismo.

Entonces se da la vuelta y sale de la celda. Yo me abalanzo sobre ella, pero el guardia cierra la puerta en mis narices. Gruño y grito mientras la desesperación me invade.

Iris se encoge de hombros con indiferencia, una sonrisa malévola en su rostro.

—No lo sé —dice con desdén—. Tal vez en su habitación, llorando por la humillación a la que la has sometido —añade con melodrama, disfrutando de mi sufrimiento.

Aprieto los puños, sintiendo la frustración y la impotencia arremolinarse dentro de mí. La idea

de Nessa sufriendo por mis acciones es insoportable. Quiero gritar, golpear algo, pero sé que eso solo le daría más satisfacción a Iris.

—Y ahora descansa, la bruma es apenas perceptible. Partiremos mañana mismo.

Iris se da la vuelta y sale de la celda, su vestido ondeando tras ella. En un arrebato de desesperación, me abalanzo hacia la puerta, pero el guardia la cierra en mis narices con un golpe seco. La barrera de hierro entre nosotros parece un símbolo cruel de mi impotencia. Gruño y grito mientras la desesperación me invade, mi voz resonando en las paredes de piedra.

Me dejo caer contra la puerta, mi frente apoyada en el frío metal, tratando de calmar mi respiración. ¿Cómo he llegado a esta situación? ¿Y cómo conseguiré salir?

Nessa es mi única esperanza. Ella me salvará. Se dará cuenta de que algo va mal cuando no me encuentre. Ella me sacará de aquí.

Pero la incertidumbre me carcome. ¿Y si Iris tiene razón? ¿Y si Nessa de verdad cree esas mentiras? La idea es como una daga en mi corazón. Tengo que encontrar una manera de salir de aquí, de llegar a Nessa. No puedo dejar que esto termine así.

La noche avanza lentamente, cada minuto una eternidad mientras trato de pensar en un plan, en alguna forma de escapar. Pero la desesperación y la esperanza se entrelazan, formando un nudo en mi pecho que me impide descansar.

Y antes de darme cuenta, antes de que pueda hacer nada, amanece un nuevo día. Un rayo de luz pálida se filtra por la rendija de la puerta, anunciando el fin de la noche y el comienzo de un nuevo tormento.

Los guardias irrumpen en la celda, sus rostros inexpresivos como máscaras de piedra. Me obligan a ponerme de pie y a salir. Me resisto, trato de luchar contra ellos, pero son demasiado fuertes. Me dominan con facilidad y me sacan de la celda, arrastrándome por un laberinto de pasillos oscuros y húmedos.

El aire huele a sal y a pescado podrido, un aroma nauseabundo que me revuelve el estómago y me hace sentir aún más asqueado. No me van a sacar por la puerta principal, tampoco parece que nos dirijamos a la aldea. Un presentimiento siniestro se apodera de mí. No sé a dónde me llevan, pero presiento que no es un lugar agradable.

Finalmente, llegamos a un puerto que no había visto antes. Es mucho más pequeño que el del pueblo, como si este fuera exclusivo para la familia del castillo. Su aspecto descuidado y desolado no me inspira ninguna confianza. Me suben a empujones a la cubierta de un barco, un velero imponente que parece surcar los mares desde hace siglos.

El sol brilla con fuerza en el cielo, pero su luz no me calienta. Siento un frío que me cala hasta los huesos, un frío que proviene no solo de la humedad del ambiente, sino también del miedo y la incertidumbre que me atenazan.

Dentro del barco, me conducen a otra celda. Esta es mucho más fría y húmeda que la anterior, y el olor a encierro y putrefacción es aún más intenso. Me atan de manera que no pueda moverme ni un solo músculo, dejándome completamente a merced de mis captores.

Solo en la oscuridad, escucho los pasos apresurados y las órdenes del capitán del barco. Su voz ronca y autoritaria resuena en el silencio, dando instrucciones a sus hombres. Y entonces, la escucho. La voz de Iris MacGregor, fría y cortante como el filo de una espada. La piel se me eriza al oírla, y un escalofrío recorre mi espina dorsal.

Esta mujer que no conozco de nada está dispuesta a llevarme ante la justicia por algo que ni siquiera he hecho yo. El único pecado de mis padres fue enamorarse, amar con una pasión que, por lo visto, desafiaba las normas y las tradiciones de su época. Y ahora, yo pago las consecuencias de su amor prohibido.

Me encuentro atrapado en una red de mentiras y traiciones que no comprendo. Me siento impotente, vulnerable, a la deriva en un mar de dudas y temores. Hace unos días era un estudiante cualquiera, iba a pasar las vacaciones de navidad junto a mi familia, como cada año. Y ahora... Todo eso ha quedado atrás. Me encuentro en un lugar hostil, rodeado de personas que me consideran un enemigo, un criminal. El futuro se presenta como una inmensidad oscura y desconocida, y no tengo ni idea de lo que me depara el destino.

No pasa mucho rato hasta que siento que zarpamos. El barco se mece suavemente sobre las olas, alejándose cada vez más de la isla que me ha mantenido cautivo durante los últimos días. La brisa marina me acaricia el rostro, pero no trae consigo ni un ápice de frescura. Solo el olor a sal y a encierro impregna el aire, recordándome mi situación.

Y, entonces, mis esperanzas se apagan.

Capítulo 16

Pierdo toda noción del tiempo. No sé cuántas horas llevo en el barco, tal vez incluso días. De vez en cuando me traen algo de comida y agua, en raciones tan escasas que apenas me quitan el hambre. Me siento débil, exhausto, y mis párpados pesan como si estuvieran hechos de plomo. La luz tenue que se cuela por la rendija de la escotilla me molesta, pero no tengo la fuerza suficiente para taparla.

Cada minuto se convierte en una eternidad. El silencio del barco solo se rompe por el crujir de la madera y el sonido ocasional de las olas rompiendo contra el casco. Me siento completamente solo, aislado del mundo, sin nadie que me ayude, sin nadie que sepa dónde estoy.

La desesperación me invade como una marea helada, robándome las fuerzas y la esperanza. La idea de morir en este lugar, de que mi cuerpo nunca sea encontrado, de que mis padres nunca sepan lo que me pasó, me llena de un dolor indescriptible.

No puedo evitar pensar en ellos, en sus rostros llenos de preocupación y angustia cuando se den cuenta de que he desaparecido. Imagino su desesperación, su búsqueda infructuosa, sus lágrimas silenciosas. La culpa me carcome por dentro.

Jamás debería haberme puesto ese anillo. Debí haber sospechado cuando empezó a brillar, como si tuviera luz propia. Su llamado había sido hipnótico, pero debería haberme resistido. Y ahora... es demasiado tarde.

Me arrepiento de no haberles dado un último abrazo, de no haberles dicho cuánto les quiero.

Cierro los ojos, dejando escapar un sollozo silencioso, y me envuelvo las rodillas con los brazos todo lo que las cuerdas que me sujetan me permiten, buscando un poco de calor, un poco de consuelo.

Las lágrimas corren por mis mejillas, mezclándose con la suciedad del suelo de la celda. Y espero, es lo único que puedo hacer. Aguardo hasta que Iris MacGregor me lleve a mi destino, uno que no augura nada nuevo.

Un último suspiro escapa de mis labios mientras me hundo en la profundidad de la celda.

Paso horas así, entre temblores y sueños fugaces. El tiempo parece dilatarse en una eternidad y, al mismo tiempo, se escapa como un suspiro. Intento dormir, pero el sueño se me resiste. Mis párpados pesan como si estuvieran hechos de plomo, y mi mente no deja de dar vueltas en un torbellino de pensamientos. El frío de la celda cala hasta mis huesos y la suciedad del suelo irrita mi piel.

Sin embargo, parece que consigo dormirme, porque en algún momento, veo a mi tía Kat. Solo veo su rostro, con una expresión de preocupación y angustia que me revuelve las entrañas. Sus ojos, llenos de lágrimas, me buscan desesperadamente como si estuviera buscando algo.

—¡Harry! —exclama su voz, resonando en mi interior con una fuerza inesperada—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué te ha pasado?

Me encuentro con su mirada, sin levantar la cabeza. Es como si estuviera realmente aquí, a mi lado, pero sé que solo es un sueño, una cruel jugarreta de mi mente.

—¿Sabes dónde te encuentras? —me pregunta con urgencia, su voz cargada de desesperación.

Pero lo cierto es que no. Podría estar en cualquier parte, en cualquier rincón del mundo

—Vamos, Harry. Necesito que me des algo. Lo que sea —me suplica, extendiendo su mano hacia mí como si quisiera sacarme de esta pesadilla.

Hago un esfuerzo por concentrarme, por encontrar las palabras que necesita.

—Eilean Solas... —consigo articular con dificultad, mis labios resecos por la falta de agua—.

Iris MacGregor... —las palabras salen de mi boca como un susurro, cargadas de dolor y miedo — 1797...

Los ojos de Kat se abren de par en par ante mis palabras, como si hubiera descifrado un código secreto. Un rayo de esperanza se enciende en su mirada, iluminando por un instante la oscuridad de la celda.

—Harry, tienes que aguantar. Vamos a sacarte de aquí, ¿me oyes? —dice con determinación, su voz llena de una fuerza renovada—. Vamos a... —y de repente, su imagen se desvanece, dejándome solo en la fría y húmeda celda.

Sonrío con amargura al quedarme solo. Qué cruel es mi mente, capaz de crear una ilusión tan vívida solo para arrebatármela en un instante.

Sin embargo, mi sonrisa se congela cuando escucho el sonido que me ha perseguido durante toda mi estancia en la isla, la preciosa melodía que me ha quitado el sueño tantas noches, llenando mi corazón de una mezcla de inquietud y fascinación.

En esta ocasión, sin embargo, el cántico no me produce miedo. Al contrario, una extraña calidez se instala en mi pecho, como si la voz me reconfortara de alguna manera. Me aferro a su voz, dejándome llevar por sus notas dulces y melancólicas.

Me estiro con dificultad, mis músculos entumecidos por el frío y la falta de movimiento. Me acerco a la pared de la celda, pegando mi oreja a la madera áspera. La melodía se intensifica, llenando la celda de una luz tenue y etérea. Me siento como si flotara en el aire, libre de las cadenas que me atan y del miedo que me consume. Cierro los ojos, disfrutando de ella en todo su esplendor.

Pero entonces, la melodía se apaga, dejando un silencio ensordecedor en su lugar. Un ruido sordo resuena en la cubierta del barco, como si algo hubiera caído. Me pongo nervioso. La esperanza que la música había despertado en mí se desvanece como la luz tenue que iluminaba la celda.

Unos pasos rápidos recorren la cubierta y se acercan a la escalera que baja a donde estoy yo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras maldigo las cuerdas que limitan mis movimientos. Sea quien sea, o sea lo que sea que ha subido al barco, viene a por mí.

La tensión se apodera de mi cuerpo. Las dudas me carcomen mientras los pasos se acercan cada vez más. Imagino diferentes escenarios, cada uno más aterrador que el anterior.

Me preparo para lo peor, apretando los dientes y cerrando los ojos con fuerza. No me rendiré sin luchar.

De repente, un sonido metálico rompe el silencio sepulcral. Un tintineo de llaves, un forcejeo con la cerradura oxidada... y luego, un golpe seco que hace temblar la endeble puerta de madera. La luz del pasillo se cuela por la rendija, cegándome por un instante. Entreabro los ojos, entornados por la ceguera momentánea, y distingo una figura menuda y familiar que se recorta contra la luz.

—¿Harry? —una voz preocupada, cargada de una mezcla de alivio y angustia

No puedo creerlo. ¿Es otro sueño, una cruel ilusión de mi mente torturada? Parpadeo varias veces, tratando de enfocar la vista. Pero Nessa sigue ahí, real como la vida misma, lanzándose a mis brazos con un sollozo ahogado.

La abrazo con fuerza, sintiendo su calor contra mi cuerpo entumecido. Sus lágrimas empapan mi camisa, pero no me importa.

—¿Nessie? ¿Eres tú de verdad? —mi voz apenas es un susurro.

—Oh, Harry... Todo esto es culpa mía... —su voz se quiebra entre sollozos, mientras deshace las ataduras que me aprisionan.

En cuanto tengo las manos libres, Mis manos apartan las lágrimas de su rostro, acariciando con ternura sus mejillas sonrojadas. No puedo soportar verla llorar.

—Nada de esto es culpa tuya, Nessie —le aseguro yo sin dejar de mirarla.

Es incluso más preciosa de lo que recordaba. Incluso así, con el pelo mojado y enmarañado y los ojos rojos e hinchados.

No puedo resistirme más y la beso en los labios. Nessa responde a mi beso con avidez, como si lo necesitara tanto como yo.

—Tenemos que irnos —susurra Nessa con urgencia cuando nos separamos.

Asiento con la cabeza, sintiendo una oleada de adrenalina recorrer mi cuerpo. Ha llegado el momento de escapar, de dejar atrás este barco maldito.

Nessa me ayuda a ponerme de pie, mis piernas temblorosas por la falta de movimiento. Subimos las escaleras en silencio, moviéndonos como sombras en la noche. Un guardia duerme profundamente en su puesto, ajeno a nuestra presencia. Pasamos a su lado sin que se inmute, como si fuéramos fantasmas.

Llegamos a la cubierta y una bocanada de aire fresco y húmedo me inunda los pulmones. El cielo está plagado de estrellas, apenas visibles a través de la lluvia cae en cortinas gruesas, empapando todo a nuestro alrededor y añadiendo una capa de dificultad a nuestra fuga. Entonces me doy cuenta de que el resto de la tripulación también está dormida.

—¿Pero qué...? —empiezo a decir, pero Nessa me hace un gesto para que guarde silencio.

—Por aquí —me indica llevándome a la popa del barco.

La sigo sin rechistar, un último atisbo de esperanza en mi corazón. Sin embargo, al mirar hacia abajo, mi corazón se hunde en las profundidades del mar. No hay ninguna barca, ninguna balsa, ni siquiera un mísero tablón de madera al que aferrarnos. La fuga parece imposible.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, sintiendo una punzada de desesperación helada recorrer mi cuerpo.

Nessa se gira hacia mí, sus ojos brillan con una determinación que me desconcierta.

—Necesito que confíes en mí —dice con una sonrisa que contrasta con la gravedad de la situación.

Asiento con firmeza. Me ha salvado la vida, arriesgando la suya en el proceso. Por supuesto que confío en ella.

Entonces me coge de la mano con fuerza, sus dedos apretando los míos con una intensidad que transmite su propia seguridad.

—Coge aire —me ordena con voz firme.

Y sin más preámbulos, se lanza al agua helada, arrastrándome con ella en una caída sin retorno.

Capítulo 17

Un grito ahogado escapa de mis labios al sentir el impacto del agua helada contra mi piel. El frío me invade hasta los huesos, robándome el aliento y nublando mi mente. Intento nadar hacia la superficie, pero Nessa me sujeta con fuerza, tirando de mí hacia abajo.

Lucho contra ella, presa del pánico, pero su agarre es férreo. Me hunde cada vez más en las profundidades, hasta que la luz del sol se convierte en un tenue recuerdo y el negro absoluto me envuelve por completo.

De repente, veo una luz, un destello en el agua. Pero estoy demasiado asustado para prestarle atención. Lo único que deseo es alcanzar la superficie. Respirar.

Entonces Nessa aparece frente a mí y me besa en los labios. Un beso desesperado, lleno de amor y urgencia. Cuando se separa, me hace un movimiento extraño. ¿Me está pidiendo que respire? ¡Pero estoy dentro del agua! Eso es... Espera.

Mi cuerpo responde por inercia, dando una bocanada. El agua entra en mi boca, pero cuando llega a mis pulmones se ha convertido en oxígeno. Puedo... Puedo respirar. Con el oxígeno llegando a mi cerebro, empiezo a salir de mi estado de pánico. Proceso la información con lentitud. Estoy respirando bajo el agua. ¿Cómo es posible?

Nessa aguarda frente a mí, con una sonrisa triste en sus labios. Mientras yo me recupero del shock y termino de asimilar lo que está ocurriendo, solo entonces me fijo en la larga cola que ahora sustituye sus piernas. Su vestido ha quedado hecho añicos, puede que ya estuviera así antes pero no me había fijado. Pero lo que sale de sus faldas es, sin lugar a dudas, una cola de pez.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Nessa... ¿es una sirena? La miro a los ojos buscando una confirmación, una respuesta a la pregunta que me taladra la mente. Ella asiente con la cabeza, sin necesidad de palabras.

En un movimiento fluido, se deshace del vestido hecho jirones, dejándolo flotar en la inmensidad del océano. Sus pechos, antes ocultos por la tela, quedan al descubierto. Su cola, ahora completamente visible, es una obra de arte natural, con escamas iridiscentes que brillan bajo la luz de la luna, reflejando un sinfín de colores que van del azul más claro al turquesa más profundo.

Sonrío ante su imagen. Es preciosa, sin duda alguna. Su belleza es tan cautivadora que por un momento olvido el frío y el miedo que me atenazaban.

Nessa se acerca a mí y me toma del brazo con una fuerza sorprendente para su esbelta figura. Antes de que pueda reaccionar, comienza a nadar, arrastrándome a través del agua a una velocidad vertiginosa. La sensación es increíble, como si surcáramos las olas juntos en una danza submarina. Su cola ondula con gracia, impulsándonos hacia adelante con una potencia que me deja sin aliento.

Pronto llegamos a nuestro destino. Una abertura en la roca se revela ante nosotros, como una boca que nos invita a entrar. Nessa me guía hacia ella, y juntos nos adentramos en un túnel submarino.

La oscuridad nos envuelve, pero no hay miedo en mi corazón. La presencia de Nessa me tranquiliza, su mano entrelazada con la mía me da seguridad. Nadamos en silencio, siguiendo la corriente que nos arrastra hacia las profundidades.

De repente, la luz inunda el túnel. Emergemos a una piscina natural, iluminada por la luna y por el brillo de las estrellas que se reflejan en la superficie del agua. El agua aquí es cálida, como un abrazo reconfortante que aleja el frío que aún siento en mis huesos.

Me siento en el suelo del manantial, el agua apenas llegándome así por el pecho y me sumerjo en ella, dejando que el calor me envuelva por completo. Mi cuerpo se relaja, liberando la tensión acumulada durante días de cautiverio y miedo. Un suspiro de alivio escapa de mis labios mientras cierro los ojos y disfruto de la sensación de paz que me invade.

Nessa se acerca a mí y me sonríe. Su sonrisa es como un sol que brilla en la noche, llenando mi corazón de esperanza y alegría.

—¿Estás bien? —pregunta con suavidad, su voz como una caricia en mis oídos.

Asiento con la cabeza, todavía aturdido por lo que acabo de descubrir. Mis ojos se posan en su cola, iridiscente y hermosa bajo la luz del agua.

—Eres una sirena —digo en un susurro, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.

Ella baja la mirada, insegura.

—¿Me tienes... miedo? —pregunta con una voz que tiembla un poco.

La miro con sorpresa. ¿Miedo? ¿Cómo podría tenerle miedo a la mujer que me ha salvado la vida?

—¿Miedo? —digo con incredulidad—. Nessa, me has salvado la vida. No solo eso, me has confiado tu secreto. ¿Cómo podría tenerte miedo?

Nessa levanta la mirada, pero su expresión sigue siendo de incertidumbre.

—¿No estás enfadado porque te lo haya ocultado? —pregunta—. ¿No crees que soy un monstruo?

No puedo creer que esté diciendo eso.

—Por supuesto que no —digo con firmeza—. Comprendo que hayas mantenido esta parte de ti en secreto, pero quiero que sepas que puedes confiar en mí. Y no eres ningún monstruo, Nessie. Eres la criatura más hermosa que he visto nunca y yo...

Mis palabras se quedan a medias, consciente de que lo que he estado a punto de decir es descabellado. ¿Cómo puedo confesarle a Nessa que me he enamorado de ella en tan poco tiempo? ¿Cómo puedo decirle que quiero estar con ella, sin importar si es sirena o humana?

Me mira ahora con una intensidad que me quita el aliento. Se acerca a mí, sus ojos brillan con una mezcla de emociones que no puedo descifrar. Y entonces, sin decir una palabra, me besa.

Es un beso suave, tierno, lleno de una emoción que me recorre todo el cuerpo. Siento sus labios cálidos sobre los míos, y por un momento, todo lo demás se desvanece. Mis manos encuentran su cintura, acercándola más, y me dejo llevar por la intensidad de sus sentimientos, sabiendo que este beso es la promesa de algo más profundo y verdadero.

Sus pechos se presionan contra mi piel y yo, sin decir una palabra, dejo que mis manos se deslicen lentamente hacia abajo, explorando su cuerpo hasta llegar a su cola. La textura escamosa bajo mis dedos es sorprendentemente suave, y acaricio con delicadeza, maravillado por la sensación.

Nessa se estremece bajo mi toque, sus ojos se entrecierran y un suspiro escapa de sus labios. Puedo sentir su cuerpo temblar ligeramente, y eso solo me hace querer sostenerla con más ternura.

Ella me mira, su expresión una mezcla de vulnerabilidad y gratitud. Mis dedos continúan su recorrido, trazando pequeños círculos en su cola, disfrutando de cada reacción que provoco en ella.

Entonces el agua brilla de repente, y un destello de luz envuelve a Nessa. Cierro los ojos momentáneamente ante la intensidad de la luz. Cuando la abro, la cola de Nessa ha desaparecido, y en su lugar, están sus piernas humanas.

La miro, atónito, mientras ella se incorpora lentamente, ahora completamente desnuda ante

mí. Su piel brilla con las gotas de agua, cada curva de su cuerpo perfecta y fascinante.

Sin apartar la mirada de la mía, Nessa se mueve con gracia y determinación, acercándose y sentándose suavemente encima de mí. Siento su calidez y la suavidad de su piel contra la mía, y todo mi cuerpo reacciona a su cercanía.

—Nessie... —susurro, mis manos encontrando su cintura, mis dedos trazando suaves caricias en su piel húmeda.

Ella me mira con una mezcla de ternura y deseo, sus ojos brillando con una intensidad que me deja sin aliento. Sus manos se posan en mis hombros, sus dedos dibujando pequeños círculos que envían escalofríos de placer por mi espalda.

Inclinándome hacia ella, dejo que mis labios rocen los suyos, un beso suave que poco a poco se vuelve más profundo, más apasionado.

Mi deseo se vuelve palpable, y Nessa se apresura a liberarlo. Me deshago de mi ropa con rapidez sin molestarme en salir del agua. Después se coloca de manera que mi miembro quede entre sus muslos. Entonces se mueve contra mí, sus caderas encontrando un ritmo lento y tentador. Cada roce, cada contacto, envía olas de placer a través de mi cuerpo, haciendo que me aferre a ella con más fuerza, deseando estar más cerca, más unido a ella.

El agua nos llega al pecho, envolviéndonos en su calidez, haciendo que cada caricia, cada movimiento, se sienta aún más intenso. El vapor subiendo en delicadas espirales alrededor de nosotros.

Mis manos recorren su espalda, bajando hasta sus caderas, guiando sus movimientos mientras nuestros cuerpos se sincronizan. Siento la calidez y humedad de su intimidad rozando mi erección, y cada deslizamiento me hace gemir de placer. Nessa se inclina hacia adelante, sus pechos presionándose contra mi pecho, sus pezones duros rozando mi piel, aumentando la intensidad de nuestras sensaciones compartidas.

—Nessie... —susurro con voz entrecortada, el deseo en mis palabras evidente.

Ella se mueve con más determinación, ajustando sus caderas para que mi miembro se deslice entre sus pliegues, provocando un roce directo contra su clítoris. El gemido que escapa de sus labios me enciende aún más, y siento cómo mi excitación crece, alimentada por sus sonidos y movimientos.

Con una mano en su cintura y la otra acariciando uno de sus pechos, aumento el ritmo de nuestros movimientos. El agua caliente se agita alrededor de nosotros, creando pequeñas ondas y llevándonos cada vez más cerca del borde. Se arquea contra mí, sus uñas clavándose suavemente en mis hombros mientras su respiración se vuelve más errática.

—Harry, te necesito... —jadea, su voz llena de anhelo.

Sin esperar más, me ajusto ligeramente y, con un movimiento fluido, ella guía mi miembro dentro de su cálida y apretada intimidad. El placer es inmediato, envolvente, y ambos dejamos escapar gemidos de satisfacción. Nessa comienza a moverse, sus caderas encontrando un ritmo profundo y constante que nos lleva a ambos al borde de la locura.

Cada embestida es un acto de adoración, mis manos recorriendo su cuerpo, sus manos en mi cuello, sus ojos fijos en los míos. El agua alrededor de nosotros chapotea suavemente, el calor del manantial intensificando nuestras sensaciones. El mundo desaparece, dejándonos solo a nosotros dos en una danza de placer.

—Más rápido, Harry... —susurra ella, sus labios rozando los míos.

Aumento el ritmo, nuestras respiraciones se entrelazan, y los gemidos de Nessa se vuelven más intensos, más desesperados. Siento cómo su cuerpo comienza a temblar, su interior apretándose a mi alrededor mientras se acerca al clímax. La sensación me lleva al borde, y me

aferro a ella con más fuerza, buscando ese punto final juntos.

—Nessa... —gimo, sintiendo cómo mi propio orgasmo se aproxima.

Con un último embiste profundo, ella se estremece y grita mi nombre, su cuerpo temblando contra el mío mientras su orgasmo la arrasa. La sensación de su liberación, el apretón rítmico de su interior, me lleva a mi propio clímax, y me derramo dentro de ella, nuestros cuerpos unidos en un momento de pura euforia.

Nos quedamos así, unidos, nuestras respiraciones entrelazadas, mientras el mundo vuelve lentamente a nosotros. El agua caliente se calma a nuestro alrededor, el vapor elevándose en delicadas espirales. La miro a los ojos, viendo la satisfacción reflejada en ellos, y la beso, perdiéndome en ella.

Es como si nuestros cuerpos se hubieran encontrado por fin, después de una búsqueda interminable.

Capítulo 18

Momentos más tardes, nos encontramos abrazados, disfrutando de la calidez del agua y de este momento de paz y satisfacción. Observo cada detalle de su cuerpo desnudo mientras mis dedos acarician su piel suave, explorando con ternura cada curva. Sus piernas, que antes eran una cola de sirena, descansan ahora tranquilas a mi lado.

—¿Cómo funciona? —pregunto, mi curiosidad mezclada con fascinación.

Nessa me mira con una chispa traviesa en los ojos y una sonrisa juguetona en los labios.

—Es un secreto de las sirenas —responde, guiñándome un ojo—. Un don mágico que nos permite cambiar de forma cuando estamos en el agua.

—Pero ahora estás en el agua y tienes piernas —observo, intrigado.

Ella se encoge de hombros con gracia.

—Se puede controlar. También puedo transformarme fuera del agua, aunque no sería práctico.

Mis dedos siguen acariciando sus piernas mientras intento imaginar la sensación de transformarse.

—¿Duele? —pregunto con suavidad.

Nessa suspira, pensativa.

—Al principio sí —confiesa—. Pero con el tiempo, deja de ser doloroso.

Asiento, absorbido por cada palabra, intentando entender todo al mismo tiempo.

—Me has ayudado a respirar en el agua —digo. Ella asiente—. ¿Tienes más... poderes?

Ella arruga la nariz, una expresión que no sé si es por diversión o molestia.

—Lo siento —me apresuro a decir—. En menos de una semana he descubierto que he viajado en el pasado, la ex de mi padre ha intentado secuestrarme para hacer a saber qué conmigo, y he descubierto que mi novia es una sirena. Sé que llegado a este punto ya nada debería sorprenderme, pero tengo preguntas.

Su sonrisa es reconfortante.

—Está bien, te responderé todas las preguntas que pueda. Es agradable poder hablar de esto con alguien. Y respondiendo a tu anterior pregunta, sí tengo más poderes de sirena —dice con un gesto teatral, haciéndome reír—. Puedo utilizar mi voz para hipnotizar a la gente, como obligarles a quedarse dormidos...

—¡Ah, así que fue eso! —exclamo, conectando los puntos.

Ella confirma con una risa suave.

—La voz de sirena es nuestra arma más poderosa, aunque nunca la había usado hasta ahora —admite, acurrucándose en mi pecho—. Tenía tanto miedo... Cuando supe que te habían capturado, temí lo peor...

—Espera, entonces, la voz que escuchaba cada noche... ¿eras tú?

Ella se sonroja.

—Desconocía que podías oírme hasta que me lo contaste, y después... No puedo evitarlo, el canto de una sirena no es sólo un arma, es nuestra forma de expresarnos.

Le acaricio el cabello con ternura.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —pregunto, curioso—. Me dijeron que... no querías volver a verme. Llegué a creerlo.

Nessa levanta la cabeza, su mirada encontrándose con la mía mientras sus dedos acarician mi mejilla.

—Morag le contó a mi padre que nos había visto juntos. Le dijo que me habías deshonrado.

Es verdad, aunque él nunca debió enterarse —explica con una sonrisa fugaz que ilumina su rostro—. Mi padre se enfureció, me encerró y solo me habló de tu captura cuando ya te habías ido.

—¿Y te dejó salir entonces? —pregunto con asombro.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—Me escapé con la ayuda de Moira.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Moira también es...?

—No —interrumpe, riendo—. Pero conoce mi secreto. Una vez se me transformó delante de ella por accidente mientras me bañaba. En lugar de gritar o delatarme, hizo todo lo posible por protegerme. Cree que las sirenas protegemos la isla, nos venera. Y gracias a eso, me salvó la vida.

—¿Nadie más conoce tu secreto? —pregunto, con la voz apenas un susurro en el aire cargado de confesiones.

Ella niega con la cabeza lentamente, pero luego inclina la cabeza hacia un lado, pensativa.

—Bueno, es probable que mi padre lo sepa, aunque nunca me ha visto en esa forma —responde con cautela.

—¿Cómo estás tan segura? —inquiero, mi curiosidad luchando por entender su mundo secreto.

—Porque mi madre era una sirena —dice en voz baja—. La primera vez que me transformé fue junto a Moira. Ella me llevó a la playa y me sumergió en el agua antes de que nadie pudiera verme. Fue entonces cuando apareció una sirena. Moira le pidió que me llevara con ella, asegurándome de que no estaría segura en el castillo. Así que me llevó.

“Durante días, desaparecí del mundo humano. Moira se inventó una excusa, diciendo que sufría de una fiebre terrible y que nadie podía entrar a mis aposentos. En el mar, conocí a mis hermanas. Ellas me enseñaron quién era realmente, me hablaron de mis orígenes y me contaron sobre mi madre, Mara.

—Las sirenas necesitamos a los hombres para procrear. Por eso usamos nuestras voces para atraerlos y seducirlos, para que siembren nuestros vientres y así mantener nuestro linaje —explica, su voz resonando con un toque de tristeza y poder ancestral—. Las sirenas solo tenemos hijas, y nuestras hijas siempre heredan nuestra magia.

Su mirada se pierde en el horizonte mientras continúa la historia.

—Pero Mara era ambiciosa. Ella quería que su hija fuera de la sangre del señor del castillo. Era su manera de demostrar que las sirenas éramos superiores a los hombres. Lo logró, sedujo a mi padre una tarde mientras él pescaba. Tuvieron encuentros secretos y Mara se quedó encinta, tuvo que desaparecer para proteger a su bebé. Pero durante ese tiempo separados, se dio cuenta de que se había enamorado de mi padre. Cuando nací, regresó a la superficie para presentarme a él.

Mi padre, lleno de ira y traición, comprendió el engaño. Se aseguró de que Mara pagara con su vida, la mató con sus propias manos en la misma playa en la que nos besamos aquella noche. Nadie sabe por qué me dejó vivir a mí, pero me llevó con él y obligó a su esposa a cuidarme como si fuera su propia hija, sin revelar nunca la verdad sobre mi origen.

Las palabras de Nessa llenan el espacio entre nosotros con una mezcla de melancolía y resistencia, mientras su historia se despliega como las olas que rompen en la costa, revelando secretos profundos y oscuros de un pasado entrelazado con magia y tragedia.

—¿Y qué hay de tus hermanas? ¿Las visitas a menudo? —pregunto, deseando saber más

sobre su vida secreta.

Una sonrisa ilumina su rostro, transformando su expresión en algo más suave y esperanzador.

—Siempre que puedo. Los días de bruma son perfectos para escabullirme y nadar con ellas. A diferencia de lo que se cree, la niebla no es causada por sirenas. Sus causas naturales son desconocidas incluso para nosotras. Tal vez sea la manera que tiene el mar de protegernos.

—¿El mar... os protege? —repito, tratando de comprender la magnitud de lo que dice.

Ella asiente con seguridad.

—Sé cómo suena, pero es cierto. Tenemos un vínculo con el mar. Nos comunicamos de maneras que no podría explicar. Es así como encontré el barco que te llevaba a bordo.

La idea de un mar protector, consciente, me deja asombrado. Imagino a Nessa, deslizándose su cuerpo en las aguas embrujadas por la niebla, encontrando consuelo y camaradería en los brazos de sus hermanas. El mar, vasto y misterioso, parece ahora un aliado silencioso, un guardián eterno de secretos profundos y antiguos.

—Es como si el mar fuera una extensión de vosotras, una parte de vuestra esencia —digo, admirado.

—Exactamente. El mar no solo nos da vida, también nos guía y nos protege. Es un lazo que trasciende lo humano. Por eso, cuando supe que te habían secuestrado, el mar me mostró el camino. Podía... sentirte.

Sus palabras resuenan en mí. Nunca había considerado el mar como algo más que un vasto y peligroso cuerpo de agua. Ahora, a través de sus ojos, lo veo como un ser vivo, lleno de intenciones y poder, un refugio y un hogar para Nessa y sus hermanas.

La tomo de la mano, apretándola con ternura. Su historia, llena de dolor y amor, de secretos y revelaciones, me ha acercado más a ella de lo que nunca creí posible.

—Gracias por contármelo, por confiar en mí —le digo con sinceridad, apretando su mano con ternura.

Ella sonríe y me da un beso suave en la mejilla.

—Gracias por no echarme a la hoguera —dice en broma, aunque puedo sentir una pizca de alivio real en sus palabras.

Nos quedamos en el agua toda la noche, admirando las estrellas que brillan sobre nosotros como diamantes en un manto de terciopelo oscuro. Es un momento de paz y conexión profunda, donde el tiempo parece detenerse y solo existimos nosotros y el universo. Pero poco antes del amanecer, las primeras gotas de lluvia comienzan a caer, rompiendo nuestra burbuja de serenidad.

—Tenemos que encontrar un lugar seguro —digo, sintiéndome responsable por todo lo que está pasando—. Al menos hasta que las cosas se calmen.

Ella asiente, su expresión sería ahora. Hemos vuelto a Eilean Solas, pero estamos en un lugar remoto, lejos del castillo y de la aldea. Aquí, el paisaje es indomable, una muestra de la naturaleza en su estado más puro y salvaje. Pero la humanidad siempre ha encontrado la manera de domesticar incluso los terrenos más hostiles.

Después de un día entero de caminar, nos encontramos con una cabaña abandonada en medio de la nada. Parece que ha pasado mucho tiempo desde que su anterior dueño la dejó atrás; la madera está desgastada y cubierta de musgo, las ventanas rotas y el techo parcialmente hundido. Pero, para nosotros, es un refugio perfecto en medio de nuestra incertidumbre.

Me acerco, abriendo la puerta con un crujido que resuena en el silencio del bosque, y entro en su interior.

Nessa entra detrás de mí, explorando el interior con la misma cautela que yo. A pesar del

abandono, hay una sensación de acogida en este lugar. La chimenea aún está intacta, y algunos muebles, aunque polvorientos y viejos, parecen utilizables.

—Podemos hacer de este lugar nuestro refugio temporal —dice ella, encendiendo una vela que ha encontrado en una estantería—. Al menos hasta que sepamos qué hacer.

La lluvia comienza a golpear el techo con más fuerza, creando un ritmo constante que nos envuelve. Sabemos que necesitamos mantenernos secos, así que pasamos la primera hora recogiendo ramas y hojas para cubrir las áreas más dañadas del techo. Trabajamos en silencio, sincronizados, mientras la tormenta continúa su furiosa sinfonía.

Una vez satisfechos con nuestro trabajo, preparamos un espacio para descansar. Aunque las circunstancias están lejos de ser ideales, hay una sensación de alivio en encontrar un lugar seguro. Nos acomodamos cerca de la chimenea, donde logramos encender un fuego que rápidamente llena la cabaña de un calor reconfortante. Las llamas bailan, proyectando sombras que parecen contar historias antiguas de este refugio olvidado.

Al día siguiente, con la luz del amanecer filtrándose a través de las grietas, dedicamos todo nuestro tiempo a reconstruir la cabaña. Nessa y yo trabajamos incansablemente, reparando el techo con ramas más fuertes y barro, asegurándonos de que cada grieta esté cubierta. Limpiamos los muebles, sacudiendo el polvo y las telarañas que los cubren, y encontramos algunos utensilios que aún son útiles.

Reparamos las ventanas con trozos de madera y tela, improvisando lo mejor que podemos. La chimenea se convierte en el corazón de nuestro refugio, siempre con un fuego encendido para mantenernos cálidos y cocinar. Poco a poco, la cabaña empieza a transformarse de un lugar abandonado en un hogar acogedor.

Capítulo 19

Los días pasan y mi vida con Nessa empieza a sonar diferente. El tiempo parece diluirse en una rutina que, aunque sencilla, se siente extraordinaria por la presencia de Nessa. Estamos aislados, nos faltan lujos para poder vivir a gusto, pero ella es todo lo que necesito en este momento.

Durante el día, trabajamos incansablemente en la casa y en conseguir comida. Cada mañana, nos levantamos con los primeros rayos del sol, listos para enfrentar las tareas diarias. Reforzamos las paredes de la cabaña, mejoramos el techo y encontramos maneras ingeniosas de hacer más acogedor nuestro refugio improvisado. Salimos juntos a buscar bayas y frutos silvestres, a pescar en el arroyo cercano y a cazar pequeños animales que nos proporcionan alimento. A veces, Nessa me muestra cómo utilizar plantas medicinales que crecen en la zona, conocimientos que ha heredado de sus hermanas sirenas.

Las noches, sin embargo, son nuestras. Nos las dedicamos el uno al otro sin restricciones, un escape de las duras realidades del día. La risa de Nessa, sus suspiros, sus palabras susurradas al oído, todo se convierte en un mantra que me llena de una paz indescriptible.

Una noche, después de haber hecho el amor, nos acurrucamos juntos frente al fuego. Nessa juega con mis dedos, trazando patrones invisibles en mi piel.

—Siento mucho todo esto —murmuro mirando a mi alrededor—. Ahora mismo podrías estar en la comodidad de tu hogar, rodeada de los lujos con los que has crecido. Quiero que sepas que puedes marcharte si lo deseas, no tienes que quedarte conmigo.

Ella levanta la mirada, sus ojos brillando con una intensidad que me desarma.

—Mi hogar eres tú, Harry —me dice con firmeza, sus palabras enredándose en mi corazón y dejándome sin aliento.

Yo la miro fijamente, jamás me acostumbraré a su belleza. Mi corazón se salta un latido, y por un instante, me siento completamente vulnerable ante ella.

—¿Y qué hay de ti? —continúa ella, su voz suave pero preocupada—. Podrías volver al futuro, con tu familia. Estarías más a salvo allí.

Puedo ver la tristeza en sus ojos mientras dice eso. Yo suspiro, sintiendo el peso de sus palabras.

—Para serte sincero, no tengo muy claro cómo viaje en primer lugar. Lo único que recuerdo es un anillo que ahora mismo ni siquiera tengo conmigo. Además... no sé si quiero... volver. Ya no —murmuro, acariciando su piel desnuda bajo las sábanas.

Sus ojos se suavizan con mi confesión, y siento que un nuevo nivel de entendimiento surge entre nosotros.

Entonces me inclino para besarle la piel sensible del cuello. Suspiro contra su piel, sintiendo su calor mientras mis labios recorren su cuerpo. Sigo bajando hasta sus pechos, lamiéndolos y mordisqueándolos suavemente. Sus gemidos suaves llenan la cabaña, mezclándose con el crepitar del fuego.

No puedo resistirlo; la deseo con una intensidad que nunca había conocido. Me hundo en ella de nuevo, poseyéndola con pasión, hasta que ambos nos quedamos saciados, envueltos en el calor de nuestra entrega.

El sol se cuela tímidamente por las rendijas de la cabaña, acariciando mi rostro y despertándome de un sueño placentero. Nessa duerme a mi lado, acurrucada entre mis brazos, su respiración tranquila y profunda. Observo su rostro, enmarcado por un revoltoso cabello azabache que la hace ver aún más preciosa. Sus labios, carnosos y ligeramente entreabiertos, me

invitan a un beso, pero no quiero perturbar su dulce sueño.

Con un movimiento suave, aparto un mechón de su cabello y la admiro en silencio. Su belleza natural me cautiva, me llena de una paz y una ternura que jamás había experimentado antes. A su lado, me siento completo, como si todas las piezas del rompecabezas de mi vida finalmente encajaran.

Con sumo cuidado, me levanto de la cama, procurando no hacer ruido. Salgo de la cabaña y me dirijo a la playa, donde el sol comienza a despuntar sobre el horizonte, tiñendo el cielo de una paleta de colores anaranjados y rosados que me llenan de energía. El aire fresco del mar invade mis pulmones mientras observo el tranquilo oleaje. No hay ni rastro de la niebla, pero por primera vez en mucho tiempo, no me importa lo más mínimo.

Una sensación de paz y tranquilidad me invade mientras contemplo la vastedad del océano, sintiendo que mis preocupaciones se desvanecen como olas rompiendo en la orilla.

Una parte de mí ya ha aceptado que nunca volveré a mi época. Y la verdad es que no ha sido tan difícil como imaginaba. Con Nessa a mi lado, siento que puedo enfrentar cualquier desafío que se me presente. Si esta es la vida que me espera, la acepto con gusto, siempre y cuando ella esté a mi lado. Aunque me hubiera gustado poder despedirme de mi familia.

Paso alrededor de una hora pescando en la tranquilidad de la playa. Agradezco a mi padre las enseñanzas de supervivencia que me transmitió, aunque ahora comprendo que tenían un significado más profundo. Si mis padres pertenecían a esta época, es lógico que quisieran asegurarse de que podía valerme por mí mismo. Tal vez supieran que, en algún momento, yo también haría mi viaje.

Estoy preparando el siguiente cebo cuando un grito desesperado rompe la quietud de la mañana. Es la voz de Nessa. Mi corazón se dispara en mi pecho y salgo corriendo hacia la cabaña, sintiendo un presagio funesto en mis entrañas.

Al llegar, la escena que encuentro me deja sin aliento: Nessa forcejea en el suelo con un hombre corpulento que intenta arrastrarla fuera de nuestro refugio. La furia se apodera de mí y, sin pensarlo dos veces, me abanzo sobre él como un animal acorralado.

Pero la superioridad numérica es evidente. Dos hombres más se me acercan, apuntándome con sus armas, obligándome a detener mi ataque y a levantar las manos en señal de rendición.

En ese momento, una figura emerge de las sombras. Es Magnus MacGregor, el padre de Nessa, y su mirada hacia ella me revuelve las tripas. La agarra del rostro con fuerza, sus dedos hundidos en su piel.

—¡Fuiste tú, ¿verdad?! —espeta con voz llena de rencor—. ¡Tú eres la responsable!

Nessa no pronuncia palabra, pero le sostiene la mirada con firmeza.

—¡Debí haberte matado junto a tu madre cuando tuve la oportunidad! —ruge él—. Aunque supongo que ese error tiene fácil enmienda.

Sus palabras activan todas mis alarmas. Forcejeo con los hombres que me sujetan en un intento de llegar a Nessa, de alejarla de su padre. Pero él me lanza una mirada severa, como si acabara de recordar que estoy aquí.

—Y tú... —dice con desprecio—. Ni siquiera puedo culparte de haber mancillado su nombre. Al fin y al cabo, las sirenas son criaturas malvadas y manipuladoras.

—¡No se atreva a hablar así de ella! —grito con furia.

Pero Magnus MacGregor solo se ríe con amargura.

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad? —dice acercándose a mí—. Déjame adivinar: fue amor a primera vista. Nunca has sentido nada parecido. Lo único que deseas es estar con ella, o mejor dicho, dentro de ella —pronuncia con una sorna que me llena de asco—. Chico, te ha

utilizado, te ha encantado para poder engendrar una criatura. Esa es la única razón por la que crees que la quieres, porque te ha hechizado.

—¡Eso no es verdad! —exclama Nessa— Harry, tienes que créeme. Nunca he utilizado mi voz contigo.

La miro a los ojos y por un instante, esa euforia, esa felicidad, esa sensación de hogar que solo ella me provoca me invaden. Pero la duda me carcome. ¿Y si el señor MacGregor tiene razón? Al fin y al cabo, él vivió el engaño de una sirena en carne propia.

—¡Harry! —me llama Nessa una vez más, con la voz llena de desesperación—. ¡Harry, tienes que créeme!

Una punzada de dolor en el pecho. No puedo negar lo que siento por ella, pero la semilla de la duda sembrada ha comenzado a germinar.

—¡Llévala! —ordena el señor MacGregor con frialdad.

Nessa se resiste con todas sus fuerzas, pero los hombres la arrastran fuera de mi vista. Sus gritos de súplica resuenan en mis oídos, pero me encuentro paralizado por la confusión.

¿Acaso el señor MacGregor tiene razón? ¿Me ha utilizado Nessa solo para engendrar una criatura? ¿Es todo nuestro amor una mentira?

Una mano se posa en mi hombro en un gesto que podría interpretarse como consuelo, pero yo solo siento la ira y la traición consumiéndome.

—No te culpes, chico —dice Magnus MacGregor con una voz falsa—. Son criaturas viles y muy astutas. No te guardo rencor por haberte dejado seducir por ella. Sin embargo, mi hermana está empeñada contigo. Y yo no soy quién para negarle su venganza.

Iris MacGregor me quiere de vuelta, y Magnus MacGregor me va a entregar a ella como si no fuera más que un objeto, un presente para aplacar su ira hacia mi familia. Sin embargo, no siento miedo, tampoco rabia. Por primera vez desde que conocí a Nessa, me encuentro en un vacío emocional absoluto. La duda que sembró el señor MacGregor en mi corazón ha crecido como una enredadera venenosa, asfixiando mis sentimientos y dejándome en un estado de apatía.

Me llevan a través de las colinas escarpadas, un camino tortuoso que se extiende por lo que parece una eternidad. El tiempo pierde todo significado mientras avanzamos, y las súplicas de Nessa, que me llama a cada paso, se desvanecen en el eco de mis propios pensamientos.

Finalmente, llegamos a la imponente fortaleza que domina el paisaje. Nuestros caminos se separan en ese punto: a mí me conducen a las lúgubres celdas que ya conozco. El destino de Nessa es un misterio para mí. No sé a dónde se la van a llevar.

Con una última mirada llena de lágrimas y súplicas, desaparece de mi vista, llevándose consigo la única luz que quedaba en mi corazón. Me hundo en la oscuridad de mi celda, sintiendo el peso de la soledad y la desesperación sobre mis hombros.

El tiempo se diluye en la monotonía de mi encierro, y la única luz que se filtra por la pequeña reja de mi celda es un recordatorio constante de la libertad que he perdido.

La imagen de Nessa me persigue día y noche. La duda que sembró Magnus MacGregor en mi corazón sigue latente, carcomiendo mi alma y alimentando mi desesperación. Ya no tengo esperanzas. Solo aguardo la llegada de Iris, la mujer que me condenará a un destino incierto. Mi mente se ha convertido en un refugio donde me escondo del dolor y la desolación.

Pero una noche, un sonido inesperado rompe la quietud de mi celda. Un forcejeo, un murmullo ahogado... Todo sucede tan rápido que apenas puedo procesar lo que está ocurriendo.

De repente, la puerta de mi celda se abre de golpe y tres figuras se dibujan ante mí. Retrocedo instintivamente, confundido y temeroso. Pero entonces, unos brazos familiares me rodean con fuerza y un aroma conocido invade mis fosas nasales.

Abro los ojos como platos, incrédulo. No puede ser. No puede ser real.
—¿Mamá?

Capítulo 20

Mi madre solloza en mi hombro mientras me sostiene contra su cuerpo con fuerza. Sus lágrimas empapan mi camisa.

Entonces, las otras dos figuras se acercan también. Sus rostros, antes desconocidos para mí, ahora se iluminan con una mezcla de alegría y preocupación.

—Hijo, ¿estás herido? —me pregunta mi padre con urgencia, sus ojos recorriendo mi cuerpo en busca de cualquier signo de daño.

—Tenemos que sacarlo de aquí cuanto antes —escucho la voz de mi tío Lachlan, su tono firme y decidido—. No hay tiempo que perder.

Parpadeo varias veces, sin poder creer lo que está sucediendo. Mis padres, mi tío... Están aquí, frente a mí. ¿Es esto real? ¿O acaso he sucumbido a una alucinación producto del encierro?

Extiendo la mano y toco el rostro de mi madre. Su piel es suave y cálida, como recordaba.

—Mamá —susurro, mi voz apenas audible—. ¿Eres tú?

Ella asiente con la cabeza, una sonrisa radiante iluminando su rostro.

—Sí, hijo, soy yo. Hemos venido a buscarte.

En ese momento, las dudas y los miedos se disipan como la niebla al amanecer. La alegría me invade, llenando cada rincón de mi ser. Estoy a salvo, voy a volver a casa.

Mis padres y mi tío me ayudan a deshacerme de las ataduras que me aprisionan. Me pongo en pie, sintiendo una mezcla de emociones que recorren mi cuerpo: alivio, felicidad, incredulidad.

Mi padre me abraza con fuerza, sus brazos fuertes y protectores me brindan un refugio seguro. Mi tío me da una palmada en la espalda, un gesto de camaradería que me hace sentir bienvenido.

—Toma —dice mi padre, entregándome el anillo que me trajo hasta aquí en primer lugar. Lo miro con recelo, temeroso de lo que pueda significar.

—Lo encontramos en tu cuarto y supimos inmediatamente lo que había ocurrido —explica mi madre, su voz llena de una emoción que no puedo descifrar.

—¿Así que es cierto? ¿Esta es vuestra época? —digo con la voz temblorosa.

—La de tu padre y la mía sí —responde mi tío—. Tu madre en cambio, nació en el futuro.

Sus palabras me dejan sin aliento. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Viajé al futuro sin querer, donde nos conocimos —explica mi padre, mirando a mi madre con una mezcla de amor y nostalgia—. Decidí volver, pero tu madre vino tras de mí a buscarme. Digamos que no fueron unas vacaciones precisamente, y decidimos continuar nuestras vidas en una época más segura.

—Yo llegué después y decidí quedarme —explica Lachlan, su tono de voz serio y reflexivo.

Siento que mi cabeza va a estallar. Toda mi familia ha viajado en el tiempo. Es una idea tan descabellada que apenas puedo procesarla.

—Antes de que nacieras, fundimos los anillos para evitar que algo así volviera a suceder —explica mi madre, acariciándome el rostro con ternura—. No sé cómo ni por qué apareció esto en tu cuarto, pero no importa. Ahora póntelo y volvamos.

—¿Cómo supisteis dónde estaba? ¿Cómo habéis vuelto si no hay más anillos? —digo todavía confundido.

Mi madre suspira con urgencia.

—Tu tía Kat desciende de un largo linaje de brujas —explica Lachlan—. Ella fue quien te encontró y nos confeccionó estos anillos que nos permitirían venir a buscarte.

La revelación me deja atónito, como si una bomba acabara de estallar en mi interior. Brujas,

viajes en el tiempo, anillos mágicos, sirenas... Todo parece sacado de una historia de fantasía, de un cuento de hadas inverosímil. Pero estoy aquí, frente a mi familia, y sé que todo es real.

Mi padre me ofrece el anillo, su rostro lleno de una mezcla de esperanza y urgencia. Lo cojo entre mis manos, sintiendo el frío metal contra mi piel. La tentación de ponérmelo y regresar a mi época, a mi hogar, es casi irresistible. Pero algo me detiene, una fuerza invisible que me impide dar ese último paso.

La imagen de Nessa invade mi mente, sus ojos llenos de lágrimas y súplica. La amenaza de muerte de su padre retumba en mis oídos, una sentencia que hiela mi sangre y congela mi corazón. Independientemente de que lo que siento por ella es real o no, hay algo que tengo claro: no quiero que muera. No puedo permitirlo, simplemente no puedo.

La duda que sembró Magnus MacGregor en mi corazón sigue latente, una semilla de desconfianza que amenaza con brotar y destruirlo todo. Pero al mismo tiempo, una parte de mí se aferra a la esperanza, a la creencia de que el amor que siento por Nessa es real, puro y verdadero.

Cierro los ojos, apretando con fuerza el anillo entre mis dedos. La decisión me atormenta, dividiendo mi alma en dos. Por un lado, el deseo de volver a casa, de reencontrarme con mi familia y con la vida que dejé atrás. Por otro, la necesidad de proteger a Nessa, de salvarla de un destino cruel e inmerecido.

En ese momento, una oleada de determinación recorre mi cuerpo. No puedo ceder a la duda, ni a la cobardía. Nessa me necesita, y yo no la abandonaré.

Un rugido de valor brota desde mi interior, silenciando mis miedos.

—No puedo irme todavía —les digo a mis padres y a mi tío con voz firme, a pesar del temblor que la recorre—. Nessa está en peligro y tengo que ayudarla.

Mis palabras los desconciertan. Sus rostros se nublan con una mezcla de asombro y preocupación.

—¿Quién es Nessa? —pregunta mi padre con el ceño fruncido.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, como si fuera a estallar.

—*Mo chridhe*, la mujer a la que amo —respondo con una convicción que me sorprende incluso a mí mismo.

Mis padres intercambian miradas significativas. Puedo ver un atisbo de terror en sus ojos, y por un momento, temo que me obliguen a ponerme el anillo y a volver en contra de mi voluntad. Pero no ocurre. En lugar de eso, se acercan a mí y me brindan su apoyo incondicional.

—Dinos qué necesitas —dice mi madre con voz suave, extendiéndome su mano.

Un torrente de alivio me invade. Sé que puedo contar con ellos, que no me abandonarán en este momento crucial.

—Hay que averiguar dónde la tienen encerrada —respondo con determinación—. Y creo que sé quién podría ayudarnos —agrego, una idea formándose en mi mente.

Juntos, elaboramos un plan de acción, nuestras mentes trabajando en conjunto como un engranaje perfecto. Sé que este es el comienzo de una batalla épica, una lucha por el amor, la justicia y la libertad. Pero estoy decidido a salir victorioso. Nessa me espera, y no me rendiré hasta que la tenga a salvo entre mis brazos.

Nuestro primer paso es encontrar a Moira. Ella es la única que conoce el secreto de Nessa y que la ha protegido desde su infancia. Sin embargo, hay un problema: para dar con ella, debemos entrar en el castillo.

Aprovechando la confusión generada por la llegada de mi familia, nos apoderamos de las túnicas de dos guardias que me custodiaban. La oscuridad de la noche nos permite actuar con sigilo, moviéndonos como sombras entre las murallas del castillo.

Nos movemos con cautela por los pasillos del castillo, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. La tensión es palpable, y el silencio solo se rompe por el ocasional sonido de las botas de los guardias patrullando.

Finalmente, llegamos a una habitación donde se encuentra Moira reponiendo las velas. Con un profundo respiro, entramos y cerramos la puerta tras nosotros.

La doncella Al vernos, se sobresalta, sus ojos se abren de par en par y un grito ahogado amenaza con escapar de sus labios.

—¡Silencio! —le susurro, tapándole la boca con una mano antes de que pueda alertar a los guardias. Me destapo el rostro y la miro con intensidad.

—Soy yo, Harry MacLeod —le digo con voz firme—. Ellos son mi familia. Hemos venido a rescatar a Nessa.

Moira me mira con recelo, sus ojos llenos de desconfianza. Sin embargo, al reconocer mi rostro y ver la determinación en mis ojos, su expresión se suaviza.

—Oh, querido —solloza, extendiendo una mano temblorosa hacia mí—. Qué alegría saber que estás bien. No sabía qué había sido de ti después de...

La detengo con un gesto suave, cortando su relato.

—Lo sé, Moira —le digo con compasión—. Te lo explicaré todo más tarde. Pero ahora, lo importante es Nessa. ¿Sabes dónde está?

Moira suspira con resignación, secándose las lágrimas con un pañuelo de tela basta.

—Sí, pero no dejan que nadie se acerque —dice Moira con voz temblorosa, la preocupación reflejada en sus ojos—. No podréis llegar a ella sin enfrentaros a los guardias. Magnus MacGregor ha puesto a sus mejores hombres a custodiarla.

Un nudo de tensión se forma en mi estómago mientras asimilo la gravedad de la situación. Sabía que no sería fácil, pero no puedo permitirme dudar ahora.

Moira nos da la ubicación precisa: Nessa está en lo alto de la torre del ala oeste, un lugar custodiado y vigilado intensamente. Nos detalla todo lo que puede, desde cómo llegar hasta allí hasta los turnos de los guardias.

—Gracias, Moira. Lo sabremos manejar —respondo, intentando sonar más seguro de lo que me siento.

Moira asiente con un gesto de apoyo, aunque su expresión sigue siendo una mezcla de angustia y esperanza. Nos miramos un momento, compartiendo un silencioso entendimiento de lo que está en juego.

Después, mis padres, mi tío y yo, nos apresuramos a salir de la habitación.

Capítulo 21

La atmósfera dentro del castillo es tensa mientras nos acercamos sigilosamente a la imponente torre. Nos movemos con cautela, buscando cualquier indicio de guardias que puedan acechar en las sombras.

A medida que nos adentramos más en el corazón del castillo, el aire se vuelve más denso, cargado de la historia y la intriga que envuelve a este lugar. Las antorchas parpadean en las paredes, proyectando sombras inquietantes que se retuercen en los rincones oscuros. El silencio es interrumpido solo por el eco lejano de nuestros pasos y el murmullo distante de voces que flotan desde otras partes del castillo.

—Tenemos que encontrar una entrada segura hacia arriba —susurra mi tío Lachlan, manteniendo su voz baja para evitar ser escuchado. Yo asiento, mis ojos escudriñando cada pasillo y puerta que se abre ante nosotros.

Nos deslizamos por pasillos laberínticos, sorteando obstáculos con la esperanza de encontrar una escalera oculta o un acceso menos vigilado hacia la torre. Cada puerta cerrada representa una incógnita, una posibilidad de éxito o fracaso en nuestra misión desesperada por salvar a Nessa de las garras de Magnus MacGregor.

El tiempo parece expandirse y contraerse mientras avanzamos, cada segundo que pasa aumentando la ansiedad que pesa sobre nuestros hombros. Sabemos que cada momento cuenta, que el destino de Nessa pende de un hilo mientras nos acercamos lentamente a nuestro objetivo.

Finalmente, encontramos una escalera estrecha y mal iluminada que se eleva hacia las alturas de la torre. Intercambiamos una mirada determinada y comenzamos a ascender.

El ascenso es lento y silencioso, nuestros cuerpos tensos y listos para cualquier eventualidad. Las paredes de piedra rugosa están salpicadas de musgo y humedad, testigos mudos de siglos de historias y secretos guardados. A medida que avanzamos, el murmullo distante de voces se desvanece, reemplazado por el eco sordo de nuestros propios pasos.

Finalmente, llegamos a la parte superior de la escalera y nos encontramos frente a una puerta pesada de madera custodiada por tres guardias. Mi padre y mi tío se miran entre sí, sus ojos llenos de determinación, y asienten en silencio.

En un rápido movimiento, se abalanzan sobre ellos. Y, tras despejar a los guardias con un golpe certero y sigiloso, mi madre y yo nos abrimos paso hacia la habitación custodiada. La puerta se abre con cautela, revelando un escenario sombrío iluminado por una tenue antorcha en la pared. El corazón late rápido mientras avanzamos con precaución, cada paso marcado por la tensión palpable en el aire.

En el centro de la habitación, una caja de cristal llena de agua verdosa captura mi atención de inmediato. En su interior, Nessa yace inconsciente en su forma de sirena, su rostro pálido bajo el agua. Mis emociones se mezclan entre el alivio de haberla encontrado y la angustia por su estado vulnerable.

—Nessie —susurro con voz temblorosa, acercándome rápidamente a la caja—. Rápido, ayúdame a sacarla de aquí. Busca algo con lo que podamos romper el cristal.

Pero mi madre se queda paralizada por un instante.

—Es... una sirena —murmura, incapaz de apartar la mirada.

—Mamá, necesito tu ayuda ahora más que nunca —insisto con urgencia, sintiendo cómo el tiempo se escurre entre mis dedos.

Ella asiente, sacudiendo la incredulidad de sus ojos. Mientras busco desesperadamente un

cerrojo o algún mecanismo de apertura, mi madre aparece con determinación, sosteniendo un ladrillo que golpea el cristal con fuerza. Tras unos intentos angustiosos, el cristal cede finalmente. El agua sale a borbotones, empapando el suelo y liberando a Nessa de su prisión acuática.

La sostengo con cuidado antes de que toque el suelo, sintiendo el frío de su piel y el débil latido de su corazón. Reviso sus constantes vitales con alivio contenido mientras mis dedos buscan signos de vida. Un suspiro escapa de mis labios cuando confirmo que sigue respirando, aunque débilmente.

—Está débil, pero está viva —anuncio, mirando a mi madre con gratitud y alegría mezcladas—. Vamos, saquémosla de aquí.

Pero antes de que podamos alzarla, una sombra se materializa tras nosotros. Magnus MacGregor, con una sonrisa despiadada en el rostro, bloquea nuestro camino hacia la libertad. Está armado y parece estar completamente preparado para enfrentarse a cualquier intrusión en su reino.

—Así que sigues sin poder deshacerte de su encantamiento —dice Magnus con voz burlona, sus ojos brillando con malicia—. Qué decepcionante.

Mi madre se tensa a mi lado y se coloca delante de mí.

—¿Y tú quien eres? —le pregunta con desdén, luego hace un movimiento con la mano— No importa, te llevaré a las mazmorras junto a ellos —dice haciendo referencia a mi padre y mi tío, quienes están en el suelo inmovilizados por la horda de guardias que ha aparecido de repente.

—¡Ewan! —exclama mi madre.

—¡Estamos bien! —responde mi padre.

Magnus MacGregor se acerca lentamente, cada paso resonando en la habitación ahora tensa. Su presencia es imponente, y su mirada despiadada parece atravesarnos como dagas afiladas. A pesar de la situación desesperada, mi madre se mantiene firme, desafiante frente a él.

—No dejaré que te salgas con la tuya, Magnus —declaro yo mientras me pongo en pie con determinación.

Magnus suelta una risa breve y cruel.

—Oh, pero ya lo he hecho —responde con frialdad, señalando hacia Nessa—. Es demasiado tarde para ella. Lleva dos días sumergida en ese agua, que contiene la flor negra, conocida como la Espina de la Bruja del Mar. Si no lo sabías, es mortal para las sirenas.

Un gruñido de rabia escapa de mi garganta mientras observo impotente a Nessa, inconsciente y pálida a mis pies.

Mis pensamientos se agitan frenéticamente en busca de una solución mientras observo a Magnus y su guardia armada que nos rodean implacables. La situación parece más desesperada con cada instante que pasa.

Todo esto es culpa mía. Si no hubiera permitido que las palabras venenosas de Magnus me afectaran, nada de esto estaría sucediendo. Me dejé influenciar, permití que se la llevara sin ofrecer resistencia. Ahora, Nessa, y todos nosotros estamos en peligro mortal por mi culpa.

—Guardias, lleváoslos de aquí de una vez —dice Magnus con desprecio, como si fuéramos poco más que unas moscas molestas.

El tono de Magnus resuena en la habitación, autoritario y lleno de malicia. Siento la mirada de los guardias clavada en nosotros, listos para obedecer sus órdenes sin cuestionamientos. La sensación de impotencia me agujijonea mientras busco desesperadamente una salida, una manera de revertir el terrible destino que se cierne sobre nosotros. Pero no la encuentro, y los guardias nos inmovilizan sin apenas esfuerzo, tal y como han hecho con mi padre y mi tío.

Nos revolvemos contra ellos sin éxito y yo miro una última vez a Nessa, totalmente ajena a lo que ocurre a su alrededor. Le queda muy poco tiempo. Tal vez pueda hacer algo por ella si actúo ya, pero sé que no va a ser posible. Magnus MacGregor no me lo va a permitir. Nessa... va a morir. Y, probablemente, nosotros también.

Pero entonces una melodía llega a mis oídos. La identifico al instante, es una sirena. No, espera, son varias voces. Y su melodía es distinta a la que Nessa cantaba bajo mi ventana. Hay algo oscuro en ella, algo... terrible.

—¡Papá, Lachlan, tapaos los oídos! —les aviso con urgencia mientras yo hago lo mismo.

Justo en ese instante, los guardias se detienen. Sus ojos se vuelven opacos y sus cuerpos flácidos. Nos sueltan sin prestar atención a sus actos y, uno a uno, empiezan a salir de la habitación y a descender por las escaleras. Magnus se tapa los oídos, pero mi madre se lanza hacia él y le sujeta las manos con fuerza, obligándole a escuchar la canción. En apenas unos instantes, su consciencia se desvanece y sigue al resto.

La melodía envuelve la habitación, tejiendo una magia oscura que controla a los guardias y a Magnus. Mis manos tiemblan de emoción y alivio mientras contemplo cómo la influencia de la música salva nuestras vidas. Nos mantenemos en silencio, siguiéndolos a distancia para evitar escuchar los cánticos que los controlan. Los sirvientes, sorprendidos y atónitos, dejan sus quehaceres para observar el inusual desfile.

Los hombres de Magnus marchan en fila, obedeciendo la hipnótica llamada de las sirenas. Magnus, aunque parece tener más resistencia que el resto, se ve obligado a seguir el mismo destino que sus hombres.

Observo cómo salen del castillo, uno tras otro, sus movimientos mecánicos y sin voluntad propia bajo el influjo de la canción. El espectáculo es surrealista y aterrador a la vez, recordándome la fragilidad de las barreras entre lo humano y lo sobrenatural.

Los seguimos hasta el acantilado, desde donde podemos ver a cientos de sirenas asomando sus cabezas en el agua mientras cantan. Nessa yace en mis brazos, su larga cola de sirena se extiende sobre mis antebrazos. Las sirenas, al verme, muestran rostros enfurecidos, llenos de ira ante la desgracia de una de sus hermanas.

Entonces, una de ellas se destaca entre las demás, elevando su voz sobre el coro. El primer hombre controlado por la canción se arroja al agua. La sirena lo recibe con los brazos abiertos, sus garras afiladas rasgando su carne mientras lo arrastra hacia las profundidades. Un grito ahogado emerge del mar, seguido por un silencio sepulcral.

El horror se apodera de mí. Observo cómo los demás hombres sucumben al canto de las sirenas. Uno por uno, se lanzan al mar, sus cuerpos desapareciendo bajo las olas para no volver a ser vistos.

Finalmente, solo queda Magnus. Su rostro está pálido y demacrado, sus ojos vidriosos y vacíos.

La marea sube con una rapidez alarmante, amenazando con engullirnos. Me encuentro al borde del acantilado, mis pies rozando la espuma del mar. Una de las sirenas se acerca a él y le sisea en la cara, amenazante.

—Por favor, piedad —suplica Magnus con una voz apenas audible. Su cuerpo está empapado en sudor y su mirada refleja un terror indescriptible. Juraría que se ha orinado encima.

Pero la sirena lo mira con desprecio.

—Tú mataste a mi hermana —dice la sirena con un acento de lo más exótico—. Y ahora quieres arrebatarme la vida a su hija. Tú no mereces piedad.

Comienza a cantar de nuevo, y su melodía es tan hermosa que me roba el aliento. Me olvido

del peligro, del horror que me rodea, y me dejo llevar por la música. Mis pies avanzan sin control, acercándome cada vez más al borde del acantilado.

En el último momento, la sirena deja de cantar. Me mira con una expresión indecifrable.

—Tú no —me advierte, después mira a Nessa en mis brazos y se acerca a mí mientras Magnus se mantiene inmóvil en su sitio—. Podemos salvarla, pero debe venir con nosotras —me dice, sus ojos clavados en mí.

Miro a Nessa. La idea de separarme de ella me desgarrar el corazón. Pero sé que en tierra no tiene futuro, que está condenada a morir.

Me inclino sobre ella y la beso en los labios. Están fríos, sin vida. Reprimo un sollozo y la entrego en los brazos de la sirena.

—Sálvala, por favor —le suplico con la voz rota.

La sirena me escudriña con una intensidad que me hace estremecer. Luego, sin decir una palabra, toma a Nessa en sus brazos y la lleva hacia sus hermanas. La veo desaparecer bajo las olas, y un dolor indescriptible me invade el pecho.

—Eres un buen hombre, Harry MacLeod —habla de nuevo la criatura—. Mis hermanas y yo estamos en deuda contigo. Nunca recibirás ningún daño por nuestra parte —me asegura antes de clavar sus garras en el pecho de Magnus MacGregor y arrastrarlo hacia las profundidades.

La marea baja lentamente, dejando tras de sí un silencio sepulcral. La isla yace inmóvil bajo la luz de la luna, como un escenario vacío tras la caída del telón. Poco a poco, mi mente procesa lo que acaba de ocurrir. Nessa está a salvo, pero no sé si volveré a verla. Y, por otra parte, Magnus MacGregor ya no es una amenaza. Me siento agotado, física y emocionalmente, como si hubiera vivido una eternidad en tan solo unas horas.

De repente, una mano cálida se posa en mi hombro. Giro la cabeza y encuentro la mirada llena de ternura de mi madre. Mi padre y mi tío, magullados pero vivos, se acercan a nosotros. Un sentimiento de alivio me invade al verlos. Estamos a salvo. O eso creemos.

En ese momento, una figura emerge de la oscuridad. Es Iris MacGregor, la hermana de Magnus. Su rostro está pálido y sus ojos enrojecidos por el llanto. Se acerca a nosotros con pasos vacilantes, como si cada movimiento le costara un esfuerzo sobrehumano.

—Tú... —señala con el dedo tembloroso a mi madre— Maldita zorra... No tenías suficiente con robarme a mi marido, si no que además traes aquí a tu engendro para seguir humillándome y matar a mi hermano...

Mi padre intenta calmarla, pero ella lo esquivo con rabia.

—¡Sois todos unos...! —grita con voz entrecortada por la ira— ¡Voy a hacer que paguéis por esto, vais a ver...!

En un movimiento brusco, saca un cuchillo de su bolsillo y lo apunta hacia mi madre, con la intención de atacarla. Nos ponemos en tensión, preparados para defenderla. Pero en ese preciso momento, un chapoteo a nuestra espalda nos sobresalta.

Detrás de nosotros, la misma sirena que se ha llevado a Magnus emerge de las aguas. Con una fuerza descomunal, agarra a Iris por el vestido y la arrastra hacia el borde del acantilado. Sus gritos de terror resuenan en el aire mientras la sirena la lanza hacia las olas embravecidas. Su cuerpo desaparece bajo la superficie, dejando tras de sí un silencio sepulcral.

Nos miramos unos a otros, con el corazón palpitando con fuerza. La tensión ha sido tan intensa que apenas podemos articular palabra. Finalmente, mi tío Lachlan rompe el silencio con una voz temblorosa:

—De acuerdo, necesito una copa.

Capítulo 22

Entramos en el castillo, sintiendo las miradas atónitas de los sirvientes que han presenciado el desenlace de la batalla. Entre ellos, distingo a lady Isobel MacGregor, la esposa de Magnus. Sus ojos, desorbitados por el horror, se clavan en nosotros.

Sin embargo, a pesar de su evidente aflicción, se hace a un lado y nos permite pasar.

Un silencio sepulcral envuelve la fortaleza mientras nuestros pasos resuenan en el frío suelo de piedra. La tensión en el aire es palpable, y no puedo evitar preguntarme qué ocurrirá ahora que la verdad sobre las sirenas ha sido revelada al mundo. Un secreto celosamente guardado durante siglos, ahora sale a la luz, trastornando por completo el equilibrio de la isla.

Sin duda, habrá muchos como Moira, quienes, fascinados por las criaturas marinas, desearían quedarse en Eilean Solas para siempre. Pero también habrá otros, la mayoría, que huirán despavoridos al conocer la existencia de estos seres míticos. Los más insensatos, incluso, podrían llegar a considerarlas una amenaza y buscar su exterminio.

Un escalofrío recorre mi espalda al imaginar las repercusiones que este evento tendrá en el futuro de la isla. ¿Se convertirá Eilean Solas en un lugar de peregrinaje para aquellos que buscan la aventura y lo sobrenatural? ¿O se convertirá en un objetivo para aquellos que ven a las sirenas como una abominación?

De repente, una nueva melodía envuelve la isla. Cientos de voces al unísono, una canción tranquila como una nana que invita al sueño. Los sirvientes empiezan a dormitar, todos menos mis padres, Lachlan y yo. Entonces, una mujer completamente desnuda entra por la puerta como si nada. Sus pasos son felinos, sus movimientos fluidos, y sus rasgos tan bellos que no hay duda: es una sirena en su forma humana.

Se acerca a nosotros con una gracia hipnótica, sus ojos brillando con un conocimiento antiguo.

—Nadie en Eilean Solas recordará lo ocurrido hoy. Nadie, excepto vosotros, como regalo por vuestra ayuda —dice con una voz suave y melodiosa. Su presencia es imponente y serena a la vez, como si la fuerza del océano se concentrara en su frágil figura.

Nos mira intensamente, asegurándose de que entendemos la gravedad de sus palabras. Luego, con la misma elegancia con la que llegó, desaparece entre los cantos de sus hermanas. La melodía continúa, envolviendo la isla en un hechizo de sueño profundo. Poco a poco, todos los habitantes de Eilean Solas se sumergen en un sueño tranquilo, sus recuerdos de las sirenas borrados por completo.

Cuando la melodía termina, toda la isla duerme profundamente. Nadie recordará nada. Nos quedamos en silencio, asimilando lo que acaba de ocurrir. La responsabilidad de mantener este secreto ahora recae sobre nosotros, y el peso de esa carga se siente inmenso. Pero, por Nessa y por el equilibrio de este lugar, lo llevaremos con honor.

—Debemos regresar —anuncia entonces mi padre.

Sujeta a mi madre entre sus brazos mientras tiembla. Ahora comprendo por qué huyeron de aquí, y lo mucho que les habrá costado venir a buscarme. Toda la parte emocional que eso implicaba. La historia, los sacrificios, el dolor de abandonar un hogar y una vida que amaban por la seguridad de su familia.

—Lo siento —murmuro, sintiendo una mezcla de gratitud y culpa—. No sabía que el anillo... No quería preocuparos ni que sufrierais todo esto...

Mi madre se acerca, su rostro cansado pero lleno de amor y comprensión. Me envuelve en un

abrazo cálido, y por un momento, todo el miedo y la incertidumbre se desvanecen.

—Nada de esto es culpa tuya, Harry —dice con suavidad—. Hicimos lo que teníamos que hacer, y tú has demostrado una valentía que nunca imaginé. Estamos muy orgullosos de ti.

—Ahora volvamos y olvidemos todo esto —dice mi tío levantándose de su asiento.

Pero yo miro a mi madre, y sé, por la tristeza en su mirada, que lo sabe. Me abraza con más fuerza y solloza contra mi hombro.

—¿Qué ocurre? —pregunta Lachlan acercándose a nosotros.

Mi padre, con lágrimas en los ojos, asiente con comprensión.

—Harry no va a acompañarnos, hermano.

Mi tío frunce el ceño, confuso, pero mi madre sigue abrazándome, sus lágrimas mojando mi camisa.

—Lo siento —digo con voz temblorosa—. No puedo irme. Nessa...

Lachlan suspira y se pasa una mano por el cabello, claramente angustiado.

—Harry, esto no es una decisión que debas tomar a la ligera. La vida aquí es peligrosa, y no sabemos qué más podría ocurrir.

—Lo sé —respondo, mi voz firme a pesar del nudo en mi garganta—. Pero Nessa está en algún lugar del océano, y si hay una oportunidad de que pueda encontrarla de nuevo... Debo quedarme.

Mi madre se separa un poco, sus manos temblorosas sosteniendo las mías.

—Debí imaginarlo cuando vi el anillo —dice forzando una sonrisa—. Supongo que es algo así como la maldición MacLeod. Os empeñáis en encontrar a vuestras almas gemelas a través de los tiempos.

Sus palabras resuenan en mi corazón, llenándome de un calor reconfortante y una tristeza profunda. Mi padre se acerca, su presencia fuerte y serena, y coloca una mano firme en mi hombro. Sus ojos, siempre tan llenos de sabiduría, ahora brillan con un orgullo y tristeza que me hace sentir más digno y más pesado al mismo tiempo.

—Eres un buen hombre, hijo. Te apoyamos, aunque nos duela dejarte aquí.

Asiento, tragando el nudo en mi garganta mientras miro a mi familia. Este es el adiós más difícil que he tenido que enfrentar, pero sé que es lo correcto. Me despido de ellos con abrazos y palabras que no parecen suficientes para expresar todo lo que siento.

Finalmente, salimos al exterior, donde los veo colocarse sus respectivos anillos. Todo pasa muy deprisa. En un instante, un destello de luz los envuelve y, de repente, ya no están aquí. El lugar donde estaban parece vaciarse de repente, como si la isla misma sintiera su ausencia. La brisa marina acaricia mi rostro, trayendo consigo el olor salado del océano y un extraño consuelo.

Miro el vasto océano ante mí, con la determinación de encontrar a Nessa y proteger el secreto de las sirenas. La aventura no ha terminado, y mientras haya esperanza, seguiré adelante. La isla está en silencio, pero mi corazón late con fuerza, sabiendo que mi camino, aunque solitario, está lleno de propósito.

Capítulo 23

Han pasado dos años desde la batalla en la playa y la desaparición de Nessa. El tiempo ha transcurrido lentamente en la isla de Eilean Solas, marcada por la tragedia y el misterio. Yo he decidido quedarme en el castillo, sirviendo como médico a la viuda Lady MacGregor, quien aún llora la pérdida de su marido, Magnus.

Conseguí el trabajo tras la desaparición del doctor Alasdair. Una parte de mí teme haya sido una de las víctimas de las sirenas aquella fatídica noche. Sin embargo, me niego a alimentar ese pensamiento.

Morag, quien se disculpó sinceramente por haber revelado nuestro secreto a Iris MacGregor, se ha convertido en mi fiel ayudante. Su arrepentimiento y lealtad me han permitido perdonarla y construir una fuerte amistad con ella. De todas formas, nunca la culpé completamente por todo lo ocurrido. Su bondad y diligencia en el trabajo han sido un pilar de apoyo constante en estos tiempos difíciles.

Según la versión oficial, Magnus y Nessa naufragaron en el mar durante su viaje a Inverness, donde Magnus pretendía casarla. Y, casualmente, Iris iba con ellos. Una mentira que se ha tejido con cuidado para ocultar la verdad y proteger el secreto de las sirenas y que yo me he esforzado por mantener.

La isla de Eilean Solas ha vuelto a la quietud, aparentando una normalidad que solo yo sé que es falsa. El recuerdo de las sirenas y su canto hipnótico aún resuena en mi mente, un constante recordatorio de la magia y el peligro que se esconden bajo las olas.

A pesar de la tristeza y la incertidumbre, he encontrado un nuevo propósito en mi trabajo como doctor. Ayudar a los enfermos y aliviar su sufrimiento me da una razón para seguir adelante, para encontrar la luz en medio de la oscuridad.

En mi tiempo libre, me dedico a investigar la historia de las sirenas. He reunido libros antiguos, pergaminos polvorientos y relatos orales que me acercan un poco más a Nessa. Cada descubrimiento, por pequeño que sea, es un paso más hacia ella. Es como armar un rompecabezas con piezas dispersas, cada fragmento me da una visión más clara del mundo al que Nessa pertenece.

Cada noche, antes de acostarme, miro hacia el mar. La imagino nadando entre las olas, libre y feliz. Su recuerdo me da fuerza para seguir adelante, para no rendirme en mi búsqueda. Sé que algún día la encontraré. Sé que nuestros caminos volverán a cruzarse. Y cuando ese día llegue, estaré preparado para afrontar lo que sea necesario para protegerla y defender el secreto de las sirenas.

Un día, mientras reviso los diarios antiguos de un pescador local, encuentro algo que despierta mi curiosidad. Entre las páginas amarillentas y desgastadas, hay varias entradas que mencionan unas coordenadas específicas en el mar, un lugar que, al parecer, todos los pescadores deben evitar a toda costa. Las descripciones son vagas, pero lo suficiente para captar mi atención: "Aguas peligrosas", "Rocas traicioneras", "Nadie regresa igual". Algo en estas palabras me intriga profundamente, una sensación que se intensifica con cada entrada que leo.

La curiosidad se convierte en una necesidad imperiosa de saber más. No puedo ignorar la sensación de que estas coordenadas podrían estar relacionadas con las sirenas y, por ende, con ella. Después de todo, los secretos más oscuros y profundos suelen esconderse en lugares que nadie se atreve a explorar.

Decido que debo ir. Con el corazón palpitante de anticipación y un nudo en el estómago,

preparo un pequeño bote para la travesía. Morag me ayuda a reunir suministros, aunque no le cuento el verdadero propósito de mi viaje. No quiero preocuparla innecesariamente ni ponerla en peligro.

Una mañana gris y brumosa, me despido del castillo y de Lady MacGregor, prometiendo regresar pronto. Mientras me alejo de la costa, el mar está en calma, pero una sensación de inquietud me acompaña. Las coordenadas que he anotado en un trozo de papel parecen brillar con una promesa de revelación.

La travesía es solitaria y silenciosa, el sonido de los remos golpeando el agua es casi hipnótico. Me mantengo enfocado en el rumbo, pero no puedo evitar que mi mente divague hacia Nessa, imaginándola bajo las aguas, esperando.

Horas más tarde, la atmósfera empieza a cambiar. El aire se siente más denso, y una extraña quietud se apodera del entorno. Las olas parecen más pesadas, como si algo debajo de la superficie las estuviera controlando. Consulto el mapa y las coordenadas; estoy cerca.

Finalmente, llego al punto señalado. Miro alrededor, buscando alguna señal, algo que explique por qué este lugar es tan evitado. A primera vista, no hay nada fuera de lo común, solo el vasto y aparentemente tranquilo océano.

Pero entonces, algo capta mi atención. Una formación rocosa apenas visible bajo la superficie del agua. Me acerco con cautela, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Las rocas tienen una forma inusual, casi como si estuvieran dispuestas de manera deliberada, formando un círculo perfecto.

De repente, una melodía suave y lejana llega a mis oídos. Es una canción que no he escuchado antes, pero que me resulta extrañamente familiar. La música es hermosa y etérea, como un susurro del pasado. Siento una atracción irresistible hacia ella, como si cada nota tirara de un hilo invisible en mi corazón.

—Nessa —susurro, mi voz apenas audible sobre el sonido de la canción.

El agua alrededor del círculo de rocas comienza a brillar con una luz suave y sobrenatural. Una figura emerge lentamente del agua, y mi corazón se detiene. Es una sirena, pero no es Nessa. Sin embargo, sus ojos verdes y su expresión tranquila me transmiten una sensación de paz.

—¿Quién eres? —pregunto, mi voz temblorosa.

—Soy una de las guardianas de estas aguas —responde la sirena con una voz melodiosa—. Sabía que vendrías, Harry MacLeod. Llevamos tiempo esperándote.

—Busco a Nessa —digo, tratando de mantener la calma—. ¿Está aquí? ¿Está bien?

La sirena sonríe y, sin decir nada más, desaparece lentamente bajo el agua, dejando tras de sí un resplandor que se desvanece.

Momentos después, el agua frente a mí se agita suavemente y, con un movimiento elegante, una cabeza cubierta de pelo azabache y unos ojos azules como el mar emergen del agua. Mi corazón se acelera y apenas puedo creer lo que veo. Es Nessa, con su belleza etérea y su presencia que parece iluminar todo a su alrededor.

Ella me mira con una mezcla de sorpresa y alegría, como si no pudiera creer que realmente estoy aquí. Sus labios se curvan en una sonrisa que me derrite por dentro.

—Harry, ¿eres tú de verdad? —su voz es suave y melodiosa, exactamente como la recuerdo.

—Sí, soy yo —respondo, acercándome al borde del bote—. He venido a buscarte, Nessa. No podía dejarte atrás.

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas mientras extiende una mano hacia mí. La tomo con cuidado, sintiendo la calidez de su piel contra la mía. Es un momento que he soñado durante

tanto tiempo, y ahora que está aquí, parece casi irreal.

—No sabes cuánto he esperado este momento —dice ella, su voz temblando ligeramente—. Creí que habrías vuelto a tu época. Pensé que nunca volvería a verte.

—Lo mismo pensé yo —digo, luchando por contener mis propias lágrimas—. Pero sabía que debía encontrarte. No podía renunciar a nosotros. Te amo, Nessa. Debí habértelo dicho hace mucho tiempo.

Nessa me regala una sonrisa radiante, sus dedos entrelazándose con los míos con fuerza.

Con un movimiento ágil, se sube al bote y se acerca a mí, sus ojos brillando con una mezcla de alegría y amor. Nos quedamos mirándonos por un instante eterno, nuestras respiraciones sincronizadas, nuestros corazones latiendo al unísono.

—Harry, yo también te amo —susurra con ternura, antes de cerrar la distancia entre nosotros y sellar nuestros labios en un beso ardiente.

En ese instante, el mundo se desvanece y somos solo nosotros dos, atrapados en un remolino de emociones que han crecido y madurado durante estos dos largos años. Sus labios, suaves y cálidos, me envuelven con la familiaridad de un hogar que solo ella puede proporcionarme.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos sin aliento, pero con sonrisas que reflejan la felicidad que sentimos. Su cola, antes una majestuosa aleta de escamas iridiscentes, se ha desvanecido, dejando paso a dos largas piernas que tiemblan ligeramente sobre la madera húmeda de la barca. Mis manos acarician suavemente su rostro, memorizando cada detalle, cada línea, como si temiera que todo esto fuera solo un sueño.

—Llévame a casa —susurra ella, su voz ronca por la pasión y la emoción. Sus ojos, llenos de determinación, brillan con una intensidad que rivaliza con las estrellas.

Asiento sin dudarle y la atraigo hacia mí en un nuevo beso, uno cargado de promesas y anhelos. Luego, con movimientos cuidadosos, le coloco mi camisa sobre los hombros, intentando protegerla del frío. Después me pongo a remar.

La brisa marina acaricia nuestros rostros mientras remamos hacia la costa. Nessa se acurruca en mi camisa, su cuerpo cálido contra el mío. El horizonte se tiñe de naranja y púrpura con el sol poniente, y por primera vez en mucho tiempo, siento una paz genuina.

Miro a Nessa y sé que, a pesar de todo lo que hemos pasado, este es solo el comienzo. El futuro que hemos imaginado juntos está al alcance de nuestras manos.

Las olas nos mecen suavemente mientras navegamos hacia nuestra nueva vida, conscientes de que, aunque el camino no será fácil, el amor que nos une es más fuerte que cualquier adversidad. Nuestra historia está solo comenzando.